



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*El triunfo del
bolchevismo*

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky

Valencia, agosto, 2020

germinal_1917@yahoo.es

Presentamos esta obra aprovechando la traducción que N. Tasin hizo en 1919, publicada por la editorial madrileña Biblioteca Nueva en 1920 y reproducida con correcciones técnicas en la edición hecha por la barcelonesa Fontamara en 1977. Nosotros hemos modernizado el uso de mayúsculas e introducido entre corchetes en el texto la actualización de las fechas al calendario gregoriano, introducido en la República Rusa en enero [febrero] de 1918 (el lector puede ver en estas mismas ediciones [el decreto](#)). Hemos contrastado el texto castellano reproducido por Fontamara con las primeras ediciones de la obra en francés (*De la révolution d'octobre à la paix de Brest-Litovsk*, Édition de la revue *Demain*, Genève, 1918 y *L'avènement du Bolchevisme*, Éditions et librairie – E. Chiron, éditeur, París, 1920) y hemos hecho las correcciones indispensables procurando mantener el 'estilo' castellano de 1920; esto último permite darse cuenta de las ambivalencias en las primeras traducciones al castellano de conceptos nuevos que pronto pasarían a ser de uso diario entre la fracción más avanzada de la clase obrera, como, por ejemplo, 'junta' y 'consejo' por sóviet (aunque también 'junta' para sesión o reunión). Por último, hemos arrastrado las notas de la edición de Fontamara.

Como indica en su nota editorial Fontamara, deduciendo de la misma introducción del autor, Trotsky redactó el texto de esta obra entre el 27 de diciembre de 1917 y el 3 de marzo de 1918. En cuanto a lecturas complementarias del autor, aparte de su perfecta *Historia de la revolución rusa* (de próxima publicación en estas obras escogidas), remitimos a *Terrorismo y comunismo*, *Entre el imperialismo y la revolución* y *Lecciones de Octubre*. Asimismo, el lector puede consultar la extensa cronología del año 1917, el año de la revolución, en *1917. El año de la revolución*, páginas 224-362 de la edición en pdf.

Índice

Prólogo del autor	4
1.- La pequeña burguesía intelectual y la revolución rusa	5
2.- La cuestión de la guerra	8
3.- La campaña contra los bolcheviques.....	10
4.- La ofensiva del 18 de junio [1 de julio, ON].....	12
5.- Los días críticos.....	15
6.- Después de la Jornadas de Julio	18
7.- El levantamiento de Kornílov.....	19
6.- La lucha en el interior de los sóviets.....	21
9.- La Conferencia Democrática.....	24
10.- Dificultades en el frente y en el interior	26

11.- La inevitable lucha por el poder	27
12.- La lucha por el Congreso de los Sóviets	28
13.- El conflicto acerca de la guarnición de Petrogrado	29
14.- El Consejo Democrático y el Parlamento Provisional	31
15.- Los socialistas revolucionarios y los mencheviques	33
16.- Nuestra salida del Preparlamento. La voz de los combatientes	35
17.- Los comisionados del Comité Militar Revolucionario	37
18.- Marea creciente.....	39
19.- La jornada del Sóviet de Petrogrado.....	40
20.- La conquista de los vacilantes.....	42
21.- El comienzo de la insurrección	43
22.- La jornada decisiva.....	46
23.- Formación del Consejo de Comisarios del Pueblo.....	48
24.- Los primeros días del nuevo régimen.....	50
25.- El levantamiento de los alumnos militares.....	52
26.- La marcha de Kerensky a Petrogrado	54
27.- El fracaso de Kerensky	56
28.- Divergencias interiores	60
29.- La suerte de la Asamblea Constituyente	62
30.- Los principios democráticos y la dictadura del proletariado	64
31.- Las negociaciones de paz	67
32.- La segunda guerra y la firma del tratado de paz.....	75
Conclusión.....	77

Prólogo del autor

Este libro fue escrito en circunstancias poco propicias para un esfuerzo concentrado. Tenía ya hechos los capítulos de que consta, y para reunirlos en un conjunto armónico aproveché los momentos que me quedaban libres entre una y otra sesión de la Conferencia de Paz de Brest-Litovsk.

Mi trabajo tiene por objeto explicar a los obreros de todos los países el sentido de la revolución rusa efectuada en noviembre [octubre calendario antiguo].

La historia ha querido que los delegados del régimen más revolucionario de la tierra, tomaran asiento en la mesa de conferencias a que acudían, por otra parte, los enviados de la casta más reaccionaria entre todas las que forman las clases dominantes. En nuestras reuniones, no perdimos de vista un solo momento el recuerdo de que estábamos allí por obra de una clase revolucionarla. Nuestros discursos se dirigían a los obreros del universo, cansados de la guerra. Y nuestra energía se sostuvo incólume gracias a la profunda convicción de que la última palabra en este asunto de la guerra, como en todas las cuestiones actuales, no podría ser pronunciada sino por los obreros de Europa. Mientras dialogábamos con Kühlmann y Czernin, veíamos a lo lejos las figuras de Karl Liebknecht y de Friedrich Adler. En los momentos libres, preparaba yo este libro que debía circular entre los obreros de Alemania, de Austria-Hungría y de los otros países.

La prensa que sirve de órgano a la burguesía de Europa insulta con voz unánime el régimen del proletariado ruso, para cuya condena no cree suficientes las más ignominiosas injurias. Y la prensa del socialismo patriótico, carente de calor y de fe en su propia obra, ha revelado una incapacidad completa para comprender e interpretar el verdadero carácter de la revolución rusa.

Creo que los obreros revolucionarios de Europa y de todas partes del mundo nos entenderán, y creo que muy pronto iniciarán la misma obra a que nosotros estamos entregados. Aprovechando su experiencia, que es mayor, y los medios técnicos e intelectuales de que disponen, más perfectos que los nuestros, su acción tendrá toda la eficacia necesaria y podrán darnos el auxilio que necesitamos para sobreponernos a todas las dificultades.

Brest-Litovsk, 12 de febrero de 1918

L. Trotsky

1.- La pequeña burguesía intelectual y la revolución rusa

Los acontecimientos se suceden con tanta rapidez, que es difícil para la memoria reproducirlos aún en su simple orden cronológico. No tengo a mano fuentes documentales de ninguna especie. La periódica interrupción de las negociaciones de Brest-Litovsk, me da una coyuntura que difícilmente volverá a presentarse, y quiero aprovecharla para hacer un esbozo de la Revolución de Noviembre [Revolución de Octubre según calendario juliano, OS-viejo estilo], aun cuando lo haga fiándome de mis recuerdos y reservando para más tarde un nuevo relato, que será más completo y exacto y estará apoyado en testimonios escritos.

Lo que distinguió a nuestro partido casi desde los primeros pasos de la revolución, fue la firme convicción de que la lógica de los acontecimientos lo llevaría al poder. No me refiero a los teóricos de nuestro partido que muchos años antes de la revolución y aún antes de la de 1905, estudiando de cerca las relaciones entre las clases sociales rusas, habían llegado a la conclusión de que un movimiento revolucionario victorioso pondría inevitablemente el poder del estado en manos de los proletarios, apoyados por las amplias masas del campesinado más pobre. La base fundamental de esta creencia era la insignificancia social de la clase media democrática y la concentración de la industria en pocas manos, factores que daban una importancia social inmensa a la clase obrera. En efecto: la insignificancia de la clase media no es sino el reverso del poder del proletariado. Verdad es que la guerra produjo apariencias engañosas en este punto, y que quien más sufrió de esta ilusión fue la parte directora de la clase media democrática. La guerra dio un papel decisivo al ejército en el movimiento revolucionario, y ese ejército estaba formado por campesinos.

Un desarrollo más normal de la revolución, o, en otros términos, una revolución iniciada en tiempos de paz, como la paz que prevalecía en 1912, que fue justamente el momento de las primeras manifestaciones revolucionarias, hubiera dado el papel principal a los proletarios los campesinos habrían sido arrastrados a ella gradualmente. Pero la guerra alteró la lógica de los acontecimientos. El ejército había organizado a los campesinos, y los había organizado sobre una base militar, no política. Así es que, antes de que los campesinos se viesan unificados por un conjunto de aspiraciones e ideas, lo estuvieron en regimientos, divisiones, cuerpos de ejércitos. Los demócratas de la clase media baja, diseminados en esos ejércitos, sobre los que influían por razones militares e intelectuales, estaban imbuidos casi totalmente de los sentimientos revolucionarios propios de su clase. Entre tanto, el descontento social de la masa crecía, se intensificaba y buscaba expresión, gracias sobre todo al desastre militar del zarismo. No bien comenzó el movimiento revolucionario, las secciones avanzadas del proletariado restauraron las tradiciones de 1905, y convocaron a las masas para que se organizaran formando cuerpos representativos, o sea consejos de delegados (*sóviets*).

El ejército tenía que enviar representantes a los cuerpos revolucionarios antes de que su conciencia política correspondiese al nivel revolucionario que tomaban los acontecimientos. ¿A quiénes podían enviar los soldados como representantes suyos? Naturalmente, sólo a los intelectuales y medio intelectuales que había entre ellos, que al menos poseían un mínimo de conocimientos políticos y la capacidad para dar expresión

a sus ideas. Así fue cómo, por voluntad del ejército en su despertar, los intelectuales de la clase media baja se encontraron súbitamente poseedores de una enorme influencia. Médicos, ingenieros, abogados y periodistas que antes de la guerra habían llevado una vida carente en absoluto de significación política, se vieron de la noche a la mañana dueños de la representación de cuerpos y ejércitos y se sorprendían despertando como *jefes* de la revolución. La vaguedad de sus ideas políticas correspondía plenamente al estado informe de la conciencia revolucionaria de las masas. A nosotros nos miraban despectivamente por encima del hombro, como insignificantes sectarios, cada vez que formulábamos nuestras demandas a favor de los obreros y campesinos, empleando el tono más resuelto y libre de trabas.

Sin embargo, a pesar de esa actitud, se veía que los demócratas de la clase media baja, por más orgullosos que estuvieran de sus gallardías revolucionarias, se mostraban desconfiados de las propias aptitudes y del valor de las masas que los habían elevado inesperadamente a una situación tan sobresaliente. Llamándose socialistas, y creyendo que en realidad lo eran, aquellos intelectuales no deponían su actitud respetuosa ante la autoridad política de los liberales burgueses, cuya sabiduría y cuyos métodos acataban. De ahí la tentativa hecha por los jefes de la clase media baja para obtener a toda costa el concurso de la clase media liberal formando con ésta una alianza o coalición.

El programa del Partido Socialista Revolucionario, basado como está en fórmulas de un vago humanitarismo, y pródigo en expresiones de sentimientos generales y en prédicas morales, con lo que sustituye los métodos de la guerra de clase, era la vestidura espiritual más apropiada para los improvisados directores del movimiento. Los esfuerzos que hacían para suplir su impotencia intelectual y política, acudiendo a la ciencia consagrada de la burguesía, encontró una sanción teórica en las enseñanzas de los mencheviques quienes creían que la revolución debía ser de carácter burgués y no podía realizarse sin una participación de los individuos de esta clase en el gobierno. Se formó inevitablemente un bloque entre los socialistas revolucionarios y los mencheviques, como expresión del tímido y vacilante espíritu político de los intelectuales de la clase media y de la situación de vasallos en que se colocaron bajo el liberalismo imperialista.

Para nosotros era perfectamente claro que la lógica de la lucha de clases destruiría tarde o temprano aquella combinación temporal, y que los jefes del período de transición quedarían a un lado. La hegemonía de los intelectuales de la clase media baja no significaba, en el fondo, sino que los campesinos, súbitamente llamados a tomar parte en la vida pública, como miembros del ejército, que era un instrumento de acción política, imponían con el peso del número una momentánea eliminación del proletariado.

Más aún. Mientras los jefes de la clase media habían subido a aquellas alturas deslumbrantes por las fuerzas poderosas de las masas del ejército, los miembros de la clase obrera, salvo sus fracciones más adelantadas, tenían que acatar a los directores del movimiento y mantenerse en contacto con ellos, a riesgo de quedar divorciados de las masas campesinas.

La situación planteaba un problema muy arduo, puesto que la generación de edad más avanzada tenía vivo el recuerdo de las lecciones de 1905, y de la derrota que sufrió entonces el proletariado justamente por no haber acudido en su auxilio las imponentes masas de campesinos, cuando se libraron las batallas decisivas. A esto se debió que, en la primera fase de la revolución, los proletarios se mostrasen tan accesibles a la ideología política de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Por otra parte, la revolución parecía haber despertado de un sueño a los obreros políticamente más atrasados, y el impreciso radicalismo de los intelectuales era para esos obreros una escuela rudimentaria. En tales condiciones, el consejo de obreros, soldados y campesinos

significaba el predominio del elemento amorfo de estos últimos sobre el proletariado socialista, y el del radicalismo intelectual sobre aquel mismo elemento amorfo.

El edificio del sovietismo alcanzó con rapidez una altura gigantesca, gracias a la participación que tuvieron los intelectuales en aquella labor, aprovechando para ello sus conocimientos técnicos y sus relaciones con la clase media. Pero para nosotros era perfectamente claro que el edificio carecía de base sólida, y que caería por tierra al iniciarse la siguiente fase de la revolución.

2.- La cuestión de la guerra

La revolución fue una emanación directa de la guerra y ésta fue, a su vez, la piedra de toque en la que se probaron los partidos y fuerzas de la revolución.

Los jefes intelectuales habían sido enemigos de la guerra. Muchos de ellos, reinando aún el zar, se consideraban solidarios de la izquierda internacional, y figuraban entre los zimmerwaldianos. Pero no bien se vieron dueños del poder, todo cambió a sus ojos. Seguir por una vía de revolución socialista hubiera significado en aquellas circunstancias una ruptura con la burguesía rusa y con la burguesía de los aliados. Ahora bien, como queda dicho, la impotencia de los intelectuales de la clase media y de sus amigos los intelectuales de poca monta, hacía imperioso para ellos buscar la protección del liberalismo burgués. De ahí el papel tan lamentable, positivamente bochornoso, que desempeñó el directorio de la clase media en la cuestión de las hostilidades, pues se limitó a quejas retóricas y a secretas exhortaciones y súplicas a los gobiernos de la Alianza, sin apartarse en realidad del camino que había seguido el liberalismo burgués. Los soldados que estaban en las trincheras no alcanzaban a comprender por qué motivo iba a cambiar de naturaleza la guerra que sostenían desde hacía tres años, ya que ellos no veían otra modificación que la de ciertos individuos llamados socialistas revolucionarios y mencheviques, elevados a puestos de importancia en Petrogrado.

Miliukov había sucedido al burócrata Pokrovsky; Terechenko había sucedido después a Miliukov. Eso significaba que la perfidia burocrática, reemplazada por el imperialismo de los cadetes, veía después ocupado el sitio por un servilismo político, tan nebuloso como carente de principios. Pero todo ello no implicaba ningún cambio objetivo, y no se veía la salida del círculo vicioso de la guerra. Tal fue la causa primaria a la que se debió la disolución del ejército. Los agitadores habían dicho que el gobierno del zar llevaba a las masas hacia el matadero, sin objeto ni sentido claro de las causas de la lucha, y los sucesores del zar no sabían cambiar el carácter de la guerra, ni buscar el camino de la paz.

Durante los primeros meses de la revolución, todo permaneció inmutable. El ejército se impacientaba, y a la vez los gobiernos aliados daban señales de irritación. De ahí nació la ofensiva del 18 de junio [1 de julio ON-nuevo calendario]. Esta ofensiva la exigieron los aliados, quienes insistían que el nuevo gobierno hiciese honor a los compromisos del zar. Asustados por la propia impotencia y por el creciente descontento de las masas, los jefes de la clase media baja aceptaron sin titubeos las demandas de los aliados, pues creían que bastaría un ataque del ejército ruso para que se hiciese la paz.

La ofensiva era la salida del desierto, la fórmula para resolver el problema de la situación, la esperanza salvadora. Difícilmente podría imaginarse una ilusión más criminal y monstruosa. Se hablaba por entonces de la ofensiva como habían hablado los socialistas patriotas de los todos los países cuando comenzó la guerra, invocando la causa de la defensa nacional, el robustecimiento de los sagrados vínculos de la nación, etc. Todo el internacionalismo zimmerwaldiano se desvanecía como por encanto.

Para nosotros, que formábamos un partido de oposición, era cosa evidente que la ofensiva constituía un paso terriblemente peligroso y que podría ser causa de que la

revolución fracasara. Exhortábamos al gobierno para que no se cometiese el error de enviar a la pelea un ejército que acababa de despertar y que no veía claramente la causa de la tempestad revolucionaria, pues para la lucha se necesita sugerirle ideas nuevas y lograr que las asimilase. De las exhortaciones pasamos a las admoniciones, y de las admoniciones a las amenazas. Pero los gobernantes, ligados a la burguesía, no tenían otro camino que el indicado por ésta, y nos respondieron declarándose nuestros enemigos y jurándonos un odio implacable.

3.- La campaña contra los bolcheviques

Los historiadores que estudien esta época leerán con profunda emoción los periódicos rusos de mayo y junio de 1917. Eran los momentos en que se preparaba el espíritu del pueblo para la ofensiva. Casi todos los artículos de la prensa, sin excepción de periódicos, ya fuesen oficiales o semioficiales, atacaban a los bolcheviques. No había ultraje ni calumnia que se les escatimase. La campaña era dirigida principalmente por la burguesía cadete, cuyo instinto de clase le revelaba que la cuestión planteada no era sólo la ofensiva, sino el curso del movimiento revolucionario, y, ante todo, la forma de gobierno. La máquina burguesa encargada de fabricar la *opinión pública*, fue puesta en movimiento, con toda la fuerza disponible en las calderas. Los institutos oficiales, las publicaciones, la tribuna y la cátedra obedecían a esta consigna: procurar la inutilización de los bolcheviques como un partido político. En este esfuerzo concentrado y en esta campaña de difamación contra los bolcheviques, se hallan los primeros gérmenes de la guerra civil en que debía consistir la siguiente fase de la revolución. El único objeto de las excitaciones y diatribas era crear un muro impenetrable de separación y enemistad entre las clases laboriosas por una parte y la *sociedad culta* por la otra.

La burguesía liberal se daba perfecta cuenta de que no podría alcanzar el apoyo de las masas sin el concurso de los demócratas de la clase media baja, que, como ya dijimos, habían alcanzado temporalmente la jefatura de las organizaciones revolucionarias. Como consecuencia de esto, el objetivo inmediato de las provocaciones contra los bolcheviques era la creación de una enemistad irreconciliable entre nuestro partido y la gran mayoría de los intelectuales socialistas, ya que estos últimos, después de haber roto sus lazos con el proletariado, tuvieron que someterse a la burguesía liberal.

El trueno precursor de la próxima tempestad se oyó en el Primer Congreso de Todos los Sóviets de Rusia. Nuestro partido había proyectado una manifestación armada en Petrogrado para el 10 [23, ON-nuevo estilo] de junio, cuyo objetivo inmediato era ejercer presión en el congreso.

“Adueños del poder público.” Eso era lo que la clase obrera de Petrogrado quería decir a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques de todo el país que acudían a la capital. “Prescindid de la burguesía. Abandonad toda idea de coalición, y tomad en vuestras manos las riendas del estado”. Teníamos la seguridad de que, si los socialistas revolucionarios y mencheviques cortaban sus relaciones con la burguesía liberal, tendrían que unirse a los elementos más enérgicos y adelantados de las clases proletarias y asumirían el papel directivo de la revolución. Esto era precisamente lo que asustaba a los jefes de la clase media baja. En conjunción con el gobierno, del que formaban parte, y en reunión estrecha con los burgueses liberales y contrarrevolucionarios, abrieron una campaña realmente salvaje contra la mencionada manifestación no bien tuvieron noticia de que iba a efectuarse. Todo se puso en movimiento para contrarrestar nuestra acción. Éramos una pequeña minoría en el congreso, y tuvimos que retroceder. La manifestación fue suspendida.

Pero, no obstante esto, los dos partidos contendientes quedaron profundamente impresionados por aquel incidente; el abismo se ahondó más y el antagonismo cobró mayores proporciones. En sesión secreta de la mesa directiva del congreso, en la que

había representantes de todos los partidos, Tseretelli, que a la sazón era miembro del gobierno de coalición, hablando con la resolución propia de la estrechez mental de un doctrinario perteneciente a la clase media baja, declaró que el único peligro para la revolución estaba en la amenaza bolchevique y en los obreros de Petrogrado, armados por este partido. Pedía por lo mismo que se privase de sus armas a individuos que no sabían hacer buen uso de ellas. Al hablar de individuos que no sabían hacer buen uso de sus armas, se refería no sólo a los obreros de la capital, sino al sector de la guarnición que nos era adicto. Sin embargo, el desarme no se llevó a cabo pues las condiciones políticas y el estado psicológico de la población no permitían esa medida extrema.

Para dar a las masas una compensación por la manifestación frustrada, el Congreso de [Todos] los Sóviets [de Rusia] organizó otra demostración que debía efectuarse el 18 de junio [1 de julio ON-nuevo estilo], sin armas. Ese fue el día de nuestro triunfo político. El pueblo acudió en masas compactas, pero, si bien lo hacían en virtud de la convocatoria oficial del sóviet (que buscaba una especie de alternativa a la frustrada demostración del 1o [23]), los obreros y soldados inscribieron en sus banderas y cartelones las demandas y declaraciones de nuestro partido:

- ¡Abajo los tratados secretos!
- ¡Abajo la política de ofensivas estratégicas!
- ¡Viva una paz honrosa!
- ¡Abajo los diez ministros capitalistas!
- ¡El poder para los sóviets!

Sólo había tres cartelones con expresiones de confianza en el gobierno de coalición. Uno de esos cartelones pertenecía a un regimiento de cosacos. Otro era obra de un grupo de Plejánov. El tercero había salido de la Bund, asociación formada principalmente por elementos no proletarios. La manifestación hizo evidente, no sólo para nuestros adversarios sino para nosotros mismos, que teníamos en Petrogrado mayor fuerza de la que se creía.

4.- La ofensiva del 18 de junio [1 de julio, ON]

Como resultado de la manifestación popular revolucionaria, parecía inevitable una crisis gubernamental. Pero la impresión que produjo la manifestación fue borrada por las noticias que llegaban del frente anunciando la ofensiva del ejército revolucionario. El mismo día en que los obreros y la guarnición de Petrogrado exigían la publicación de los tratados secretos y una oferta de paz, pública también, Kerensky lanzaba las tropas revolucionarias contra el enemigo. El hecho no era una coincidencia fortuita. Todo se había arreglado previamente, y el momento de la ofensiva no fue escogido por razones militares sino políticas. El 19 de junio [2 de julio, ON] hubo en Petrogrado una serie de supuestas manifestaciones patrióticas. La avenida Nevsky, arteria principal del barrio burgués, estaba llena de grupos animadísimos, entre los que predominaban oficiales, periodistas y damas elegantes, cuya actividad consistía en una tenaz propaganda contra los bolcheviques.

Las primeras noticias de la ofensiva fueron favorables, y los periódicos más importantes de la burguesía liberal declaraban unánimemente que se había alcanzado el objetivo supremo, pues el golpe descargado el día 18 [de junio, 1 julio, ON], fueran cuales fueran sus consecuencias militares, sería en todo caso decisivo para impedir nuevos progresos revolucionarios. Se restablecería la antigua disciplina en el ejército y se robustecería la posición dominante de la burguesía liberal en todo el país. Nosotros, por nuestra parte, hacíamos otras previsiones. En una declaración especial que leímos en el Primer Congreso de los Sóviets, pocos días antes de la ofensiva, habíamos dicho que ésta destruiría inevitablemente la cohesión interna del ejército, que surgirían, dentro del mismo, grupos divididos por una profunda hostilidad y que cobrarían una enorme preponderancia los elementos contrarrevolucionarios, puesto que para restaurar la disciplina en un ejército desorganizado no era posible apelar sino a uno de dos medios: nuevos ideales o los procedimientos de la represión brutal. En otras palabras, predijimos en esa declaración todas las consecuencias que más tarde se llamaron kornilovismo. Para nosotros, era indudable que la revolución peligraba, ya sea en el caso de un buen éxito de la ofensiva (éxito en el que no creíamos), o en el de un fracaso, que nos parecía casi del todo inevitable. La victoria habría tenido por efecto reunir a la clase media baja con la superior para la realización de aspiraciones patrióticas, y el aislamiento consiguiente del proletariado revolucionario, en tanto que la derrota podría conducir a una disolución completa del ejército, a una retirada caótica, a la pérdida de mayor número de provincias y al desengaño y desesperación del pueblo.

Los acontecimientos tomaron el rumbo de esta segunda alternativa. Las noticias del avance victorioso no duraron mucho tiempo, y fueron seguidas por siniestras comunicaciones en las que se hablaba de la negativa que oponían secciones enteras del ejército a sostenerse contra el ataque del enemigo, de las terribles pérdidas que sufría la oficialidad, agrupada a veces en batallones de resistencia, y de cosas por el estilo¹.

¹ Citamos aquí, por su gran importancia histórica, extractos de un documento publicado por nuestro partido en el Congreso Panruso de los Sóviets, el de 3 [16] de junio de 1917, es decir, quince días antes de la ofensiva.

En el fondo de estos acontecimientos militares, se veía la dificultad creciente que presentaba la vida del país. El gobierno de coalición no había dado un solo paso decisivo para resolver los problemas agrarios, económicos y nacionales. Los servicios de transportes y provisión de subsistencias se hacían cada vez más desordenadamente. Los conflictos locales se planteaban con extraordinaria frecuencia. Los ministros *socialistas* procuraban calmar la inquietud recomendando al pueblo que aguardara. Todo se aplazaba hasta la convocatoria de la asamblea constituyente. La insolvencia y la inestabilidad del régimen eran evidentes.

Había dos medios de salvación: derrocar a la burguesía y abrir paso a la revolución, o emplear la represión brutal para dominar a las masas. Kerensky y Tseretelli seguían una política de contemporizaciones, y sólo consiguieron aumentar la confusión. Cuando los cadetes, que eran los miembros más inteligentes y previsores de la coalición, se dieron cuenta de que el fracaso de la ofensiva de junio [julio] podría significar un golpe de muerte no sólo para la revolución sino para quienes controlaban la situación dominante, se apresuraron a dejar el puesto, momentáneamente al menos, echando toda la carga de las responsabilidades sobre los colegas izquierdistas.

El 2 de junio [5 de julio, ON] se planteó la crisis ministerial, ostensiblemente por causa de la cuestión de Ucrania. Eran momentos de gran tensión en todo sentido. Llegaban continuamente diputados y delegados individuales de todos los puntos del frente con el testimonio del caos que reinaba en el ejército a consecuencia de la ofensiva. La prensa oficial solicitaba medidas de represión enérgica, y la prensa socialista repetía cada vez más frecuentemente las mismas demandas. Kerensky se acercaba con mayor rapidez cada día, o digamos más bien, con mayor ostentación, a las filas de los cadetes y de sus generales, mostrando no sólo enemistad sino odio contra todos los elementos revolucionarios.

Las embajadas de los aliados presionaban sobre el gobierno para el restablecimiento de la disciplina y la reanudación de la ofensiva. Pero la confusión era extrema en los círculos oficiales, en tanto que la indignación del pueblo crecía diariamente y exigía una solución. “Aprovechad la ocasión que os presenta la renuncia de los ministros cadetes, y asumid la dirección total de los negocios públicos.” Tal era la recomendación que los obreros de Petrogrado dirigían a la mayoría del sóviet, o sea a los socialistas revolucionarios y mencheviques.

Recuerdo la reunión del Comité Ejecutivo de los Sóviets, celebrada el 2 [15] de julio. Los ministros socialistas informaban a los miembros del comité sobre la nueva crisis. Nosotros esperábamos con el mayor interés el partido que tomarían aquellos grupos, después de ver disuelto sin gloria un gobierno que caía bajo los golpes de la misma coalición. Tseretelli era el órgano informativo. Nos explicó muy pormenorizadamente que las concesiones otorgadas por él y Terechenko a la Rada de

“Poniendo al pueblo y al ejército (que no saben en nombre de qué objetivos internacionales se les llama a verter la sangre) ante la realidad de la ofensiva, con todas las consecuencias que comporta, los medios contrarrevolucionarios de Rusia esperan que la ofensiva provoque una concentración del poder en manos de los elementos diplomático-militares (de esos elementos coalicionados con el imperialismo inglés, francés y estadounidense) y los libere de este modo de la necesidad de tener que contar, en el futuro, con la voluntad organizada de la democracia rusa.

“Los iniciadores secretos de esta ofensiva contrarrevolucionaria, no retrocediendo ante ninguna “aventura bélica”, intentan deliberadamente jugar una última baza sobre el resquebrajamiento del ejército, producto de la situación política interior y exterior del país, y, para ello, sugieren a los elementos desesperados de la democracia la idea, radicalmente falsa, de que la ofensiva determinará por sí sola la “regeneración” del ejército, y de que así, mecánicamente, podrá suplirse la ausencia de todo programa sólido de liquidación de la guerra. Ahora bien, es evidente que semejante ofensiva desorganizará fatalmente y para siempre un ejército cuyas tropas están divididas entre ellas.” NdA.

Kiev no significaban de ningún modo el desmembramiento del país, ni justificaban la renuncia de los ministros cadetes. Tseretelli pretendía que éstos eran centralistas doctrinarios, y que no se daban cuenta de la necesidad que había de entrar en transacciones. La impresión que produjo este informe fue verdaderamente lamentable. ¡El impertinente doctrinario de la coalición acusando de doctrinarios a los cadetes! ¡Doctrinarios los cadetes, campeones políticos del capitalismo, libres de toda contaminación de ideas teóricas! ¡Doctrinarios aquellos hombres que aprovechaban la primera oportunidad para cargar a sus testaferros con las responsabilidades, y pasar a su cuenta todo el costo del sesgo fatal que había tomado la situación por causa de la ofensiva de junio [julio, ON]!

Después de todo lo ocurrido, parecía no quedar otro recurso que romper con los cadetes y formar un gobierno exclusivamente sovieta. La correlación de fuerzas en el interior de los sóviets era tal en aquel tiempo, que un gobierno sovieta habría significado, desde el punto de vista de los partidos, la concentración del poder en manos de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Nosotros tendíamos deliberadamente hacia ese fin dado que las constantes reelecciones de los sóviets proporcionaban los instrumentos necesarios para que estuviese representada fielmente la radicalización cada vez mayor de las masas de obreros y soldados. Preveíamos que después de la ruptura de la coalición con la burguesía, las tendencias radicales preponderarían necesariamente en los sóviets. La lucha del proletariado por el poder derivaría por ello mismo hacia las organizaciones sovieta, y se desenvolvería sin sacudimientos dolorosos.

Roto el vínculo que los unía a la clase burguesa, los demócratas de la clase media baja serían el blanco de todos los ataques, y tendrían que buscar una estrecha alianza con los socialistas obreros, y así, tarde o temprano, el grupo amorfo e irresoluto, sería dominado por las masas obreras, bajo el influjo de nuestra propaganda. Por esto instábamos a los dos principales partidos del sóviet para que tomaran las riendas del gobierno, aun cuando no teníamos confianza en ellos, y lo decíamos con toda franqueza. Pero, aún después de la crisis ministerial del 2 [15, ON] de julio, Tseretelli y sus seguidores, se mantuvieron fieles a la idea de coalición. Decían en el seno del comité ejecutivo que los cadetes sufrían la desmoralización del doctrinarismo y de las simpatías contrarrevolucionarias, pero que había en las provincias muchos elementos burgueses resueltos a ponerse de acuerdo con la democracia revolucionaria, y que se aseguraría la cooperación de esos elementos si al formarse el nuevo ministerio se llamaba a algunos de los representantes de la clase media alta. Se cifraba una gran esperanza en la formación del partido radical democrático, que estaban organizando algunos políticos de dudosos antecedentes. Al saberse en Petrogrado que de los restos de la antigua coalición surgía otra coalición, la ciudad se vio arrasada por una ola de descontento e indignación, nacida en los centros de obreros y soldados. Ese fue el origen de los acontecimientos del 3, 4 y 5 [16, 17 y 18, ON] de julio.

5.- Los días críticos²

Ya desde que estaba en junta el comité ejecutivo, se nos avisó por teléfono que el regimiento de ametralladoras preparaba una manifestación. Tomamos las medidas convenientes y dimos las órdenes del caso, por teléfono también, pero, entretanto, se preparaban ocultamente otros acontecimientos. Los representantes de las unidades armadas, disueltas por insubordinación, acudían del frente trayendo noticias alarmantes de represiones que sembraron el descontento y la inquietud entre los miembros de la guarnición de Petrogrado.

A la vez, los obreros de la capital estaban profundamente disgustados con sus jefes, y la desconfianza llegó a su punto máximo cuando se supo que Tseretelli, Dan y Cheidzé no vacilaban en falsear los sentimientos del proletariado a fin de impedir que el sóviet de la capital se hiciese eco de las nuevas orientaciones surgidas en las clases laboriosas. El comité ejecutivo elegido en el congreso de junio [julio, ON], y apoyado en los votos de las provincias más atrasadas, hacía los mayores esfuerzos para que el sóviet de Petrogrado le dejase libre el campo, e incluso llegó a tramitar asuntos que eran exclusivamente locales. El conflicto parecía inevitable. Los obreros y soldados ejercían una presión que cada vez se hacía más enérgica, y expresaron con violencia su descontento contra la política del sóviet. Exigían que nuestro partido tomase medidas resolutivas. Nosotros considerábamos que no había llegado la hora de tomar esas medidas, pues las provincias se hallaban todavía muy inclinadas en sentido contrario, pero temíamos a la vez que los acontecimientos del frente produjeran una inmensa confusión en las filas de los obreros revolucionarios y que los exasperaran.

En el seno de nuestro partido, la actitud que debía asumirse frente a los acontecimientos del 3 al 5 [6 al 18, NO] de julio, se había definido perfectamente. Por una parte, temíamos que fuesen cortadas las comunicaciones de Petrogrado con las provincias más remotas y, por la otra, abrigábamos la esperanza de que una intervención nuestra, enérgica y activa, haría cambiar la situación a nuestro favor. Los propagandistas del partido se pusieron en contacto con las capas inferiores del pueblo y sembraron una agitación radical.

Quedaba todavía la esperanza de que una exhibición de fuerzas hecha por las masas revolucionarias rompería las obstinadas resistencias del doctrinarismo coalicionista, y le pondría de manifiesto que el único medio que le quedaba para conservar el poder era romper todo vínculo con la burguesía. Pese a lo dicho por la prensa adversaria, nuestro partido no abrigaba la intención de apelar a un movimiento armado para adueñarse del poder. Sólo queríamos hacer una manifestación revolucionaria, aprovechando tendencias que se dibujaban espontáneamente e imprimiéndoles un sentido político. El comité ejecutivo³ estaba reunido en el Palacio de Táurida cuando las olas agitadas de los soldados y de los obreros rodearon el edificio. Los soldados tenían armas, pero sólo una minoría insignificante de anarquistas quería hacer uso de la fuerza contra el centro soviético. También había algunos individuos, pagados indudablemente, y

² En la versión francesa con la que contrastamos se enuncia: "V Las Jornadas de Julio". Nd EIS.

³ La versión francesa enuncia "comité central ejecutivo". N de EIS.

pertenecientes a las centurias negras que pretendieron aprovechar la ocasión para desencadenar el motín y hacer pogromos. Estas gentes eran las que pedían la captura de Chernov. Supe después todo esto en la cárcel de Kresty por un marinero que había tomado parte en esa tentativa y que no era sino un preso común, aprehendido como responsable del delito de robo en casa habitada. Pero la prensa burguesa y coalicionista había descrito el movimiento como un mero pogromo y un levantamiento contrarrevolucionario, si bien lo presentaba a la vez como resultante de una maniobra bolchevique cuyo objeto directo era conquistar el poder por medio de la coalición contra el comité central ejecutivo.

El movimiento del 3 al 5 [16 al 18, ON] de julio mostraba con perfecta claridad que los principales partidos políticos del sóviet estaban completamente aislados en la ciudad. Debe reconocerse, sin embargo, que la guarnición no era toda nuestra. Había unidades vacilantes, indecisas, pasivas. Pero fuera de los aspirantes a oficiales, ni una sola de las unidades que componían la guarnición habría estado dispuesta a tomar las armas contra nosotros en defensa del gobierno o de los partidos que formaban la mayoría del sóviet. Había que traer tropas del frente. La estrategia de Tseretelli, Chernov y socios, consistía en ganar tiempo para que Kerensky pudiese llevar tropas de *confianza* a Petrogrado.

Las delegaciones llegaban una tras otra al Palacio de Táurida, que estaba rodeado por una muchedumbre armada, y solicitaban la ruptura completa con la burguesía, medidas enérgicas de reforma social y la apertura de las negociaciones de paz. Nosotros, es decir los bolcheviques, recibíamos a los manifestantes, ya sea en la calle o en el palacio, y los invitábamos a la serenidad, asegurándoles que, dada la fermentación de los ánimos, sería imposible que los transaccionistas pudieran formar un gabinete de coalición. Los delegados de la ciudad de Kronstadt eran los más resueltos, y tuvimos no poco trabajo para conseguir que se contuviesen dentro de los límites de una simple manifestación.

El día 4 [17, ON], ésta asumió un carácter más formidable, y se hizo ya bajo la dirección de nuestro partido. Los jefes del sóviet habían perdido la cabeza al parecer; sus discursos eran meras evasivas; las respuestas dadas a los delegados por Cheidzé, el Ulises de la coalición, carecían de todo sentido político. Nosotros veíamos cómo los jefes de la desquiciada situación no se proponían más que ganar tiempo.

En la noche del 4 [17, ON] comenzaron a llegar las tropas de *confianza*. Durante la junta del comité ejecutivo en el Palacio de Táurida se oyeron las notas de la *Marsellesa*, tocada por una banda militar. Inmediatamente cambió la expresión de los miembros de la junta, y se les vio llenos de una confianza que no habían tenido en los días anteriores. La causa de este cambio era la presencia del Regimiento de Volinia, que pocas semanas después habría de marchar a la cabeza de la Revolución de Octubre bajo nuestras banderas.

Quienes controlaban la situación ya no creyeron necesario guardar miramientos con las delegaciones de obreros y soldados, ni con los representantes de la Flota del Báltico. La tribuna del comité ejecutivo resonó con discursos en que se hablaba de una *rebelión dominada* por las tropas leales y del carácter contrarrevolucionario del bolchevismo.

El miedo que se había apoderado de la burguesía durante las treinta y seis horas de manifestaciones armadas se transformó en un odio rabioso que no sólo aparecía en sus periódicos, sino en las calles de Petrogrado, sobre todo en la avenida Nevsky, donde se apaleó despiadadamente a los obreros y soldados que se empeñaban en su *criminal* agitación. Aspirantes, oficiales, miembros de los batallones selectos y caballeros de san jorge, tales eran los amos a cuyo amparo empezaron a actuar los más fervientes contrarrevolucionarios. Las sociedades obreras y las de nuestro partido eran disueltas con toda energía. Hubo detenciones, asaltos domiciliarios, palizas colectivas y asesinatos

individuales. En la noche del 4 al 5 [17 al 18, ON], el ministro de justicia, Pereverzev, dio a la prensa *documentos* en los que se demostraba que los jefes del bolchevismo eran agentes pagados por los alemanes.

Los directores del partido socialista revolucionario y del menchevique nos conocían suficientemente como para creer esas acusaciones, pero a la vez tenían demasiado interés en el buen éxito de la jornada y dejaron circular esta calumnia. Aun hoy es imposible recordar sin disgusto el diluvio de mentiras que llenaban las columnas de la prensa burguesa y coalicionista. Nuestros periódicos dejaron de aparecer. Todo el Petrogrado revolucionario sintió que el ejército y las provincias estaban muy lejos de simpatizar con él. Hubo un corto momento en que el desmayo se apoderó de los obreros. [En la guarnición comenzaron las medidas represivas contra los regimientos disueltos y se comenzó a desarmar a varias unidades]⁴. Los jefes del sóviet fabricaban entretanto un nuevo ministerio con grupos mesocráticos de ínfimo orden que, lejos de dar fuerza al gobierno, lo privaba de todo vestigio de carácter revolucionario.

Los acontecimientos del frente tomaban el curso fatal que esperábamos. Todo el ejército estaba minado hasta en sus cimientos. Los soldados se habían dado cuenta que los oficiales eran profundamente hostiles al nuevo régimen, aunque en los primeros días hubiesen hecho y dicho cosas para fingir adhesión. En el cuartel general se procedía abiertamente a una selección de elementos contrarrevolucionarios. Las publicaciones bolcheviques eran perseguidas duramente.

A la ofensiva había sucedido una trágica retirada. La prensa burguesa se entregaba a una implacable difamación contra el ejército, y sin pensar que en la víspera de la ofensiva los partidos burgueses nos habían declarado minoría insignificante, desconocida y despreciada en el ejército, esos mismos partidos decían que el espantoso desastre militar era obra nuestra y de nuestra propaganda en las filas. Los soldados y obreros de tendencias revolucionarias llenaban cárceles, y para descubrir a los responsables de los acontecimientos del 3, 4, y 5 de julio [16 al 18, ON], fueron azuzados los lobos de la justicia zarista.

Aún hubo algo más. ¡Los socialistas revolucionarios y mencheviques se atrevieron a solicitar de Lenin, Zinóviev y otros camaradas que se entregasen voluntariamente a la *justicia*!

⁴ Frase de la versión francesa. N d EIS.

6.- Después de la Jornadas de Julio

Pronto desapareció el desaliento en las masas obreras, y fueron arrebatadas por una nueva ola de entusiasmo revolucionario que se propagó en la guarnición de Petrogrado. Los coalicionistas perdían toda influencia y la onda bolchevique comenzaba a extenderse por el país y a penetrar en el ejército, a pesar de todos los obstáculos.

El nuevo ministerio de coalición, presidido por Kerensky, entró en la vía de las represiones. Restableció la pena de muerte para los soldados, no permitió la publicación de nuestros escritos y dispuso que fuera detenido todo individuo que se dedicara a la propaganda.

Estas medidas sólo sirvieron para aumentar nuestra influencia. A pesar de todos los obstáculos que se sembraron para impedir la reelección del Sóviet de Petrogrado, la fuerza relativa de los partidos se había alterado tan profundamente que teníamos mayoría en muchos puntos de importancia.

Lo mismo sucedió en el Sóviet de Moscú. Yo estaba por entonces preso en la cárcel de Kresty con otros muchos camaradas, acusados de haber tomado parte en la agitación y en la organización del movimiento armado del 3 [16] al 5 [18] como agente del gobierno alemán con el fin de ayudar los planes militares de los Hohenzollern. El conocido juez instructor Alexandrov, que en tiempos del zarismo había hecho muchas pesquisas contra elementos revolucionarios, tenía entonces la misión de proteger a la república del peligro antirrevolucionario bolchevique. Bajo el sistema del antiguo régimen, los presos formaban dos categorías: políticos y delincuentes comunes; con el nuevo sistema, se introdujo otra nomenclatura: los dos grupos se llamaban delincuentes comunes y bolcheviques.

Muchos de los soldados presos estaban dominados por una dolorosa perplejidad. Eran jóvenes aldeanos, ajenos por completo a la política, convencidos de que la revolución significaba la conquista definitiva de la libertad, que miraban con asombro los cerrojos de las puertas y las rejas de las ventanas. Cuando paseábamos por el patio para tomar sol, algunos de ellos me preguntaban lo que aquello quería decir y cómo acabaría su proceso. Yo los consolaba hablándoles de nuestra futura victoria.

7.- El levantamiento de Kornílov

A fines de agosto se efectuó el movimiento de Kornílov. Este era un resultado inmediato de la movilización de fuerzas contrarrevolucionarias, activada por la ofensiva de junio [julio].

En la célebre Conferencia de Moscú, que se reunió en la segunda quincena de [fines de] agosto, Kerensky se propuso seguir una política transaccional entre las clases pudientes y los demócratas de la clase media baja. Los bolcheviques estaban fuera de la ley.

Kerensky fue aplaudido frenéticamente por los hombres influyentes y acogido con un silencio traidor por los demócratas de la clase media baja, cuando anunció la política de sangre y fuego contra los perturbadores bolcheviques. Pero las exclamaciones histéricas de Kerensky y sus amenazas no dejaron satisfechos a los jefes de la causa contrarrevolucionaria. Veían con toda claridad la ola revolucionaria que avanzaba sobre el país, envolviendo a los obreros, soldados y campesinos, y consideraban un deber imperativo emplear las medidas más extremas para dar a las masas una lección inolvidable.

En total acuerdo con la casta de los ricos, que hizo de ese hombre su héroe, Kornílov tomó a su cargo la aventurada empresa. Kerensky, Savinkov, Filonenko y otros socialistas revolucionarios que ocupaban el poder o estaban cerca de los que mandaban participaban del movimiento, pero traicionaron a Kornílov al darse cuenta de que la victoria del general significaría su eliminación.

Yo continuaba en la cárcel y seguí el episodio en los periódicos, pues la única diferencia del régimen carcelario entre los tiempos del zar y los de Kerensky, era que éste dejaba leer la prensa a los que estaban en mi caso.

La aventura del general cosaco fue un desastre. Seis meses de revolución habían inculcado suficiente ánimo a las masas para rechazar toda tentativa contrarrevolucionaria. Los partidos del sóviet coalicionista se asustaron hasta lo increíble por las consecuencias que pudiera tener la intriga de Kornílov, amenazadora no sólo para los bolcheviques, sino para los grupos que dominaban en el nuevo régimen. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques creyeron entonces oportuno dar estado de legalidad al bolchevismo, aunque lo hicieron sólo a medias y con muchísimas reservas, para ponerse a cubierto de futuros peligros.

Los mismos marineros de Kronstadt, acusados de salteadores y contrarrevolucionarios después de las Jornadas de Julio, fueron llamados a la capital para que defendieran la revolución contra el peligro que la amenazaba. Acudieron sin tardanza, y, borrando todo recuerdo de pasados agravios, tomaron el puesto de mayor peligro. Yo entonces pude recordarle con toda justicia a Tseretelli las palabras que dije cuando este hombre insultaba a los marineros de Kronstadt: “El día en que un movimiento general contrarrevolucionario quiera ahorcar a la revolución, los cadetes prepararán la soga y los marineros de Kronstadt vendrán para salvarla y morir con nosotros.”

El alzamiento de Kornílov encontró por doquier un soviétismo lleno de vitalidad que se le opuso con todas sus fuerzas. Casi no hubo lucha. A las masas revolucionarias sólo les restaba paralizar los movimientos del conspirador. Así como en julio no habían encontrado los coalicionistas un soldado de la guarnición que luchase contra nosotros en la capital, Kornílov no encontró un soldado del frente que quisiese combatir contra la

revolución. Todo lo que consiguió fue obra del engaño, y la acción de los propagandistas puso pronto término a la maniobra.

Juzgando por lo que decía la prensa, yo esperaba un desenvolvimiento rápido de los acontecimientos y la entrega próxima de la autoridad gubernamental a los sóviets. El desarrollo de la fuerza e influjo de los bolcheviques era indudable, y acababa de recibir nuevo ímpetu. Los bolcheviques habían sido adversarios de la coalición, se habían manifestado hostiles a la ofensiva de junio [julio], y, por último, habían anunciado el levantamiento de Kornílov. Las masas populares podían ver que estábamos en lo justo.

Durante los momentos críticos de la empresa de Kornílov, cuando la División *Salvaje* del Cáucaso⁵ marchaba sobre Petrogrado, el sóviet de la capital, obteniendo a duras penas la connivencia del gobierno, armó a los obreros. Los regimientos llamados contra nosotros se habían transformado desde tiempo atrás en la atmósfera ardiente de Petrogrado, y eran ya totalmente nuestros. Por último, la tentativa de Kornílov debía abrir los ojos del ejército, respecto de la inadmisibilidad de una nueva inteligencia con los burgueses contrarrevolucionarios. Podía esperarse por lo mismo que la derrota de Kornílov estaría seguida de un esfuerzo inmediato de las fuerzas revolucionarias, guiadas por nuestro partido, para conquistar el poder. Pero los acontecimientos se desarrollaron más lentamente.

A pesar de la intensidad del sentimiento revolucionario, las masas estaban poco animosas desde que pasaron las jornadas de julio, y aguardaban pasivamente el llamamiento de sus jefes. Pero también ellos se mantuvieron a la expectativa. A esto se debió que la voz de alerta dada por la aventura de Kornílov, aun cuando hubiese alterado fundamentalmente a favor nuestro la correlación de fuerzas, no condujera a cambios políticos inmediatos.

⁵ La división de confianza de Kornílov, integrada por elementos de pueblos semisalvajes del Cáucaso. N. de Fontamara.

6.- La lucha en el interior de los sóviets

Por aquellos días ya era indudable el predominio de nuestro partido en el Sóviet de Petrogrado. La evidencia del hecho adquirió una forma dramática al constituirse la mesa directiva. Cuando los socialistas revolucionarios y mencheviques dominaban como señores absolutos de los sóviets, hicieron todos los esfuerzos imaginables para aislar a los bolcheviques. Éramos dueños de la tercera parte de votos del Sóviet de Petrogrado, y a pesar de ello no admitieron una sola representación de nuestro partido en la mesa directiva. Poco después de haberse resuelto por el sóviet de la capital que el gobierno fuera exclusivamente soviético, lo que se consiguió por una mayoría insignificante, pedimos que la mesa directiva se integrase con miembros de los distintos grupos, según el principio de la representación proporcional.

La antigua junta de gobierno, en la que estaban Cheidzé, Tseretelli, Kerensky, Skobelev y Chernov, se negó rotundamente a aceptar nuestra proposición. Debe recordarse este hecho, ya que ciertos elementos no cesan de hablar de *frente* único y nos acusan de exclusivismo. La cuestión que nosotros planteamos entonces fue objeto de una reunión especial. Todos nos preparábamos para la lucha, movilizándolo nuestras fuerzas y alistando nuestras reservas. Tseretelli pronunció un discurso programa, y dijo que la constitución de la junta directiva era asunto de mera administración. Nosotros, por nuestra parte, creíamos tener la mitad de los votos de la asamblea, y hubiéramos considerado esto como una victoria, pero con gran sorpresa para todos, el resultado del escrutinio dio una mayoría de más de cien votos a nuestro favor.

“Durante seis meses [dijo Tseretelli], hemos estado nosotros al frente del Sóviet de Petrogrado, y lo hemos llevado de victoria en victoria. Esperamos que vosotros permanezcáis tres meses por lo menos en el puesto que vais a ocupar.”

En el Sóviet de Moscú se produjo un cambio análogo, y los sóviets de provincia fueron pasando unos tras otros a manos de los bolcheviques.

Entretanto, se aproximaba el día de la convocatoria del Segundo Congreso de Todos los Sóviets, pero el Comité Ejecutivo Central se empeñaba en que esa convocatoria fuese aplazada para las calendas griegas, con la esperanza de que no se reuniese nunca la asamblea. Era evidente para todos que en el nuevo congreso nuestro partido tendría la mayoría y que el Comité Ejecutivo Central correspondería a la orientación de los partidos, privando a los coalicionistas de la ciudadela en que estaban refugiados. La cuestión capital para nosotros consistía, por lo mismo, en que se convocase al Congreso de [Todos] los Sóviets. Los mencheviques y socialistas revolucionarios pedían por su parte que se citase para una conferencia democrática, pues en ella esperaban derrotarnos y deshacerse de Kerensky.

Este, en efecto, había tomado entonces una actitud independiente y personal. Elevado al poder en el primer período de la revolución por obra del Sóviet de Petrogrado, entró en el ministerio sin que el sóviet hubiese tomado decisión previa sobre el asunto, pero posteriormente aprobó el hecho. Según el acuerdo del Primer Congreso de [Todos] los Sóviets, los ministros socialistas eran responsables ante el Comité Ejecutivo Central; los cadetes lo eran ante su propio partido. Mas, como las Jornadas de Julio crearon al comité central una nueva situación política, ya que sirvió a los intereses de la burguesía, los ministros socialistas quedaron relevados de responder de sus actos ante los sóviets, con el fin de establecer una dictadura revolucionaria, según se dijo entonces. Recuérdese

esto también, pues los mismos que fraguaron aquella dictadura oligárquica, gritan hoy contra la dictadura de una clase y la cubren de insultos.

La Conferencia General de Moscú en la que se equilibraban los pudientes y demócratas, mediante una selección artificiosa, tenía como fin principal que se consolidase el poder de Kerensky sobre todas las clases y partidos. El programa se realizó, aunque sólo aparentemente, pues en realidad la Conferencia [General] de Moscú fue la revelación de la impotencia de Kerensky, individuo tan extraño a las clases acaudaladas como a los demócratas de la clase media baja. Pero como liberales y conservadores aplaudieron sus parrafadas antidemocráticas y los coalicionistas le brindaron una gran ovación cuando se mostró cautamente desvinculado de los contrarrevolucionarios, la impresión general fue que lo apoyaban los dos bandos y que disponía de una autoridad ilimitada. Amenazó, pues, a los obreros y a los soldados revolucionarios, y declaró que se los perseguiría a sangre y fuego.

Su política siguió por el camino de las conspiraciones, unido a Kornílov, y esto lo comprometía a los ojos de los coalicionistas. Tseretelli, con su característica ambigüedad diplomática, habló de los factores personales en política y de la necesidad de limitarlos. Esta era la tarea que incumbía a la Conferencia de Moscú, compuesta como estaba por los representantes de los sóviets, de los consejos municipales, de los zemstvos⁶ y de las uniones de trabajadores y sociedades cooperativas, en una selección de lo más arbitraria. Sin embargo, el problema principal era asegurar la tendencia conservadora de la reunión, disolver los sóviets para que se confundiesen con la amorfa masa democrática y consolidar el poder por medio de una nueva organización que impidiese el avance de la marea bolchevique.

No estará de más establecer aquí en pocas palabras la diferencia que hay entre el papel político de los sóviets y los órganos democráticos del gobierno libre. Los filisteos nos han dicho en más de una ocasión que los nuevos consejos municipales y zemstvos, elegidos por sufragio universal, son infinitamente más democráticos que los sóviets y reflejan más fielmente las aspiraciones de todo el pueblo. Este criterio democrático formalista carece de sentido en tiempos de revolución. En efecto, la revolución se caracteriza por el rápido cambio que se efectúa en la conciencia de clase. Ciertos grupos del pueblo que adquieren experiencia, revisan las ideas consagradas, forman concepciones nuevas, deponen a sus antiguos jefes, nombran otros y avanzan con ellos. En tiempos de revolución, las organizaciones democráticas establecidas sobre la complicada base del sufragio universal quedan inevitablemente al margen del desarrollo que toman las ideas políticas de las masas. No así los sóviets. Estos dependen directamente de grupos orgánicos, tales como talleres, fábricas, minas, compañías, regimientos, etc. Es verdad que en estos casos no existen las garantías legales de una elección exactamente computada, como en el caso de los consejos municipales y de los zemstvos, pero se dan las garantías más importantes del contacto directo e inmediato del diputado con sus electores. El miembro del consejo urbano o zemstvo depende de una masa amorfa de electores que lo invisten de una autoridad anual y se disuelven inmediatamente. Los electores del sóviet, por el contrario, permanecen constantemente ligados entre sí por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano. El diputado está siempre sometido a la fiscalización directa de los electores, y en cualquier momento éstos pueden impartirle nuevas instrucciones, censurarlo, revocar su mandato y nombrar otro representante.

⁶ Órganos administrativo-políticos de distrito. En los primeros años del siglo, fue a través de los zemstvos que se canalizó un importante movimiento de oposición burguesa a la administración zarista. N d Fontamara.

Como la evolución política general de los meses anteriores se había caracterizado por la influencia creciente que tomaban los bolcheviques a expensas de los coalicionistas, era natural que este proceso se reflejara más clara y fielmente en los sóviets. Los consejos municipales y zemstvos, a pesar de su carácter democrático formal, no expresaban en igual grado los sentimientos actuales de las masas, sino los de ayer. Esto explica la gravitación hacia los consejos municipales y zemstvos que se notó en los partidos cuya influencia menguaba en las filas de la clase obrera revolucionaria. El problema aparecerá otra vez cuando se hable de la asamblea constituyente.

9.- La Conferencia Democrática

La Conferencia Democrática, convocada por Tseretelli y sus socios hacia mediados de septiembre era de carácter puramente artificial y consistía en una combinación de representaciones de sóviets y de los órganos de gobiernos locales, en una proporción que daba la preponderancia a los partidos coalicionistas. Como resultado de tanta confusión e impotencia, la asamblea acabó tristemente.

La burguesía acaudalada veía con extremada animosidad aquella conferencia, y la consideraba como una tentativa para dislocarla de la posición adquirida en la junta de Moscú. Por otra parte, los obreros revolucionarios y las masas de soldados y campesinos condenaban de antemano los métodos de fraude que se utilizaron para la convocatoria.

La tarea a que se dedicaron los coalicionistas fue la formación de un gabinete *responsable* pero incluso esto fracasó. Kerensky no era partidario del *principio de responsabilidad* ni permitía que se aplicase, porque la burguesía que lo apoyaba no le daba facultades para avanzar en ese sentido. Efectivamente, la irresponsabilidad en presencia de los órganos de la llamada democracia significaba responsabilidad para con los cadetes y las embajadas de los aliados. De momento, eso era suficiente, y la burguesía no pidió más. Respecto de la coalición, la conferencia se mostró totalmente incapaz. El número de votos favorables al principio de la alianza con la burguesía excedía apenas del que se dio contra toda clase de coaliciones, y la mayoría de votos condenó la coalición con los cadetes. Ahora bien, fuera de los cadetes no había grupo burgués con el que pudiese hacerse una coalición, y Tseretelli explicó el hecho ante la asamblea. ¡Si ésta no lo entendía, peor para ella! Así fue cómo, a espaldas de ella, se abrieron negociaciones, precisamente con los cadetes, excluidos por el voto reciente. ¡Y se resolvió que se les trataría no como miembros de un partido, sino como personalidades aisladas! Bajo las presiones de la derecha y de la izquierda, los demócratas de la clase media baja tenían que someterse a esta situación ridícula, prueba de su impotencia.

Se eligió un consejo en el seno de la Conferencia Democrática, y se acordó agregarle algunos representantes de las clases ricas. Este *Parlamento Provisional* llenaría el hueco hasta la reunión de la asamblea constituyente. El nuevo ministerio de coalición, contrario al plan primitivo de Tseretelli, pero de acuerdo enteramente con el de la burguesía, debía mantenerse independiente del parlamento provisional. Todo esto producía la impresión de un engendro lamentable, obra de mentes divorciadas de las corrientes vivas, y en el fondo se veía claramente la capitulación de la clase media baja ante esta misma burguesía liberal que no hacía un mes aún sostenía abiertamente la tentativa contrarrevolucionaria de Kornílov. En suma, todo se reducía a restaurar y perpetuar la coalición con la burguesía liberal. Ya nadie dudaría que sin tenerse en cuenta la composición de la futura asamblea constituyente, el poder gubernamental quedaría en manos de la burguesía, pues los partidos coalicionistas, a pesar de la preponderancia que les habían dado las masas populares, mantenían el propósito inalterable de seguir unidos a los cadetes y consideraban imposible formar un gobierno que no estuviese sostenido por la burguesía.

Las masas populares eran profundamente hostiles al partido de Miliukov. En las elecciones efectuadas durante el período revolucionario, los cadetes fueron invariablemente derrotados, y derrotados por grandes márgenes. Sin embargo, esos

mismos socialistas revolucionarios y mencheviques, indiscutibles vencedores del partido cadete, le abrían siempre las puertas del gabinete y le daban los primeros puestos. Era natural que las masas advirtieran cada vez con mayor claridad que los coalicionistas no eran sino agentes subalternos de la burguesía liberal.

10.- Dificultades en el frente y en el interior

Entretanto, la situación interna se complicaba. La guerra proseguía sin objetivo, sin dirección, sin perspectiva. No se veía que el gobierno diese pasos para salir de aquel círculo vicioso. El plan grotesco de enviar a Skobelev para que intentase influir en París sobre los imperialismos aliados, era tal que nadie daba la menor importancia a esa medida. Kornílov entregó la ciudad de Riga a los alemanes para alarmar a la opinión pública y aprovecharse de la coyuntura estableciendo una disciplina de hierro en el ejército. La amenaza que se cernía sobre Petrogrado era bien vista por los elementos de la clase media, con evidente malignidad. Rodzianko, antiguo presidente de la дума, decía abiertamente que la entrega de la desmoralizada Petrogrado a los alemanes, no sería una pérdida lamentable. Y se refería al caso de Riga, en donde los alemanes disolvieron los sóviets y restablecieron el orden más estricto con ayuda de la antigua policía. Cierto que se perdería la Flota del Báltico, pero la Flota del Báltico estaba desmoralizada por la propaganda revolucionaria, y esto disminuiría la importancia de aquella pérdida. Tal cinismo en labios de charlatán *gran señor*, era una expresión fiel de los ocultos pensamientos de la burguesía. La entrega de Petrogrado no sería su pérdida pues por el tratado de paz la devolverían y entretanto el militarismo alemán ejercería su acción disciplinaria. La revolución quedaría decapitada y no habría dificultades para dominarla.

El gobierno de Kerensky no tenía la intención de resistir en la capital y se preparaba a la opinión para que aceptase la entrega de Petrogrado. Las oficinas públicas se trasladaban a Moscú y a otras ciudades.

Tales eran las circunstancias cuando se reunieron en junta plena los soldados del Sóviet de Petrogrado. Imperaba una gran agitación, y todos estaban muy preocupados. Si el gobierno reconocía su incapacidad de defender la capital, debería obtener la paz. Y si no podía obtener la paz, que se fuera. Así se resumía la opinión de los soldados. Y esta fue la primera señal de la Revolución de Octubre.

En el frente, la situación empeoraba cada día. El otoño se anunciaba frío y lluvioso. Y el ejército entreveía la perspectiva de una cuarta campaña de invierno en la que al fango sucedería la nieve, y en la que cada día serían menos abundantes las raciones. Los que estaban en el interior no pensaban en los soldados. No se les enviaban provisiones, refuerzos ni abrigos. Las deserciones aumentaban cada día. Los antiguos comités del ejército, nombrados en los primeros días de la revolución, seguían en sus puestos y apoyaban la política de Kerensky, la reelección estaba prohibida. Así se formó un abismo entre los comités del ejército y los soldados hasta que éstos acabaron por detestar a aquéllos. Diariamente llegaban delegaciones que preguntaban categóricamente al sóviet: ¿Dónde está la fórmula para resolver la situación? ¿Qué clase de guerra es ésta y quién va a ponerle fin? ¿Por qué calla el Sóviet de Petrogrado?

11.- La inevitable lucha por el poder

El Sóviet de Petrogrado no estaba silencioso. Pedía el traslado inmediato del poder al Sóviet Central y a los [sóviets] locales, la entrega de la tierra a los campesinos, el establecimiento del dominio de los obreros sobre la industria y la apertura de las negociaciones de paz.

Mientras estuvimos en oposición, nuestro grito de guerra fue: ¡Todo el poder a los sóviets! Pero cuando constituimos la mayoría de ellos, o de los principales, comenzamos a luchar para adueñarnos del poder.

En el campo, la situación era complicada y confusa a más no poder. La revolución había ofrecido la tierra a los campesinos, pero prohibió que éstos se la apropiaran hasta la reunión de la asamblea constituyente. Los campesinos comenzaron por aguardar pacientemente y cuando dieron señales de actividad, el gobierno de coalición apeló a medidas represivas. Entretanto, la reunión de la asamblea constituyente era una perspectiva cada día más remota. La burguesía se empeñaba en que la asamblea constituyente fuese convocada después de la paz. Por su parte, las masas campesinas se impacientaban cada vez más y parecían cumplirse las predicciones que habíamos hecho en los primeros días de la revolución. Efectivamente, los campesinos se apoderaban de las propiedades inmuebles por su propia cuenta. Cada día eran más frecuentes y severas las medidas de represión, y muchos miembros de los comités revolucionarios de tierras estaban en la cárcel. Kerensky había proclamado el estado de sitio en algunos distritos. Los delegados de las aldeas comenzaron a presentarse en Petrogrado y se quejaban de que eran perseguidos por aplicar el programa del sóviet en lo relativo a la entrega de las tierras de los propietarios privilegiados a los miembros de los comités de campesinos. Estos solicitaban nuestra protección. Nosotros respondíamos que sólo sería posible hacer algo a su favor cuando el poder estuviese en nuestras manos. La situación era tal que, para impedir la degeneración de los sóviets hasta verlos convertidos en centros de discusión académica, debíamos esforzarnos por llegar al poder. Nuestros amigos más moderados nos decían que era absurdo abrir la campaña mes y medio o dos meses antes de que se reuniese la asamblea constituyente, pero nosotros no estábamos dominados por el fetichismo asambleísta. En primer lugar, nadie nos garantizaba que dicha asamblea constituyente fuese convocada, pues la desorganización del ejército, la desertión en masa que teníamos a la vista, el caos del reparto de víveres y la revolución agraria creaban una atmósfera muy poco propicia para las elecciones. Además, en el caso de que esas elecciones pudieran hacerse, la entrega de Petrogrado a los alemanes constituía una amenaza que por sí sola haría totalmente ineficaz la convocatoria. En segundo lugar, aun reunida la asamblea constituyente bajo la dirección de los viejos partidos, con sus listas, no sería otra cosa que una reunión protectora y confirmadora del principio coalicionista. Ni los socialistas revolucionarios ni los mencheviques eran capaces de asumir la autoridad, a menos que lo hiciesen apoyados por la burguesía. Sólo una clase revolucionaria podía romper el círculo vicioso en que se agitaba y desintegraba la revolución. Era esencial que el poder fuese arrebatado de las manos de aquellos elementos que directa o indirectamente estaban sometidos a los intereses de la burguesía y que empleaban la maquinaria gubernamental para oponerse a las demandas revolucionarias del pueblo.

12.- La lucha por el Congreso de los Sóviets

¡Todo el poder a los sóviets!

Tal era el grito de guerra de nuestro partido.

En el período anterior, eso significaba autoridad completa para los socialistas revolucionarios y mencheviques, contra la idea de coalición y de participación con la burguesía liberal. Pero en octubre [noviembre] de 1917, nuestra demanda implicaba ya la total supremacía del proletariado revolucionario, bajo la jefatura del Partido Bolchevique. La cuestión debatida era la dictadura de la clase obrera que dirigía, o más bien, que era capaz de dirigir a los millones de individuos que forman la paupérrima población de los campos. Esta fue la significación histórica del levantamiento de octubre [noviembre].

Todo concurría a indicar este camino. Desde los primeros días de la revolución habíamos insistido en la necesidad y en la inevitabilidad de que toda la autoridad pública pasase a los sóviets. La mayoría de éstos adoptó nuestro punto de vista e hizo suya la demanda, no sin una intensa lucha dentro de su propio seno. Nos aprestábamos para el Segundo Congreso de Todos los Sóviets, en el que esperábamos la total victoria de nuestro partido. El Comité Ejecutivo Central estaba dirigido por Dan, pues el cauto Cheidzé se fue al Cáucaso muy oportunamente, y el comité hizo todo lo posible para impedir la reunión del Congreso de [Todos] los Sóviets. Después de muchos esfuerzos, y con el apoyo del grupo sovieta de la Conferencia Democrática, conseguimos que se fijase día para la reunión de nuestro congreso. Ese día era el 25 de octubre [7 de noviembre, ON] fecha para siempre memorable en la historia de Rusia y la más grande de todas. Como medida preliminar, convocamos en Petrogrado una Conferencia de Sóviets de las Provincias del Norte, en la que tomaron parte la Flota del Báltico y el Sóviet de Moscú. En esa conferencia tuvimos mayoría, y nos apoyó también la derecha, que estaba formada por el ala izquierda de los socialistas revolucionarios. Así pudimos echar las bases prácticas para el levantamiento de octubre [noviembre].

13.- El conflicto acerca de la guarnición de Petrogrado

Pero antes de aquello, y antes de la Conferencia de los Sóviets del Norte, había ocurrido algo que debía influir considerablemente en la próxima lucha política.

A mediados de octubre se presentó en una sesión del comité ejecutivo un representante sovieta agregado al Distrito Militar de Petrogrado, y nos dijo que el cuartel general pedía el envío de dos tercios de la guarnición que había en la capital a las trincheras. ¿Cuál era el objeto de aquella medida? ¡La defensa de Petrogrado! La orden no debía efectuarse inmediatamente, pero se necesitaba hacer los preparativos del caso. El Distrito Militar [de Petrogrado] pedía que el Sóviet de Petrogrado diera su aprobación a la medida. Nosotros aguzamos el oído. Ya a fines de agosto, cinco regimientos revolucionarios habían sido sacados de la capital en su totalidad o en parte, lo que se hizo por indicaciones del entonces comandante general Kornílov, quien a la sazón preparaba su División Caucásica de *salvajes* contra Petrogrado para ajustar definitivamente sus cuentas con la ciudad revolucionaria.

Sabíamos, pues, por experiencia, lo que significaba una redistribución de fuerzas, efectuada bajo el pretexto de operaciones militares. Y no sería ocioso anticipar aquí que, según documentos irrefutables caídos en nuestro poder después de la Revolución de [Octubre] noviembre, la proyectada evacuación parcial de Petrogrado era del todo extraña a las operaciones militares, y se imponía al comandante general Dujonin, contra la voluntad de éste, y nada menos que por el propio Kerensky, ansioso de ver la ciudad libre de soldados revolucionarios, es decir, de individuos que eran personalmente hostiles al dictador.

Pero a mediados de octubre esto no se sabía, nuestras sospechas despertaron una tempestad de indignación patriótica. La comandancia de las armas nos dirigía amenazas apremiantes y Kerensky se mostraba muy impaciente, porque sentía que el suelo se hundía bajo sus pies. Nosotros no nos dábamos prisa con la respuesta. Ciertamente que Petrogrado corría peligro y el terrible problema de su defensa nos preocupaba en alto grado. Pero después de lo acaecido en los días de Kornílov, y después de las palabras de Rodzianko sobre la salvación consistente en una ocupación temporal de la ciudad por los alemanes, ¿quién nos garantizaba que Petrogrado no sería entregada al enemigo como una sanción penal por su espíritu de rebeldía?

El comité ejecutivo no consentía en dar su firma a la petición de envío de dos tercios de la guarnición de Petrogrado, sin examinar previamente el asunto. Pedíamos pruebas de la realidad del fundamento en que se apoyaba la demanda y que se crease un organismo capaz de estudiar los hechos. Así nació la idea de establecer, junto a la Sección de Soldados de los Sóviets, es decir junto a la representación política de la guarnición, un órgano puramente activo, o sea el Comité Militar Revolucionario que posteriormente adquirió un poder enorme y que fue prácticamente el instrumento de la Revolución de Octubre [noviembre].

Sin duda, cuando proponíamos la creación de un órgano que concentrara la dirección militar de la guarnición de Petrogrado, nos dábamos cuenta de que se forjaba un arma revolucionaria de valor inapreciable. Ya en aquellos momentos nos encaminábamos deliberadamente, y sin ocultarlo, hacia el levantamiento y nos organizábamos con ese fin. Como ya dije, la apertura del Congreso de [Todos] los Sóviets se había fijado para el 25 de octubre [7 de noviembre], y ya no cabía duda que la asamblea

se declararía partidaria de la entrega del poder a los sóviets. Pero había que poner en práctica la resolución para que ésta no fuese una simple frase sin sentido.

La lógica de la situación parecía indicar que nuestro alzamiento se efectuase el 25 de octubre [7 de noviembre]. Los periódicos burgueses lo creían así. Pero la suerte del congreso dependía, en primer lugar, de la guarnición de Petrogrado. ¿Permitiría ésta que el congreso fuese rodeado por Kerensky, al frente de algunos centenares o millares de oficiales y sargentos, con batallones de toda confianza? ¿El mero hecho de pretender que la ciudad fuese desocupada, no era el indicio más cierto de que el gobierno preparaba la disolución del Congreso de [Todos] los Sóviets? Lo contrario hubiera sido muy extraño, ya que nuestra movilización se hacía públicamente, de cara al país, reuniendo las fuerzas de todos los sóviets para asestar el golpe de muerte a la coalición.

Y a esto se debió que el conflicto tuviese su desenlace con motivo de la cuestión relativa a las tropas de Petrogrado. Desde luego, los soldados tenían interés en el asunto, pero no era menor el de los obreros, pues una vez fuera de la ciudad aquéllos, los cosacos y oficiales caerían con todas sus fuerzas sobre las masas revolucionarias. El conflicto se acercaba a su fase decisiva, y la forma en que se había planteado ofrecía un aspecto muy desfavorable para Kerensky.

Paralelamente al problema de la guarnición, se desarrollaba la lucha relativa a la convocatoria del Congreso de [Todos los] Sóviets. Proclamábamos abiertamente en nombre del Sóviet de Petrogrado y en nombre de la Conferencia de los Sóviets del Norte que el Segundo Congreso [de Todos los Sóviets] liquidaría al gobierno de Kerensky y se adueñaría de Rusia. El levantamiento entretanto se había iniciado ya, y proseguía en todo el país. Durante el mes de octubre, esta cuestión fue la principal entre todas las que tramitaba nuestro partido. Lenin, oculto en Finlandia, escribía frecuentemente e insistía en que se adoptase una táctica más audaz. La fermentación aumentaba en las filas y el desconcierto crecía, por no verse en vías de realización las fórmulas del Partido Bolchevique, no obstante la mayoría con que contaba en los sóviets.

El día 10 [28] de octubre hubo una junta secreta del comité central de nuestro partido y Lenin estuvo presente. La cuestión del levantamiento figuraba en la orden del día. Por gran mayoría, con sólo dos votos en contra, se decidió que el levantamiento armado era el único medio de salvar la revolución y el país. Los sóviets deberían adueñarse de la autoridad suprema.

14.- El Consejo Democrático y el Parlamento Provisional

El Consejo Democrático, hijo de la Conferencia Democrática, fue el heredero de la impotencia de ésta. Los antiguos partidos soviéticos, socialista revolucionario y menchevique, habían conquistado una mayoría artificial en el consejo, que sólo les servía para poner de manifiesto su total postración política. Metido entre bastidores, Tseretelli conducía negociaciones muy complicadas con Kerensky y con los representantes de los *elementos acomodados*⁷, como se les llamaba en el consejo, para evitar el término burgués, conceptuado como insultante. El informe de Tseretelli sobre el progreso y resultados de aquellas negociaciones parecía la oración fúnebre pronunciada junto a la tumba de la revolución. Aparecía claramente que ni Kerensky, ni los *elementos acomodados*, se avenían a aceptar el *principio de responsabilidad* ante el nuevo cuerpo semirrepresentativo.

Por otra parte, era imposible encontrar *hombres prácticos*⁸ fuera del partido cadete. Uno y otro punto serían las normas para la resolución del negocio, hecho tanto más increíble cuanto que la Conferencia Democrática había sido convocada precisamente para poner fin al régimen de irresponsabilidad y que la asamblea había rechazado toda coalición con los cadetes.

En las últimas reuniones de las pocas que tuvo el Consejo Democrático, antes de la nueva revolución, había una atmósfera irrespirable de impotencia y desconfianza. El consejo no reflejaba los progresos de la revolución, sino la disolución de los partidos que la revolución había dejado atrás.

Ya durante las sesiones de la Conferencia Democrática había planteado yo en el seno de nuestro partido la cuestión de abandonar ostensiblemente la conferencia y de decidir la exclusión del Consejo Democrático. Era preciso poner de manifiesto ante las masas que los coalicionistas habían llevado la revolución al fondo de un callejón sin salida. La lucha en pro de la formación de un gobierno sovieta sólo sería posible por métodos revolucionarios. Se nos imponía por lo mismo arrancar la autoridad de manos de los que se habían mostrado incapaces, y que iban perdiendo aptitud hasta para causar daño.

Nuestro método político debía consistir en la movilización de fuerzas en torno de los sóviets y en el levantamiento armado, para contrarrestar el método de nuestros adversarios, que los llevaba al Parlamento Provisional, arteramente seleccionado, y a una problemática asamblea constituyente.

El programa que yo proponía sólo podía realizarse rompiendo abierta y públicamente con el organismo creado por Tseretelli y sus amigos y concentrando toda la atención y fuerza de las clases obreras en las organizaciones soviéticas.

En esto se fundamentaba mi plan de salida aparatosa de la Conferencia Democrática y de agitación revolucionaria en fábricas y cuarteles, para que no se adulterase la voluntad revolucionaria y se impidiese la pretendida fusión con la burguesía.

Lenin opinaba en el mismo sentido que yo, según carta suya que recibimos pocos días después. Pero los jefes del partido eran presa de la vacilación. Las Jornadas de Julio dejaron una impresión muy profunda en el ánimo de nuestros correligionarios. Los

⁷ La versión francesa traduce “elementos censitarios”.

⁸ La versión francesa traduce literalmente “capaces”.

obreros y soldados habían logrado reponerse del efecto moral producido por la represión, mucho antes de que nuestros compañeros depusiesen todo temor. Estos creían, en efecto, que otra tentativa prematura daría ocasión para que el adversario quebrantase la fuerza de la idea revolucionaria.

Cuando fuimos a la Conferencia Democrática, yo obtuve cincuenta votos para la proposición que condenaba toda participación en el Consejo Democrático, y hubo setenta votos en contra. Pero la experiencia de lo que era el consejo robusteció el ala izquierda del partido. Parecía desde todo punto vista evidente que el método de los compromisos que sólo disfrazaban simples robos, cuyo fin era dar la dirección de la revolución a las clases propietarias asistidas por los coalicionistas, ya sin eco entre las masas, no constituía el mejor de los procedimientos para salir del embrollo a que nos habían llevado los demócratas de la clase media.

Cuando el Consejo Democrático, reforzado con representantes de las clases adineradas, se transformó en *Parlamento Provisional*, ya nuestro partido estaba maduro para aceptar la idea de la ruptura.

15.- Los socialistas revolucionarios y los mencheviques

La cuestión que entonces se discutía era la de saber si nos seguirían los socialistas revolucionarios de izquierda. Este grupo estaba en un período de formación, lo que para nuestro punto de vista significaba lentitud y vacilaciones. Durante el primer ímpetu de la revolución, el Partido Socialista Revolucionario era el más fuerte de todos. Los campesinos y soldados, y aun la gran mayoría de los obreros, votaban por los socialistas revolucionarios. Como esta popularidad era inesperada para los mismos que disfrutaban de ella, más de una vez pareció que el partido estaba a punto de naufragar entre los oleajes de su victoria. Efectivamente, todo el mundo quería alistarse bajo las banderas de los socialistas revolucionarios, salvo naturalmente los capitalistas, los grandes terratenientes y los intelectuales de alta posición. Eso pasaba durante el primer período de la revolución, cuando los límites de clases no estaban muy marcados aún, cuando la aspiración común que tendía a la unificación del frente hallaba expresión en el programa nebuloso de un partido dispuesto a amparar las reivindicaciones de la clase obrera, temerosa de perder contacto con los campesinos, de éstos que pedían tierra y libertad, de los intelectuales deseosos de tomar la jefatura de ambas clases, y de los elementos oficiales, empeñados en adaptarse al nuevo orden de cosas. En los tiempos del zarismo, Kerensky estuvo afiliado al Partido del Trabajo, y después de la victoria alcanzada por la revolución, entró en el de los socialistas revolucionarios, lo que aumentó la popularidad de este grupo, ya que Kerensky parecía avanzar hacia el poder. Muchos generales y coroneles, movidos por su adhesión al ministro de guerra, inscribieron sus nombres en el partido de los que habían sido llamados terroristas. Los viejos socialistas revolucionarios, que pertenecían a la escuela de los intransigentes, comenzaron a sentirse cohibidos en compañía de tantos socialistas revolucionarios *de marzo*, es decir de socialistas revolucionarios que anohecieron conservadores y amanecieron progresistas debido al encanto del cambio de régimen.

Resumiendo, pues, el partido contenía en su masa amorfa no sólo las contradicciones internas propias del desarrollo revolucionario, sino las de los prejuicios de las atrasadas masas campesinas y las del sentimentalismo, inestabilidad y ambiciones de los intelectuales. El partido no podía perdurar con aquellos elementos.

Desde el punto de vista de las ideas, su impotencia fue manifiesta a partir del día en que se organizó.

El papel principal corría a cargo de los mencheviques mientras el país se iniciaba en la revolución. Esos hombres habían pasado por la escuela marxista, y sacaron de ella ciertos métodos y ciertos hábitos de que se valieron para sortear las dificultades políticas, adulterando *científicamente* el sentido real de la lucha de clases, al grado de obtener, hasta donde esto era posible dentro de las nuevas condiciones, la supremacía del liberalismo burgués. Tal fue la causa de que se desgastaran tan pronto los mencheviques, verdaderos abogados del derecho de la burguesía al ejercicio del poder. En los días de la Revolución de Octubre [noviembre], ya el menchevismo era una mera expresión política.

Por su parte, los socialistas revolucionarios perdían rápidamente su influencia, primero entre los obreros y finalmente en el campo. Sin embargo, la Revolución de Octubre [noviembre] los encontró muy fuertes numéricamente y con una apariencia de dominio que desmentía los antagonismos internos. El ala derecha, en la que preponderaban patrioterros del tipo de Catalina Bresjo-Breshkovskaya y Boris Savinkov,

acabó por adherirse a los contrarrevolucionarios. En cambio, comenzó a formarse un ala izquierda que hacía lo posible por mantenerse en contacto con las clases laboriosas. Si tenemos en cuenta que el socialista revolucionario Avksentiev, ministro de la gobernación, ordenaba que fuesen detenidos los miembros de los comités de tierras, compuestos casi exclusivamente por socialistas revolucionarios, por ejecutar actos relacionados con la cuestión agraria, veremos hasta qué grado de desorganización había llegado ese partido.

Chernov, jefe tradicional del partido, ocupaba el centro. Escritor experto, muy conocedor de la literatura socialista, habilísimo en la táctica de las luchas políticas, asumió siempre la jefatura del partido mientras la vida de éste se redujo a la actividad de los expatriados. La revolución, que durante su primer movimiento impulsivo había elevado a los socialistas revolucionarios hasta una altura increíble, automáticamente levantó también a Chernov, pero sólo para poner de manifiesto su total incapacidad, aun entre los personajes del período a que me refiero. Las cualidades secundarias que aseguraron la preponderancia de Chernov durante la expatriación eran demasiado insignificantes para la época revolucionaria. Se abstuvo de resoluciones que lo comprometiesen, evitó las ocasiones críticas, fue un perpetuo temporizador, y rehuyó toda acción decisiva. Esta táctica negativa le aseguró el dominio de una zona neutral, entre los dos extremos, que cada vez se distanciaban más y más. Pero la unidad del partido era ya imposible. Savinkov, el antiguo terrorista, se había complicado en la tentativa de Kornílov y estaba en los mejores términos con los círculos contrarrevolucionarios de los oficiales cosacos. A la sazón, preparaba un golpe de muerte contra los soldados y obreros de Petrogrado, entre los cuales había algunos miembros de la izquierda socialista revolucionaria. En obsequio a la izquierda el centro expulsó del partido a Savinkov, pero ese mismo centro no dio un solo paso para combatir a Kerensky.

En el Parlamento Provisional, el partido se mostraba incoherente hasta lo inverosímil. Los tres grupos que lo constituían obraban con total independencia, aunque se agrupaban bajo la misma bandera. La verdad era que ninguno de aquellos grupos tenía noción clara de lo que se proponían. El predominio formal del partido en la asamblea constituyente había significado la continuación de una política estéril.

16.- Nuestra salida del Preparlamento. La voz de los combatientes⁹

Antes de abandonar el Parlamento Provisional, en donde teníamos apenas cincuenta votos, según la estadística de Kerensky y Tseretelli, organizamos una reunión y en ella solicitamos el concurso de la izquierda socialista revolucionaria. No fuimos atendidos, pues aquel grupo alegaba que era necesario demostrar a la clase campesina la inutilidad del parlamento y que tal demostración no podía hacerse sino por medio de una experiencia práctica.

“Nuestro deber es advertiros [dijo uno de los jefes] de que si vais a abandonar el Parlamento Provisional para salir a la calle y llevar a cabo la lucha de barricadas, no os seguiremos.”

En efecto, la prensa burguesa y coalicionista nos acusaba de intentar una ruptura con el único fin de crear una situación revolucionaria. No aguardamos, pues, a los socialistas revolucionarios y resolvimos obrar con total independencia. La declaración que hizo nuestro partido en la tribuna del Parlamento Provisional para explicar nuestra separación de aquel cuerpo fue recibida con gritos de execración y rabia impotente¹⁰. En cambio, cuando la dimos a conocer en el Sóviet de Petrogrado, éste la aprobó por imponente mayoría. Martov, jefe del pequeño grupo de mencheviques internacionalistas, sostuvo que nuestra salida del Consejo Provisional de la República, nombre oficial de esa desacreditada institución, sería comprensible en el caso de que nos propusiéramos pasar inmediatamente a la ofensiva contra el gobierno actual, y no de otro modo. Era precisamente lo que nosotros queríamos hacer. Los agentes de la burguesía liberal acertaban al acusarnos de tendencias revolucionarias, pues la única salida que veíamos para aquella situación desesperada era el alzamiento en armas y la toma de posesión del poder público.

Otra vez, como en los días de julio, la prensa y todos los órganos de la llamada opinión pública, levantaban su voz contra nosotros. Se acudía a los arsenales de la pasada lucha para tomar las armas envenenadas con que habíamos sido atacados, y que no se empleaban desde los días de Kornílov. ¡Inútil esfuerzo! Las masas acudían hacia nosotros con poder irresistible, y el espíritu público se animaba de hora en hora. Llegaban delegados de las trincheras, y nos decían:

-¿Cuánto tiempo va a durar esta situación? Los soldados nos facultan para declarar que si el 1 [14] de noviembre no se ha tomado una determinación en el sentido de la paz abandonarán las trincheras y marcharán hacia el interior.

Efectivamente, esa resolución había sido adoptada en todo el frente del campo de batalla. De mano en mano y de sector en sector corrían las proclamas escritas por los mismos soldados, en las que se ponía como límite máximo la caída de las primeras nieves. Y los delegados del ejército agregaban:

⁹ Hemos restablecido el texto íntegro del título, que en la edición empleada como texto base quedaba reducido a “La voz de los combatientes”. N. d Fontamara. [En la versión francesa con la que contrastamos, 1920: “Notre sortie du Pré-Parlement. La voix du front”].

¹⁰ Verla en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#), serie [Trotsky inédito en internet y en castellano: \[Intervención de Trotsky en el Preparlamento, antes de abandonarlo, en nombre del grupo bolchevique\]](#). N d EIS.

-Nos habéis olvidado por completo. Si no encontráis una resolución satisfactoria, vendremos con las bayonetas caladas, no sólo para atacar a nuestros enemigos sino también a vosotros.

Pocas semanas después, el Sóviet de Petrogrado, en donde pasaban tales cosas era el centro de atracción de todo el ejército.

Después del cambio de política que se había efectuado en el seno del sóviet y de la elección de otra mesa directiva, las resoluciones infundían nuevas esperanzas en el ánimo abatido de las exhaustas tropas. Esas esperanzas se cifraban por entero en el bolchevismo, pues todos creían que no le faltaría la entereza necesaria para publicar los tratados secretos y para proponer sin tardanza un armisticio en todos los frentes.

-¿Creéis que los sóviets deben asumir la autoridad suprema? Pues tomadla. ¿Teméis que los soldados no os apoyen? Deponed toda duda: la gran mayoría del ejército está incondicionalmente con vosotros.

Además, el conflicto sobre la evacuación parcial de Petrogrado se acercaba a su punto crítico. La guarnición tenía reuniones casi diarias en las que deliberaban los comités de las compañías y regimientos. Nuestra influencia sobre los soldados había llegado a ser absoluta. El Cuartel General del Distrito Militar de Petrogrado se hallaba en un estado de incertidumbre. A veces entraba en relaciones normales con nosotros; a veces, incitado por los jefes del comité ejecutivo central, nos amenazaba con medidas de represión.

17.- Los comisionados del Comité Militar Revolucionario

Hemos mencionado ya la formación de un comité militar revolucionario, dependiente del Sóviet de Petrogrado, que según nuestros cálculos sería la comandancia soviética de la guarnición, para contrarrestar la acción de la comandancia militar de Kerensky.

Los doctrinarios del coalicionismo decían que no podía haber dos comandancias generales. Nosotros respondíamos en estos términos: “¿Podría tolerarse un estado de cosas en que la guarnición desconfiara de la comandancia temiendo que la remoción de tropas obedeciese a un plan contrarrevolucionario?” A esto nos replicaban que la creación de una nueva comandancia era una insurrección declarada, pues el Comité Militar Revolucionario podía tener por objeto, no ya el examen de las intenciones de las autoridades militares, sino la preparación y ejecución de un levantamiento contra el gobierno.

El argumento era incontestable, pero precisamente por serlo estábamos impasibles. Una aplastante mayoría del sóviet consideraba necesario derrocar al gobierno de coalición. Mientras más convincentes fueran las demostraciones de los mencheviques y socialistas revolucionarios sobre el carácter amenazador del comité militar, más seguro sería el apoyo del sóviet al nuevo organismo.

Lo primero que hizo fue nombrar comisionados en todas las secciones de la guarnición de Petrogrado y en las instituciones más importantes de la capital y de los suburbios. Entretanto, supimos que el gobierno, o más bien que los partidarios del gobierno trabajaban empeñosamente en organizar fuerzas. Acudían a los depósitos de armas oficiales y particulares para sacar fusiles, pistolas, ametralladoras y cartuchos que repartían entre los estudiantes y empleados, y en general entre los jóvenes de la burguesía. Consideramos, pues, urgente, tomar una medida que se anticipase a sus planes. Nombrando comisionados para el incautación de los depósitos de armas y municiones, nos hicimos dueños de la situación, y casi no hubo quien nos opusiese resistencia. Ciertamente que los comandantes encargados del resguardo de los almacenes y los dueños de las armerías, pretendieron desconocer la autoridad de nuestros comisionados; pero bastó que éstos apelasen al comité militar o hiciesen una breve explicación a los propietarios para que cesase toda resistencia. La entrega de armas quedó por lo mismo bajo la dependencia directa de nuestros agentes. Los regimientos de la guarnición de Petrogrado habían tenido también agentes comisionados, pero su nombramiento se hacía por medio del comité central ejecutivo. Ya dije que después del Congreso de [Todos los] Sóviets, reunido en junio, y particularmente después de la manifestación del 18 de junio [1 de julio], con la que patentizamos la fuerza del bolchevismo, los partidos de coalición habían segregado al sóviet de la capital, a fin de que no influyese en los asuntos de aquella ciudad eminentemente revolucionaria. Comenzaron por confiar al ejecutivo central todos los asuntos que se relacionaban con la guarnición. Dado esto, no era fácil la distribución de los comisionados soviéticos, y si el plan pudo realizarse fue gracias a la cooperación de las masas armadas. Uno tras otro, los regimientos declararon que sólo reconocerían a los agentes del Sóviet de Petrogrado y que no darían paso alguno sin la sanción de esos agentes. La declaración se hizo después de reuniones en las que hablaron oradores de todos los partidos.

El organismo militar de los bolcheviques tuvo una participación muy directa en el nombramiento de los agentes comisionados. La obra no hubiera sido posible sin la propaganda hecha por aquel organismo antes de las Jornadas de Julio. Debe recordarse que el 5 [18] del citado mes, el Batallón de Ciclistas, llevado a la capital por Kerensky, atacó la villa de la señorita Krzeszinka, en donde tenía sus oficinas nuestro centro militar. Fueron detenidos casi todos los jefes y muchos miembros inferiores del centro militar bolchevique, los papeles cayeron en manos de la fuerza enemiga y se procedió a la destrucción de las prensas. El partido no volvió a contar con medios de propaganda hasta que pudo instalar prensas ocultas, y para esto transcurrió mucho tiempo. El organismo militar al que vengo refiriéndome se componía de unos cuantos centenares de individuos pertenecientes a la guarnición de Petrogrado, pero había entre ellos muchos jóvenes oficiales y soldados de ánimo resuelto y absolutamente adictos a la revolución. Se distinguían sobre todos los aspirantes a quienes Kerensky tuvo presos en los días de julio y agosto. El Comité Militar Revolucionario tenía plena confianza en esos elementos, y les dio los puestos de mayor importancia para los fines de la propaganda. Es útil recordar que precisamente los miembros del organismo militar bolchevique fueron los más cautos cuando se trató del levantamiento de octubre [noviembre], y aún se mostraron escépticos respecto de los resultados. Al tener un carácter exclusivamente militar, aquel organismo se inclinaba involuntariamente a sopesar sobre todo los medios técnicos de la insurrección, y no podía negársele que desde este punto de vista nuestra situación era débil. Nuestra fuerza consistía en el espíritu revolucionario de las masas y en la disposición que las animaba para luchar bajo nuestras banderas.

18.- Marea creciente

Junto a la obra de organización, proseguía sin descanso la de agitación apasionada. Había reuniones frecuentes en las fábricas, en el Circo Moderno y en el de Ciniselli, en los centros políticos y en los cuarteles. La atmósfera de esas reuniones estaba cargada de electricidad. La palabra insurrección era saludada con tempestades de aplausos y gritos de aprobación.

El estado de alarma pública se intensificaba más aún por la propaganda de la prensa burguesa. La orden que yo expedí para que la Fábrica de Armas de Sestroretsk entregase 5.000 fusiles a la Guardia Roja sembró el pánico en los círculos de la burguesía. De viva voz y por escrito se anunciaba una matanza general preparada por el bolchevismo. Esto, como es de suponer, no impedía que los obreros de la Fábrica Sestroretsk diesen armas a la Guardia Roja. Mientras más furiosamente rugía la prensa burguesa, las masas acudían con mayor entusiasmo a nuestro llamamiento.

Ambos bandos veían cada día más claramente que se aproximaba el instante de la crisis. La prensa menchevique y socialista revolucionaria estaba frenética. Todos sus órganos repetían: “¡La revolución corre un peligro inminente! Se prepara una repetición de los días de julio, en escala mucho mayor, cuyos resultados serán incalculablemente ruinosos.”

En su periódico *Novaia Zhizn* (Nueva Vida), Gorki profetizaba diariamente el fin de la civilización.

En general, los Intelectuales de la burguesía empezaban a encontrar muy pálido el rojo del socialismo, y, sin embargo, temblaban a la aproximación de la rígida dictadura proletaria. Por su parte, los soldados, aun los de regimientos poco avanzados, aclamaban entusiastamente a los agentes del Comité Militar Revolucionario. Entretanto, llegaban delegados de las fuerzas cosacas y de la minoría socialista para ofrecer que, en caso de una colisión abierta, no les sería difícil conseguir por lo menos que sus soldados observasen una actitud neutral.

Evidentemente, el gobierno de Kerensky vacilaba sobre el abismo y no hallaba modo de asentar el pie.

La Comandancia del Distrito Militar de Petrogrado abrió negociaciones con nosotros y nos propuso una transacción. Aceptamos las conversaciones, aunque sólo para tener una idea de la fuerza con que contaba el adversario. No nos fue difícil advertir que la comandancia estaba con los nervios muy excitados, pues pasó de las admoniciones a las amenazas y acabó por declarar que nuestros agentes eran ilegales, lo que, por lo demás, no impedía la obra a que estaban consagrados. Después de todo esto, el comité ejecutivo central, de acuerdo con la comandancia de Petrogrado, nombró al capitán Malevsky comisionado superior de la guarnición, y consintió en reconocer a nuestros comisionados siempre que se sometiesen a la autoridad de Malevsky. Rechazada esta propuesta, las negociaciones quedaron rotas. No se reanudaron, por más que se empeñaron en ello muchos eminentes socialistas revolucionarios y mencheviques, de quienes recibimos oficiosas advertencias, unas veces amenazadoras y otras de tono persuasivo, en las que predominaba la nota pesimista sobre el próximo fin de la revolución.

19.- La jornada del Sóviet de Petrogrado

El edificio del Instituto Smolny estaba ya en poder del Sóviet de Petrogrado y de nuestro partido. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de derecha se habían trasladado al palacio María, en donde agonizaba el recién nacido Parlamento Provisional.

Kerensky pronunció un gran discurso en esta asamblea, y con sus frases histéricas, coronadas por los aplausos atronadores de la burguesía, quiso ocultar la impotencia del régimen que presidía.

La comandancia militar hizo una tentativa suprema. Dirigiéndose a varias unidades de la guarnición, las invitó para que nombrasen delegados, a razón de dos por cada unidad, con el fin de discutir la salida de las tropas. Esta conferencia debía efectuarse el 22 de octubre [4 de noviembre] a la una de la tarde.

Los regimientos nos informaron de la invitación y nosotros convocamos telefónicamente para una junta de la guarnición de Petrogrado, que se reuniría a las once de la mañana. Hubo quien acudió a la comandancia, pero sólo para declarar que sin permiso del sóviet las tropas no podrían dar un solo paso fuera de la ciudad. La junta de la guarnición reafirmó unánimemente su lealtad al Comité Militar Revolucionario, y la única oposición que encontramos procedía de los antiguos partidos soviéticos, pero no tuvieron eco entre los delegados de los regimientos. En suma, la tentativa de la comandancia sólo sirvió para demostrarnos que pisábamos sobre terreno firme. Llamó la atención que entre los más animosos figurase como partidario nuestro el Regimiento de Volinia, que en la noche del 4 [17] al 5 [18] de julio había marchado con música y banderas para disolver a los bolcheviques en el Palacio de Táurida.

El comité ejecutivo central, como ya dije, se había apoderado de los fondos y prensa del Sóviet de Petrogrado. Habían sido inútiles los esfuerzos para restituirlos, y en vista de ello, a finales de septiembre [mediados de octubre] comenzamos a dar los pasos necesarios para fundar un periódico independiente, órgano del sóviet. Ocupadas como estaban todas las imprentas, no teníamos acceso a ellas.

Para salir de aquella situación, fijamos un *Día del Sóviet* en el que haríamos amplia propaganda y recolectaríamos fondos destinados a la publicación de nuestro periódico. Ese acuerdo se tomó a principios [mediados] de octubre, y la fecha señalada fue el 22 de octubre [4 de noviembre]. Así coincidió ésta con los rumores públicos acerca del movimiento próximo a estallar. La prensa enemiga decía que en noviembre saldrían a la calle los bolcheviques armados. Nadie lo dudaba, y lo único que se prestaba a conjeturas era la fecha. Por más esfuerzos que se hicieron para llegar a una predicción, a fin de arrancarnos la confesión o la negativa, todo fue inútil. El sóviet seguía su marcha con serenidad y confianza, sin reparar en los rugidos de la opinión burguesa.

El 22 de octubre [4 de noviembre] fue el día de revista de las fuerzas del ejército proletario. Las horas de ese día transcurrieron espléndidamente en todos sentidos. No obstante las advertencias de la derecha, que hablaba de ríos de sangre en las calles de Petrogrado, todo el mundo salió para tomar parte en la reunión del sóviet. Hicimos uso de toda nuestra fuerza oratoria. El público era numerosísimo, y las reuniones duraron largas horas. Además de los oradores de nuestro partido hablaron los delegados que llegaban de todo el país para formar parte en el Congreso de [Todos] los Sóviets. No faltaban representantes del ejército en campaña, e incluso hubo discursos de los socialistas

revolucionarios y de los anarquistas. Las salas estaban atestadas de obreros y soldados. Pocas veces se había visto en Petrogrado tanta animación.

Una gran parte de la clase media baja estaba singularmente inquieta. Si bien no le asustaba lo que veía, le desazonaban los vaticinios de la prensa burguesa. Millares de individuos se agolpaban frente al Palacio del Pueblo, penetraban por los corredores y llenaban las salas. En las columnas colgaban racimos de gentes, como racimos de uvas. La atmósfera era recorrida por corrientes eléctricas, semejantes a las de los días más críticos de toda revolución.

¡Muera el gobierno de Kerensky!

¡Viva, la paz!

¡Viva el gobierno soviético!

Tales eran los gritos que resonaban en el edificio. No había un solo partidario de los antiguos grupos que se atreviera a afrontar las iras de aquella manifestación colosal. El triunfo del Sóviet de Petrogrado era único. En realidad, la campaña había terminado. Sólo faltaba dar el golpe de gracia al gobierno fantasma.

20.- La conquista de los vacilantes

Los más cautos de nuestros amigos nos advertían que ciertas unidades del ejército eran extrañas al movimiento. Citaban a los cosacos, al regimiento de caballería, a los guardias de Semenov y al regimiento de ciclistas. Enviamos agentes de propaganda y comisionados que visitasen a esas unidades. Los informes que nos dieron eran de lo más satisfactorios. La atmósfera caldeaba los espíritus, y aun los elementos más tranquilos del ejército no podían resistir la tendencia general de la guarnición de Petrogrado.

Fui a una reunión del regimiento de Semenov, celebrada al aire libre, por considerar que ese cuerpo era una de las columnas del gobierno de Kerensky. Allí estaban algunos de los oradores más elocuentes de la derecha, para fortalecer el espíritu del regimiento leal, última esperanza del ministerio de coalición. Pero todo fue inútil. El regimiento se declaró a nuestro favor por una mayoría sorprendente, y ni siquiera permitió que los ministros terminasen sus discursos.

Los enemigos de las nuevas reivindicaciones eran principalmente los oficiales, los voluntarios y los intelectuales de alta y baja estofa. Los obreros y campesinos estaban totalmente con nosotros. Era difícil trazar la línea divisoria, que no tenía sinuosidades.

La base militar de Petrogrado es la fortaleza de Pedro y Pablo. Nombramos para que comandara esa posición a un joven oficial que se mostró bien pronto digno de aquel puesto, y que antes de que pasara el día era completamente dueño de la situación. La guarnición de la legalidad se hizo a un lado y asumió una actitud expectante.

Por razones que ya he dado anteriormente, el regimiento de ciclistas era considerado por nosotros como unidad sospechosa. El 23 de octubre [5 de noviembre], a las dos de la tarde, fui a la fortaleza. Había una reunión en el patio. Los oradores de la derecha hablaban con mucha cautela y evitaban toda alusión a Kerensky, cuyo nombre levantaba gritos de indignación y protesta hasta entre los soldados. Cuando hablamos nosotros, se nos escuchó con muestras de adhesión.

A las cuatro de la tarde, los ciclistas tuvieron una reunión en el Circo Moderno, que se halla cerca de allí. Entre los oradores figuraba el general Paradelov. Sus palabras fueron también muy mesuradas. Habían pasado los días en que los oradores oficiales o semioficiales aprovechaban cualquier ocasión que se les presentara para llamarnos traidores al servicio del Káiser. El primer ayudante de la comandancia se acercó a mí para decirme: ¿Por qué no llegamos a un arreglo? Era tarde para entrar en arreglos. Después del debate, todo el batallón, con sólo treinta votos en contra, se declaró por el cambio de gobierno a favor del partido sovieta.

21.- El comienzo de la insurrección

El gobierno de Kerensky iba de un lado a otro buscando ayuda. Llamó del frente a dos batallones de ciclistas y una batería de morteros. Expidió órdenes para aumentar su caballería.

Durante el camino, los ciclistas telegrafiaron al Sóviet de Petrogrado: “Se nos lleva a esa capital. Ignoramos los fines de la orden. Sírvanse ustedes explicárnosla”. Contestamos diciéndoles que detuvieran su marcha y que enviaran una delegación. Al llegar ésta, sus miembros declararon en la junta del sóviet que el batallón estaba de nuestra parte. El entusiasmo aumentó, naturalmente, y se ordenó que el batallón entrara inmediatamente en la ciudad.

El número de delegados del frente engrosaba de día en día. Se informaban del estado de los asuntos, recibían folletos de propaganda y volvían al frente, en donde daban a conocer los esfuerzos del Sóviet de Petrogrado para que la autoridad pasara a los obreros, soldados y campesinos. “Las trincheras os apoyan”. Tal era la seguridad que nos daban las delegaciones.

Entretanto, los antiguos comités del ejército, reelectos hacía cuatro o cinco meses, enviaban telegramas amenazadores. Pero nadie les daba importancia, pues sabíamos perfectamente bien que los comités no estaban en contacto con las masas de soldados, y que se hallaban en el mismo caso del comité ejecutivo central respecto de las asambleas soviéticas.

El Comité Militar Revolucionario envió agentes a todas las estaciones de ferrocarril para que inspeccionasen la entrada y salida de trenes y sobre todo para que se diesen cuenta del movimiento de tropas. Tenían comunicación constante, ya por teléfono, ya por medio de automóviles, con las ciudades más próximas y sus guarniciones. Todo sóviet unido al de Petrogrado¹¹ debía impedir que la capital fuese ocupada por tropas contrarrevolucionarias, o cuando menos, adictas al gobierno. Los empleados inferiores y los obreros de ferrocarril reconocían el carácter oficial de nuestros agentes.

El 24 de octubre [6 de noviembre] surgió un conflicto en la central de teléfonos. Se nos negó la comunicación que pedíamos. Los alumnos de la escuela militar se habían adueñado del edificio y, protegidas por ellos, las empleadas se nos oponían. Esta fue la primera manifestación del futuro sabotaje que nos opusieron la oficialidad y la burocracia. El Comité Militar Revolucionario envió un destacamento a la central de teléfonos, y colocó dos piezas de artillería ligera en la puerta del edificio. Así comenzó la ocupación de las oficinas públicas. Agrupamos pequeños destacamentos de marineros y guardias rojos en el telégrafo, en el correo y en otras oficinas, a la vez que dábamos los pasos necesarios para la incautación del banco del estado.

El centro soviético, establecido en el Instituto Smolny, fue convertido en fortaleza. El ático guardaba veintitantas ametralladoras, legado del comité ejecutivo central, que estaban abandonadas o poco menos, y cuyos encargados habían perdido toda disciplina. Llamamos a otros destacamentos de ametralladoras, y en las primeras horas de la mañana las máquinas rodaban a lo largo de los corredores del instituto. Algunos mencheviques y socialistas revolucionarios que estaban aún en el edificio se asomaban por las rendijas de las puertas, entre sorprendidos y asustados.

¹¹ Entiéndase: todos los sóviets de los alrededores de Petrogrado. N. de Fontamara.

El sóviet y la guarnición celebraban reuniones cotidianas en el instituto.

Un pequeño aposento del tercer piso, oculto en un rincón de los corredores, era el local donde se reunían los miembros del Comité Militar Revolucionario y donde a la sazón se hallaba éste en sesión permanente. Allí se recibían todas las noticias relacionadas con los movimientos de tropas, con el espíritu reinante entre soldados y obreros, con los progresos de la propaganda en los cuarteles, con las fechorías de los alborotadores, con las conferencias de los políticos burgueses, con la vida del Palacio de Invierno y con las intenciones de los antiguos partidos soviéticos. Todo lo sabíamos. Nuestros informantes eran obreros, oficiales, porteros de casas ricas, lacayos, y hasta señoras de la alta sociedad. Algunos de esos informantes llevaban cuentos ridículos; otros, datos de la mayor importancia.

El momento decisivo se aproximaba. Y lo que en él ocurriera sería irreparable.

En la noche del 24 de octubre [6 de noviembre], Kerensky acudió al Parlamento Provisional y solicitó que se aprobase una serie de medidas de represión contra los bolcheviques. Pero el Parlamento Provisional se hallaba en un estado de confusión lamentable que llegaba a los límites de la disolución. Los cadetes apremiaban a los socialistas-revolucionarios de la derecha para que aceptasen un voto de confianza, los socialistas-revolucionarios de la derecha hacían presión sobre el centro, el centro vacilaba, los socialistas-revolucionarios de la izquierda proseguían una campaña de oposición. Después de muchas conferencias, discusiones y vacilaciones, se adoptó la resolución del ala izquierda, por la que se condenaba el movimiento sedicioso del sóviet, aunque se hacía pesar la responsabilidad sobre la política antidemocrática del gobierno.

Diariamente nos llevaba el correo cartas en las que se nos informaba que estábamos condenados a muerte, que había muchas máquinas infernales, que el Instituto Smolny no tardaría en ser volado, que toda precaución por nuestra parte era inútil, etc. La prensa burguesa expresaba su odio y su miedo en forma violentísima. Gorki, olvidando completamente *La canción del Albatros*¹², anunciaba en su periódico *Novaia Zhizn* la proximidad de la catástrofe.

Durante una semana entera no habían salido del Instituto Smolny los miembros del Comité Militar Revolucionario. Dormían a ratos tendidos en sofás, se les despertaba para que dieran audiencia a correos, exploradores, ciclistas y telegrafistas. Las campanillas del teléfono sonaban sin cesar.

La noche más agitada fue la del 24 al 25 [de octubre, 6 al 7 de noviembre ON]. De Pavlovsk nos informaron por teléfono que el gobierno llamaba a los artilleros de esa ciudad y a los alumnos de la Escuela Militar de Peterhov. Kerensky estaba en el Palacio de Invierno, rodeado de oficiales, subalternos y bravucones. Dimos órdenes telefónicas para que se cubriesen los puntos de acceso a Petrogrado con destacamentos leales y para que se llevase la agitación a las tropas llamadas por el gobierno. Si éstas no retrocedían, movidas por la persuasión, se acudiría al uso de la fuerza. Hablábamos por teléfono sin ocultar nuestros planes, y éstos eran conocidos de los agentes del gobierno.

Tuvimos noticias de que las entradas de la capital estaban completamente resguardadas por nuestros partidarios. Los alumnos de la escuela militar de Oranienbaum lograron atravesar nuestras líneas por la noche, pero lo supimos y nos fue fácil seguir sus movimientos por medio del teléfono. Como medida de precaución, llamamos a una compañía adicional para que se situase en las afueras del Instituto Smolny. Nuestra comunicación con las fuerzas de la guarnición no sufría interrupciones. Los regimientos

¹² Composición poética, canto a la libertad y a la rebelión, de los primeros tiempos de Gorki. N. de Fontamara.

eran vigilados por nuestra gente. Cada unidad tenía constantemente una delegación a las órdenes del Comité Militar Revolucionario, tanto de día como de noche.

Había órdenes muy estrictas para reprimir toda manifestación de las *centurias negras* y de tentativas de *pogromos*, empleando la fuerza de las armas sin contemplaciones ni piedad. Durante las horas de la noche, fueron pasando a nuestro poder los puntos más importantes de la ciudad, y nos adueñamos de ellos casi sin encontrar resistencia, sin lucha, sin sangre.

En el Banco del Estado había centinelas del gobierno y un automóvil blindado; pero nuestros destacamentos rodearon el edificio, el automóvil cayó en nuestras manos por sorpresa, y el banco quedó a disposición del Comité Militar Revolucionario, sin que fuera necesario disparar un solo tiro.

El crucero *Aurora* estaba en el Neva, abajo de los muelles de la Compañía Franco-Rusa, y se le tenía allí por causa de reparaciones. No había a bordo otro resguardo que el de la marinería, enteramente adicta al movimiento revolucionario. Cuando en los últimos días de agosto, Kornílov amenazó a Petrogrado, los marineros del *Aurora* fueron llamados para que protegieran el Palacio de Invierno. Y aun cuando eran extraordinariamente hostiles al gobierno, consideraron como un deber suyo repeler el movimiento contrarrevolucionario. Ocuparon, pues, el punto sin una sola palabra de protesta. Pasado el peligro, se les hizo a un lado. En los días críticos de octubre [noviembre], su intervención podía ser muy peligrosa para el gobierno y, a fin de evitar algún mal, recibieron órdenes de abandonar las aguas de Petrogrado con el crucero. La tripulación nos comunicó la disposición del ministro de marina, y nosotros dimos contraorden. El crucero estaba en espera de que se le llamase, para poner todas sus fuerzas al servicio del sóviet.

22.- La jornada decisiva

En la madrugada del 25 de octubre [7 de noviembre], los operarios de ambos sexos que trabajaban en la imprenta del partido acudieron al Instituto Smolny y nos participaron que el gobierno había ordenado secuestrar nuestro periódico más importante y el nuevo órgano del Sóviet de Petrogrado. Las puertas de la imprenta estaban selladas por disposición del gobierno. El Comité Militar Revolucionario dio inmediatamente la contraorden que correspondía, tomó ambos periódicos bajo su protección y encomendó al valiente Regimiento de Volinia el alto honor de mantener la libertad de la prensa socialista, amparándola contra toda tentativa del adversario. Inmediatamente se reanudó el trabajo, y los periódicos salieron a la hora acostumbrada.

La junta de ministros proseguía en el Palacio de Invierno, pero allí no se veía sino una sombra de gobierno. Políticamente, había dejado de existir. Durante el 7 de noviembre, las tropas soviéticas rodearon gradualmente aquel edificio. A la una de la tarde, yo, como representante del Comité Militar Revolucionario, anuncié en el sóviet que el gobierno de Kerensky había desaparecido, y que en espera de lo que resolviese el Congreso de [Todos] los Sóviets, la autoridad pública sería asumida por el organismo en cuyo nombre hablaba¹³. Lenin había salido de Finlandia pocos días antes y estaba oculto en un barrio obrero de los alrededores. El mismo día 25 [de octubre, 7 de noviembre] llegó secretamente al Instituto Smolny. Juzgando por las noticias de la prensa, creía que habíamos llegado a una transacción con el gobierno de Kerensky. La prensa burguesa había gritado tanto en sus vaticinios de insurrección, se había excitado a sí misma en tal grado, pintando los desfiles de soldados en las calles, el pillaje, los ríos de sangre y la confusión general, que no vio la insurrección cuando ésta se iba desarrollando. Presenció nuestras negociaciones con la comandancia y las tomó en serio, por su valor nominal. Entretanto, sosegadamente, sin luchas callejeras, sin disparos ni sangre, las dependencias oficiales iban cayendo en nuestro poder, y eran ocupadas por fuerzas de soldados, marineros y guardias rojos, en los que imperaba una perfecta disciplina y que obedecían a las órdenes telefónicas emanadas desde un aposento oculto en el tercer piso del Instituto Smolny.

Por la noche, la segunda asamblea soviética tenía sesión preliminar.

Dan presentó el informe del comité ejecutivo central. Habló en términos duros contra los rebeldes, los usurpadores, los autores de la agitación, y pretendió atemorizar a la asamblea prediciendo el fracaso inevitable de la insurrección, que en uno o dos días sería aplastada por las tropas del frente. Sus palabras no persuadieron a nadie, y parecían muy inadecuadas en un salón cuyos concurrentes seguían con el mayor entusiasmo la marcha victoriosa del alzamiento de la guarnición.

A aquella misma hora el Palacio de Invierno estaba completamente rodeado, si no tomado. De vez en cuando salían disparos de las ventanas para rechazar a los sitiadores que, lenta y cuidadosamente, cerraban el círculo del asedio. El palacio recibió algunas granadas de la fortaleza de Pedro y Pablo, y el ruido de las explosiones llegó al Instituto Smolny.

¹³ Ver en estas mismas [Ediciones Internacionales Sedov](#) en su serie [Trotsky inédito en internet y en castellano: \[Trotsky anuncia, en el Soviet de Petrogrado, la caída del Gobierno Provisional\]](#).

Martov, con indignación impotente, hablaba de guerra civil, y se refería especialmente al sitio del Palacio de Invierno, en donde había (¡horror de los horrores!) algunos miembros del partido menchevique. Dos marineros que acababan de llegar del teatro de los acontecimientos y que ocuparon la tribuna para informar, hablaron contra Martov. Dijeron lo que tenían que decir sobre la ofensiva de junio [julio], sobre la política pérfida del antiguo gobierno, sobre el restablecimiento de la pena de muerte para los soldados, sobre las detenciones, sobre la ocupación de oficinas revolucionarias, y acabaron declarando que no querían sino morir o vencer. Ellos fueron quienes nos dieron la noticia de las primeras víctimas, pertenecientes a nuestro partido, que cayeron en la Plaza del Palacio [de Invierno].

Todo el mundo se levantó como si un resorte hubiera movido a los concurrentes, y con unanimidad que sólo se manifiesta cuando hay una profunda intensidad moral de sentimientos, se entonó una marcha fúnebre. No la olvidará ninguno de los que allí estaban. La reunión acabó violentamente, pues era imposible seguir discutiendo cuestiones teóricas de gobierno, oyendo los ecos de los disparos que atronaban en torno del Palacio de Invierno, donde se decidía la suerte de ese mismo gobierno cuya política daba materia al debate.

La toma del palacio, sin embargo, no fue cosa fácil, y la indecisión de la lucha se comunicaba al espíritu de una parte de la asamblea. Los oradores de la derecha seguían vaticinando nuestra derrota. Todo el mundo aguardaba ansiosamente las noticias del Palacio de Invierno. Por fin llegó Antonov¹⁴, que había estado a cargo de las operaciones. La sala quedó en mortal silencio, aguardando la noticia. El Palacio de Invierno había sido tomado. Kerensky estaba fugitivo. Los otros miembros del gobierno se hallaban presos en la fortaleza de Pedro y Pablo. Así acababa el primer capítulo de la Revolución de Octubre [noviembre]. Los socialistas revolucionarios de la derecha y los mencheviques, que formaban un total de sesenta personas, o sea la décima parte de la asamblea, abandonaron el salón protestando. No pudiendo hacer otra cosa, “descargaban toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder” sobre los bolcheviques y sobre los socialistas-revolucionarios de la izquierda. Estos últimos vacilaban aún. Su pasado los ligaba al partido de Chernov. La derecha de ese partido se confundía ya con la clase media baja, con sus intelectuales y con los aldeanos acomodados. Siempre que se presentaba una cuestión capital, el grupo de que hablo se ponía al lado de la burguesía liberal, contra nosotros. Los elementos más revolucionarios del partido, que reflejaban el radicalismo de las reivindicaciones sociales de los campesinos paupérrimos, se inclinaban hacia el proletariado y hacia los que servían de órgano a este partido. Temían, sin embargo, cortar el cordón umbilical que los mantenía unidos al antiguo grupo. En los momentos de nuestra salida del Parlamento Provisional, se negaron a seguirnos, y nos previnieron contra el peligro de las *aventuras*. Pero la insurrección los obligaba a tomar una resolución, en pro o en contra del sóviet. No sin vacilaciones, fueron concentrando sus fuerzas en el mismo lado de la barricada que nosotros ocupábamos.

¹⁴ Se trata de Antonov-Ovseenko. Combatió en la guerra civil, y pasó posteriormente a los servicios diplomáticos. Fue cónsul soviético en Barcelona durante la guerra civil española. Llamado a Moscú en 1938, desapareció aquel mismo año. N. de Fontamara.

23.- Formación del Consejo de Comisarios del Pueblo

La victoria de Petrogrado fue completa. El Comité Militar Revolucionario tenía las riendas del poder totalmente en sus manos.

Expedimos los primeros decretos, que eran de abolición de la pena de muerte, de nueva elección de los comités militares, y de medidas semejantes.¹⁵

Pero no tardamos en ver que estábamos aislados de las provincias. Los empleados superiores de los ferrocarriles, correos y telégrafos eran enemigos nuestros. Los antiguos comités del ejército, los ayuntamientos y zemstvos seguían enviando telegramas amenazadores al Instituto Smolny. Nos habían declarado la guerra y anunciaban que la rebelión sería sofocada en breve.

Nuestros telegramas, decretos y explicaciones no podían llegar a las provincias, pues la Agencia Telegráfica de Petrogrado se negaba a servirnos. Aislada así la capital, nada más fácil que la difusión de rumores fantásticos e inquietantes.

Viendo que el sóviet había asumido el poder en realidad, que los miembros del gobierno anterior estaban detenidos y que en las calles de Petrogrado dominaban las bandas de soldados, la prensa burguesa y coalicionista puso el grito en el cielo, diciendo contra nosotros cosas inauditas. El Comité Militar Revolucionario era objeto de las más abominables calumnias.

El 26 de octubre [8 de noviembre] hubo una junta del Sóviet de Petrogrado y en ella estuvieron presentes los delegados del Congreso de [Todos] los Sóviets, los soldados de la conferencia militar y muchos miembros del partido. Por primera vez, después de un intervalo de cuatro meses, hablaron públicamente Lenin y Zinóviev, a quienes se tributó una gran ovación. Pero el júbilo que nos causaba la victoria estaba enturbiado por la inquietud con que aguardábamos las noticias del interior, pues ignorábamos por una parte cómo se recibiría nuestra actuación, y, por la otra, necesitábamos datos que nos indicasen la fuerza real de las asambleas soviéticas para imponer su autoridad.

En la noche de ese mismo día, hubo una reunión del congreso, que era para nosotros de esencial importancia. Lenin propuso dos decretos: uno sobre la paz y otro sobre las tierras¹⁶. Los dos fueron aprobados por unanimidad después de una breve discusión. En la misma junta se constituyó una autoridad central, formada por el Consejo de Comisarios del Pueblo¹⁷.

El comité central de nuestro partido hizo un esfuerzo para ponerse de acuerdo con la izquierda socialista-revolucionaria, y ésta fue invitada para que tomara parte en la formación del gobierno soviético. Encontramos cierta indecisión, pues los miembros del grupo creían que el nuevo gobierno debería formarse con elementos de todos los partidos representados en el sóviet, sobre la base de una coalición.

Sin embargo, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de la derecha habían roto sus relaciones con el Congreso de [Todos] los Sóviets, considerando imperativa una coalición con los grupos anti soviéticos. Dada esta situación, no podíamos hacer otra cosa que indicar a los socialistas-revolucionarios de la izquierda la

¹⁵ Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov: La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#). N d EIS.

¹⁶ Ver en estas mismas [EIS: Decreto sobre la paz y Decreto sobre la guerra](#). N de EIS.

¹⁷ Ver en estas mismas [EIS: Decreto sobre la formación del gobierno](#). N de EIS.

conveniencia de atraer a los de la derecha hacia una combinación con el elemento triunfante. Mientras ellos se ocupaban en realizar esta imposible tarea, nosotros asumíamos la responsabilidad íntegra del gobierno, y la lista del [Consejo de] Comisarios del Pueblo se compuso íntegramente de bolcheviques.

Este paso era indudablemente peligroso. La transformación se hizo con demasiada rapidez. Basta para verlo pensar que veinticuatro horas antes los que ahora dominaban la situación estaban acusados según los términos del artículo 108 del código, o sea de alta traición. Pero no había alternativa posible. Los otros grupos del sóviet vacilaban y no accedían, prefiriendo que los acontecimientos les diesen una norma de conducta.

Después de todo, no teníamos la menor duda que nuestro partido era el único capacitado para una situación realmente revolucionaria.

24.- Los primeros días del nuevo régimen

Los decretos relativos a las tierras y a la paz, confirmados por el congreso, se imprimieron copiosamente para que circularan en todo el país, a cuyo efecto se buscó la cooperación de los delegados del ejército, de los que venían de los pueblos, y de propagandistas especiales destinados a las trincheras y a las provincias del interior.

Entretanto, proseguía la organización y armamento de la Guardia Roja, que, junto con la guarnición y los marinos, desempeñaba las arduas tareas de la vigilancia y la custodia.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo iba adueñándose sucesivamente de los organismos oficiales, y en todos ellos encontraba la resistencia pasiva de los empleados de alta y mediana categoría. Los antiguos partidos soviéticos, por su lado, hacían cuanto les era dable para buscar el apoyo de esos elementos burocráticos y para entorpecer la marcha de la nueva administración. Nuestros enemigos tenían la certeza de que éramos una nube de estío. Duraríamos uno o dos días, a lo sumo, una semana...

Los cónsules y empleados de las embajadas fueron al Instituto Smolny, llevados en parte por el apremio de sus atenciones oficiales, pero en parte también por mera curiosidad. Los corresponsales de periódicos acudían con sus libretas de apuntes y sus máquinas fotográficas. Se apresuraban, pues creían que aquella actualidad era muy pasajera.

En la ciudad reinaba el orden más perfecto. Los marineros, soldados y guardias rojos se conducían con una disciplina ejemplar y mantenían el orden revolucionario más estricto.

Nuestros enemigos abrigaban el temor creciente de que la *actualidad episódica* continuara durante largo tiempo, y no tardaron en organizar su primer ataque al nuevo gobierno. La iniciativa emanaba de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques, hombres que en períodos anteriores se habían mostrado bien poco dispuestos a asumir la responsabilidad íntegra del poder. Como consecuencia de su situación política de intermediarios, se contentaban con el papel de segundones de la coalición. Eran a la vez auxiliares, críticos, opositoristas benévolos y apologistas de la burguesía. En todas las elecciones maldecían concienzudamente a la burguesía liberal, pero en el gobierno vivían unidos estrechamente a ella. Gracias a esta táctica, perdieron completamente la confianza de las clases populares y del ejército en los seis primeros meses de la revolución. No era pues de extrañar, que los acontecimientos de octubre [noviembre] fueran el coronamiento de su descrédito.

Sin embargo, pocas horas antes se creían dueños de la situación. Los jefes bolcheviques, a quienes ellos perseguían, estaban obligados a vivir fuera de la *legalidad* y a ocultarse como en los tiempos del zarismo. El poder era de los perseguidos de la víspera, y los ministros, así como sus auxiliares, se veían en cambio privados de toda influencia. Naturalmente, se negaban a aceptar que ese cambio súbito de condiciones fuese el principio de una nueva época. Se esforzaban por convencerse a sí mismos de que todo ello era un mero accidente, obra de malas inteligencias y confusiones, para cuya rectificación bastaría una serie de discursos enérgicos y de artículos acusatorios. Pero a cada momento, sus pasos eran más difíciles y los obstáculos se les amontonaban en el camino. De ahí el odio ciego y feroz que nos profesan.

Los políticos burgueses no tenían muchos deseos de presentarse en la línea de fuego. Se contentaban con empujar a los socialistas-revolucionarios y mencheviques que, en su lucha contra nosotros, habían adquirido aquella energía de que tan tristemente se les vio privados cuando compartían el poder como subalternos. Sus órganos periodísticos prodigaban rumores alarmantes y escandalosos. Hacían apelaciones al pueblo, invitándolo a que destruyese el nuevo estado de cosas. Organizaron a los burócratas y a la oficialidad para contrarrestar nuestras disposiciones. Durante los días 27 y 28 de octubre [9 y 10 de noviembre], siguieron llegando telegramas amenazadores, procedentes de los centros militares, de las asambleas municipales y locales, y del Comité Directivo de Ferrocarriles.

La avenida Nevsky, arteria principal de la vida burguesa de Petrogrado, se animaba por momentos. La juventud despertaba de su letargo, y, excitada por la prensa, hacía una enérgica propaganda callejera contra el sóviet. Esa juventud burguesa, auxiliada por los alumnos de las escuelas militares, se propuso desarmar a la Guardia Roja, y comenzó a hacerlo.

De vez en cuando se disparaba en las calles contra los guardias rojos y los marineros. La Oficina Central de Teléfonos cayó en poder de los alumnos, quienes atacaron también el telégrafo y el correo. Por último, supimos que tres automóviles blindados estaban en manos de un núcleo militar hostil a nosotros. Evidentemente, los burgueses levantaban la cabeza.

La prensa anunciaba que se aproximaba el momento de nuestra caída.

Logramos interceptar ciertas órdenes, por las que tuvimos conocimiento de que se había formado una organización militar contra el Sóviet de Petrogrado, y que tenía a su frente un *Comité de Defensa Revolucionaria*, creación del consejo municipal y del antiguo comité ejecutivo central, organismos donde tenían preponderancia los socialistas-revolucionarios de la derecha y los mencheviques. El comité de nueva creación disponía de estudiantes y oficiales de tendencias contrarrevolucionarias que, ocultos tras de los coalicionistas, pretendían dar un golpe de muerte al gobierno soviético.

25.- El levantamiento de los alumnos militares

La escuela militar y la de ingenieros eran el núcleo de las organizaciones contrarrevolucionarias, pues en esos establecimientos había grandes cantidades de armas y municiones, y de allí partía todo movimiento contra las instituciones revolucionarias.

La escuela militar fue rodeada por la Guardia Roja y los marineros, quienes enviaron un parlamentario para pedir la entrega de las armas y municiones. Los sitiados contestaron rompiendo el fuego. Los sitiadores se proponían sólo ganar tiempo. Entretanto, aumentaba la afluencia de gente. Los transeúntes caían de vez en cuando, heridos por una bala perdida. La escaramuza se prolongaba indefinidamente, y amenazaba con producir un efecto depresivo en las fuerzas revolucionarias. Se imponía la urgencia de medidas enérgicas. El oficial B..., a quien se había confiado el mando de la fortaleza Pedro y Pablo, recibió instrucciones y facultades para proceder al desarme de los rebeldes. El jefe de estas operaciones rodeó completamente la escuela militar, llevó automóviles blindados y situó baterías. Hecho todo esto, envió una intimación formal de rendirse en el plazo de diez minutos. La respuesta fue una descarga desde las ventanas. Pasados los diez minutos, B... dio la orden de romper el fuego de artillería. A los primeros cañonazos se abrió una ancha brecha en los muros del edificio, y los sitiados se rindieron, aunque algunos de ellos intentaron huir, sin dejar de hacer fuego contra sus perseguidores.

Pronto se vieron las manifestaciones de la exasperación y amargura propias de las guerras civiles. Es indudable que los marineros cometieron actos individuales de crueldad con los rendidos. Posteriormente, la prensa burguesa acusó al gobierno soviético de inhumanidad y salvajismo. Pero no dijo una cosa; calló que la revolución del 25 al 26 de octubre [7 al 8 de noviembre] se había desarrollado sin un solo disparo, sin una sola víctima, y que la contrarrevolución burguesa, arrojando su propia juventud al fragor de la guerra civil, era causante de las inevitables atrocidades posteriores.

Los acontecimientos del 29 de octubre [11 de noviembre] crearon un nuevo espíritu en el pueblo de Petrogrado. La lucha se hizo trágica. Nuestros enemigos acabaron por comprender que la cuestión era más seria de lo que suponían, y que el sóviet no estaba dispuesto a entregar el poder del que se había adueñado, sólo porque así se lo pidiesen la prensa burguesa y un grupo de oficiales.

La destrucción de los gérmenes contrarrevolucionarios fue proseguida con gran intensidad. Los enemigos quedaron desarmados en su gran mayoría, y los que habían tomado parte en el levantamiento pasaron presos a la fortaleza Pedro y Pablo o a Kronstadt. Se suprimió la prensa que había incitado públicamente a la insurrección contra el sóviet. También se ordenó la captura de algunos jefes de los antiguos partidos soviéticos, cuyos nombres figuraban en las órdenes contrarrevolucionarias interceptadas. Después de esto, cesó en la capital toda resistencia armada.

Pero siguió la lucha contra la huelga de brazos caídos de los funcionarios y empleados, cuerpos técnicos del gobierno y otros elementos administrativos. Estos, aun cuando de acuerdo a sus salarios son miembros de la clase oprimida, pertenecen por su espíritu a la burguesía. Sirvieron lealmente al estado en los tiempos del zarismo, y continuaron con la misma adhesión cuando el poder pasó a manos del imperialismo burgués. Después, en el siguiente período revolucionario, prestaron sus conocimientos y su habilidad técnica al gobierno de coalición. Cuando los obreros, soldados y campesinos

arrojaron de su sitio a las clases explotadoras y se propusieron tomar a su cargo la dirección de los negocios, los burócratas y militares se rebelaron y negaron toda cooperación al nuevo gobierno. Con el tiempo, la huelga de brazos caídos se generalizó, dirigida por los socialistas revolucionarios y los mencheviques, y sostenida con los fondos que proporcionaban las embajadas de los aliados.

26.- La marcha de Kerensky a Petrogrado

La creciente estabilidad del poder sovieta en Petrogrado desvió las esperanzas de los descontentos de la clase media. La Agencia Telegráfica de Petrogrado, el telégrafo de ferrocarriles y la Estación Radiotelegráfica de Tsarskoie-Selo enviaban mensaje tras mensaje en los que se comunicaba el avance de grandes masas armadas contra Petrogrado para sofocar la rebelión y restablecer el orden.

Kerensky había huido hacia el frente de batalla y los periódicos burgueses anunciaban que tenía incontables tropas, listas para luchar contra los bolcheviques.

Nosotros estábamos aislados de las provincias, pues como se ha dicho, las líneas telegráficas no transmitían nuestros mensajes. En cambio, los soldados que llegaban diariamente del campo de batalla, en grupos de decenas y centenas, decían invariablemente, hablando en nombre de los regimientos, divisiones y cuerpos de ejército:

-No temáis nada de parte de los soldados del frente; todos están con vosotros; dad vuestras órdenes, y enviaremos una división o un cuerpo de ejército para que os apoyen.

Los de abajo estaban con nosotros, en efecto, y sólo se nos oponían los miembros de la alta oficialidad, como pasaba en la burocracia. Varias secciones de nuestro ejército, formado por millones de hombres, quedaron aisladas entre sí. Y a su vez, nosotros estábamos aislados de las provincias. Sin embargo, las noticias del poder que había adquirido el Sóviet de Petrogrado y de sus decretos, se extendían a pesar de todos los obstáculos, y provocaban la insurrección de los centros similares contra las antiguas instituciones.

No tardó en confirmarse el movimiento de Kerensky hacia la capital, y cada día los datos eran más precisos. Por ejemplo, se nos informó de Tsarskoie-Selo que se acercaban los cosacos y que ya habían pasado por Luga. En Petrogrado circuló una proclama, firmada por Kerensky y por el general Krasnov, en la que se invitaba a la guarnición para que secundase el movimiento de las fuerzas que en breve ocuparían la capital. Sin duda, la rebelión del día 29 de octubre [11 de noviembre] estaba relacionada con la empresa de Kerensky, pero se anticipó demasiado, gracias a la energía de nuestras medidas. Fue expedida una orden a la guarnición de Tsarskoie-Selo para que intimase sumisión a las avanzadas cosacas, y, en caso de negativa, para que las desarmase. Pero la guarnición de Tsarskoie-Selo no estaba en condiciones de realizar una ofensiva. Le faltaba artillería, y no había jefes que la mandaran, pues la oficialidad era enemiga del sóviet. Los cosacos se apoderaron de la estación radiotelegráfica de aquel punto, la más poderosa del país, y prosiguieron su avance. Las guarniciones de Peterhov, Krasnoie-Selo y Gatchina carecían de iniciativa y de resolución.

Después de una victoria sin sangre en Petrogrado, los soldados tenían la convicción de que todo seguiría por el mismo carril en el futuro y que bastaría enviar un agitador hábil a los cosacos para que éstos depusieran las armas. Con discursos y fraternización se había sofocado el movimiento de Kornílov; con agitación y hábiles medidas de ocupación de oficinas, había sido derrocado Kerensky. No extrañará que los jefes sovieta de Tsarskoie-Selo, Krasnoie-Selo y Gatchina, aplicaran estas medidas para dominar a los cosacos del general Krasnov. Pero esta vez, el procedimiento se aplicó sin buen éxito. Los cosacos no se sintieron contagiados por el entusiasmo de las guarniciones y continuaron su avance. En las escaramuzas que hubo entre las vanguardias

cosacas y las guarniciones de Gatchina y Krasnoie-Selo, éstas fueron vencidas y desarmadas.

Nosotros no teníamos idea de la importancia del contingente de que disponía Kerensky. Hubo quien aseguró que el general Krasnov estaba al frente de diez mil hombres, y otras personas suponían que su fuerza no pasaba de un millar. Según los periódicos y manifiestos del adversario, había dos cuerpos de ejército cerca de Tsarskoie-Selo.

También la guarnición de Petrogrado se hallaba perpleja. Apenas conseguida su incruenta victoria, era llamada a combatir contra un enemigo cuya fuerza desconocía y a librar batallas de resultado incierto. El plan de envío de agitadores con proclamas dirigidas a los cosacos se había discutido una y otra vez en las conferencias de la guarnición, pues los soldados consideraban imposible que aquellos no aprobaran las ideas por cuya victoria acababan ellos de luchar. Entretanto, las avanzadas cosacas estaban ya muy cerca de Petrogrado, y esperábamos que la lucha decisiva se desarrollaría en las mismas calles de la capital.

Los soldados de la Guardia Roja eran los más animosos. Pidieron armas, municiones y jefes. Pero la máquina militar estaba en el más completo desorden, parte por descuido, y, sobre todo, por maliciosas deficiencias. Los oficiales se habían marchado muchos de ellos como fugitivos. Los almacenes constituían un caos, pues era difícil dar con los cartuchos cuando se habían encontrado los fusiles. De la artillería, lo único que podía decirse era que tanto los cañones como los automóviles y proyectiles se hallaban donde nadie podría imaginarlo. A los regimientos les faltaban instrumentos de zapa y aparatos telefónicos de campaña. El estado mayor revolucionario, que quiso poner orden, tenía que superar los más grandes obstáculos, pues era universal la conjura organizada por el personal técnico. Resolvimos dirigir una apelación a las clases obreras, explicándoles que las conquistas de la revolución estaban en peligro, y que sólo la energía, iniciativa y abnegación del pueblo podrían salvar y consolidar la vida del nuevo régimen. El resultado que alcanzó esta proclama fue instantáneo, y sorprendentes sus consecuencias prácticas¹⁸. Millares de obreros salieron de la ciudad, y dirigiéndose hacia donde estaban las posiciones de Kerensky, comenzaron a abrir trincheras. Los obreros de las fábricas de armas se dedicaron a trabajar con el mayor ahínco.

Salían cañones y proyectiles de los almacenes, se realizaba activamente la requisa de caballos, las baterías quedaron instaladas, se organizó la comisaría militar, se trató de completar la dotación de máquinas, automóviles y camiones, fueron requisadas todas las existencias de víveres y forrajes, el cuerpo sanitario comenzó a funcionar. En una palabra, los obreros construyeron y prepararon el mecanismo militar que no había acertado a crear con sus órdenes el estado mayor revolucionario.

Cuando los soldados vieron las baterías, su espíritu se levantó instantáneamente. Protegidos por la artillería, no consideraban imposible la resistencia contra los cosacos.

La primera línea se componía de la Guardia Roja y los marineros. Algunos oficiales que políticamente no estaban con nosotros, pero que en lo militar se identificaban con sus regimientos, dirigieron las operaciones de los soldados contra los cosacos de Krasnov.

¹⁸ Ver en estas mismas EIS: [A los Sóviets de distrito de Diputados Obreros y a los Comités de Fábrica. Orden del Comité Militar Revolucionario.](#) N de EIS.

27.- El fracaso de Kerensky

El telégrafo comunicaba a todas las provincias y a los países extranjeros que los bolcheviques habían sucumbido, que Kerensky era dueño de Petrogrado y que había restablecido el orden con mano de hierro.

A la vez, la prensa burguesa de Petrogrado, reanimada por la proximidad de Kerensky, anunciaba la desmoralización de las tropas de la guarnición y el irresistible avance de los cosacos, provistos de una artillería poderosa. Daban por seguro el fin del gobierno bolchevique.

La mayor de las dificultades, como hemos dicho, consistía en la ausencia de organización técnica y de hombres competentes que se encargaran de su funcionamiento. El puesto de comandante en jefe era declinado aun por aquellos oficiales que conscientemente seguían a sus soldados. El problema fue finalmente resuelto, después de varias tentativas y mediante una combinación que consistía en la formación de un comité de cinco personas, elegidas por la guarnición, y cuyas funciones eran supremas para todo lo relativo a la lucha contra el elemento cosaco de ataque. Este comité se puso después de acuerdo con el coronel del estado mayor, Muraviev, adversario de Kerensky, quien espontáneamente ofreció sus servicios al gobierno soviético.

La noche del 30 de octubre [12 de noviembre] fue muy fría. Muraviev y yo nos dirigimos en automóvil a las posiciones ocupadas por nuestras fuerzas. El camino estaba lleno de carros con víveres y forrajes, cañones y cartuchos. Todo ese inmenso servicio era obra de los trabajadores de varias fábricas. Los destacamentos de la Guardia Roja detenían nuestro automóvil para examinar el pase. Desde los primeros días de la Revolución de Octubre [noviembre], se había comenzado a controlar todos los medios de transporte y no se dejaba circular uno solo sin pases del Instituto Smolny, ya fuera en las calles de la ciudad, ya en los suburbios. La vigilancia de la Guardia Roja era muy escrupulosa. No podía darse una imagen más fiel de la revolución proletaria que el espectáculo de aquellos jóvenes, armados de fusiles, cuyas figuras se destacaban a la luz de las fogatas en la extensión de los campos cubiertos de nieve. Ya había muchas baterías, y no faltaban proyectiles. En ese mismo día se dio la acción decisiva, entre Tsarskoie-Selo y Krasnoie-Selo.

Después de un violento cañoneo, los cosacos retrocedieron atropelladamente. Su avance había sido muy rápido en tanto que no encontraron resistencia. Se les había engañado contándoles mil horrores de los bolcheviques, que tenían el propósito de vender la patria rusa al Káiser. Naturalmente, los cosacos suponían que toda la guarnición de Petrogrado aguardaba ansiosamente su presencia libertadora. La resistencia que encontraron sembró el desorden en sus escuadrones, y echó por tierra los aventurados planes de Kerensky.

La retirada de los cosacos de Krasnov puso nuevamente en nuestras manos la estación radiotelegráfica de Tsarskoie-Selo y yo la utilicé inmediatamente para comunicar la noticia de la victoria. He aquí el texto de mi telegrama:

Cuartel General, en Pulkovo

A las 2,10 de la mañana

La noche del 30 al 31 de octubre [12 al 13 de noviembre] será histórica. La tentativa de Kerensky para llevar tropas contrarrevolucionarias a la capital, centro de la revolución, ha sufrido un completo fracaso. Kerensky, emprende la retirada. Nuestras fuerzas avanzan. Los obreros, soldados y marineros de Petrogrado acaban de demostrar que están resueltos a sostener con las armas el poder de la democracia obrera y que saben hacerlo. La burguesía se propuso aislar al ejército revolucionario; Kerensky pretendió aplastarlo con la bota de los cosacos. Una y otra tentativa fracasaron desastrosamente.

La gran idea del supremo poder de la democracia obrera y campesina es el estímulo de entusiasmo para el ejército y la coraza de acero con que se reviste su voluntad. Todo el país verá que el poder soviético no es efímero, sino que constituye un hecho irrefutable: el régimen de los obreros, soldados y campesinos. La derrota de Kerensky es la derrota de la burguesía, de los terratenientes y de los kornilovistas. La derrota de Kerensky es el restablecimiento de los derechos del pueblo que quiere una vida pacífica y libre; pan, tierra y poder. El destacamento de Pulkovo ha consolidado valientemente la causa de la revolución obrera y campesina. Es imposible volver hacia atrás. Tendremos que luchar, tendremos que vencer obstáculos, tendremos que hacer sacrificios; pero el camino está abierto y la victoria es segura.

La Rusia revolucionaria y el gobierno de los sóviets tienen derecho a enorgullecerse del destacamento de Pulkovo y de su jefe el coronel Walden.

¡Honor eterno a los que han muerto! ¡Gloria para los paladines de la revolución, para los soldados y oficiales que sirven con fidelidad la causa del pueblo!

¡Viva la Rusia revolucionaria, popular y socialista!

Por el Consejo de los Comisarios del Pueblo,

L. Trotsky

31 de octubre [13 de noviembre] de 1917¹⁹

Después supimos que las estaciones radiográficas alemanas habían recibido orden del estado mayor de no retransmitir el telegrama anterior.

Este primer paso del gobierno alemán, en relación con los acontecimientos de octubre [noviembre], denunciaba el miedo de que dichos acontecimientos causasen una fermentación en el Imperio [Alemania].

Las autoridades austrohúngaras utilizaron ciertos párrafos del despacho y, según nos dijeron luego algunas personas, ese fue el origen de la noticia que corrió por Europa acerca del miserable fracaso de Kerensky.

Había signos de deterioro en las tropas cosacas de Krasnov. Enviaron espías a Petrogrado, y hasta se presentaron algunos delegados en el Instituto Smolny. Unos y otros pudieron ser testigos del orden perfecto que reinaba en la capital, y de que este orden era debido a la guarnición, apoyo del gobierno soviético. Cuando tuvieron conocimiento de tales hechos, los cosacos entraron en una viva agitación, comprendiendo lo absurdo de

¹⁹ Ver en estas mismas EIS, en su serie [Trotsky inédito en internet y en castellano: \[Telegrama del frente anunciando el aplastamiento de la contrarrevolución\]](#) N de ESI.

intentar la toma de una plaza bien defendida, con un millar de hombres a caballo, aun suponiendo que del frente les llegaran los anunciados refuerzos.

Krasnov se retiró a Gatchina con sus cosacos, y cuando llegamos a ese lugar, un día después, ya los miembros de su estado mayor se encontraban de hecho prisioneros, a merced de sus propios soldados. Nuestra guarnición ocupaba las posiciones más importantes en Gatchina. Los cosacos, aun cuando no estaban desarmados, fueron incapaces de oponer resistencia. Sólo deseaban una cosa, y era que se les dejase volver al Don tan pronto como fuera posible, o por lo menos a las trincheras. El palacio imperial de Gatchina presentaba un espectáculo digno de verse. Todas las puertas estaban custodiadas. En las verjas había artillería y automóviles blindados. Las espaciosas cámaras del palacio, en cuyos muros hay tantos cuadros valiosos, se hallaban atestadas de soldados, marineros y guardias. Las pipas, los capotes y las latas vacías de sardinas se amontonaban en las mesas incrustadas de marfil. El estado mayor de Krasnov ocupaba uno de aquellos aposentos. En el suelo había colchones y prendas de ropa. El representante del Comité Militar Revolucionario, que me acompañaba, entró en el cuarto del estado mayor de Krasnov, dio con su fusil en el suelo y dijo:

-General Krasnov, usted y su estado mayor son prisioneros del sóviet.

La Guardia Roja se había adueñado de ambas puertas. Kerensky no estaba allí. Había huido, como en el día de los acontecimientos del Palacio de Invierno. El general Krasnov refiere la fuga de Kerensky en la declaración escrita que rindió el día 1 [14] de noviembre. Reproduzco literalmente ese curioso documento:

1 [14] de noviembre de 1917. A las 6 p.m.

Serían las 3 de la tarde cuando se me llamó de parte del comandante general (Kerensky). Estaba muy agitado y nervioso.

-General, dijo, usted me ha traicionado. Sus cosacos dicen a voces que van a detenerme y que me entregarán a los marineros.

-Sí, le contesté. Así lo dicen; y me consta que usted no goza de sus simpatías.

-¿Y los oficiales, se expresan en el mismo sentido?

-Sí; pero debo añadir que ellos están más descontentos aún.

-¿Qué haré? ¿Cree usted que debo suicidarme?

-Como hombre honrado, provéase usted de una bandera blanca, diríjase a Petrogrado, comparezca ante el Comité [Militar] Revolucionario y discuta la cuestión.

-Lo haré, mi general.

-Le daré una escolta, y buscaré un marinero que lo acompañe.

-No; marineros, no. Usted sabe que aquí está Dibenko.

-No sé quién es Dibenko.

-Mi enemigo.

-¿Y qué le vamos a hacer? Se ha comprometido usted en una aventura muy seria, y debe atenerse a las consecuencias.

-Tiene usted razón. Partiré esta noche.

-¿Por qué de noche? Eso sería una fuga. Vaya usted ostensiblemente, y con calma. Debe usted convencer a todo el mundo de que no pretende huir.

-Muy bien. Lo único que le ruego a usted es que me acompañen personas de confianza.

-Convenido.

Yo salí, llamé a un cosaco del 10º regimiento del Don, y le encargué que escogiese ocho camaradas para que escoltasen al comandante general.

Media hora después se presentaron los cosacos, y me dijeron que no encontraban a Kerensky por parte alguna del edificio. Aseguraban que había huido. Yo di la voz de alarma, y se envió en su busca. No creo que haya podido salir de Gatchina, y probablemente se encuentra oculto aquí.

El general de brigada Krasnov,
Comandante del 3er Cuerpo

Así acabó la aventura.

Sin embargo, nuestros adversarios no querían dar el brazo a torcer ni aceptaban que la cuestión gubernamental estuviese resuelta. Conservaban la esperanza de que el frente les apoyaría.

Los jefes de los antiguos partidos soviéticos Chernov, Tseretelli, Avksentiev, Gotz y otros, uno a uno, se dirigieron hacia el frente para negociar con los comités del ejército reunidos en el cuartel general de Dujonin. Invitaban a la resistencia, y según la prensa llegaron hasta intentar la formación de un ministerio allí mismo. Pero todo quedó en palabras. Los antiguos comités del ejército habían perdido toda influencia, y los soldados de las trincheras se reunían febrilmente en conferencias para proceder a nuevas elecciones de los organismos militares. El régimen soviético salía triunfante de todas esas juntas.

Nuestros destacamentos avanzaban por ferrocarril de Gatchina a Luga y Pskov. Allí encontraron muchos trenes de cosacos y gente de confianza para la contrarrevolución, que, si no habían sido llamados por Kerensky, habían sido enviados por los generales. Hubo una colisión entre nuestras tropas y uno de esos destacamentos.

Pero el hecho careció de importancia, pues la mayoría de los delegados del frente que acudían a Petrogrado se entendían con las tropas de la guarnición y no llamándose a engaño, declaraban categóricamente que no se batirían para derrocar la autoridad de los obreros y soldados.

28.- Divergencias interiores

La lucha para el establecimiento del régimen soviético se extendía por todo el país. En Moscú fue especialmente encarnizada y sangrienta. Esto se debió tal vez a que los jefes del movimiento no lo iniciaron con la resolución que reclama toda ofensiva.

En las guerras civiles, más que en las otras, la victoria es siempre fruto de una acometida pronta y persistente. Nada hay tan peligroso como la vacilación; las negociaciones tienen muchos escollos; la contemporalización es un suicidio. Conviene tener presente que el pueblo jamás ha estado en posesión del poder, sino sujeto a la opresión de las otras clases, y que carece por lo mismo de esa confianza política en sí mismo, que es condición de la victoria. La vacilación en los centros revolucionarios trasciende al pueblo bajo la forma de apocamiento. Sólo cuando el partido revolucionario corre firme y resueltamente hacia su meta, despoja al pueblo de los hábitos de esclavo formados en el larguísimo transcurso de los siglos, y lo lleva a la victoria. Sólo una ofensiva resuelta produce los resultados que busca la revolución, con un mínimo de desgaste y de sacrificios.

Pero precisamente la dificultad estriba en llegar a las concepciones tácticas que la situación reclama. La falta de confianza del pueblo en sí mismo y su inexperiencia política obran por reacción en los jefes, a quienes por otra parte no cesa de rodear la poderosa influencia de la opinión burguesa.

La simple idea de que se estableciese un gobierno de obreros, llenó de odio y despecho a los liberales burgueses. Sus sentimientos encontraban eco fiel en los numerosos periódicos de que disponían. Después de esos elementos, venían los *intelectuales* que, a pesar de su decantado radicalismo y de la tintura socialista de sus ideas, eran interiormente de un profundo servilismo por lo que respecta a la fuerza y a las capacidades de la burguesía. Todos esos intelectuales, vestidos con el plumaje del socialismo, se agruparon en la derecha y declararon que la consolidación del régimen soviético era el fin del mundo.

La vieja burocracia siguió en pos de los profesores. Todo este personal, administrativo y técnico, vive material y moralmente de las migajas que los burgueses dejan caer de sus mesas.

La oposición de las clases mencionadas era pasiva por naturaleza, sobre todo después de haber sucumbido la rebelión de los oficiales del ejército; pero precisamente por ser pasiva, revestía un carácter formidable. No podíamos dar un solo paso sin encontrar que la cooperación era imposible. O bien se ausentaban los empleados, o quedándose en sus puestos, permanecían cruzados de brazos. Nos negaban el acceso a los archivos y a los fondos de que habíamos menester. Los telefonistas no establecían la comunicación. Los telegrafistas retardaban nuestros mensajes o alteraban su sentido. No encontrábamos traductores, taquígrafos ni aun copistas. Todo esto creaba una atmósfera tan densa en nuestro campo, que muchos de los nuestros, aun entre los jefes, comenzaron a dudar que las clases obreras pudieran mantenerse al frente de los negocios públicos y mover el mecanismo gubernamental contra la resistencia de los burgueses. Se nos aconsejaba una transacción; ¿pero con quién íbamos a hacerla? Si la intentábamos con el liberalismo burgués, caeríamos en la pasada coalición, causa de que el movimiento revolucionario se hubiese empantanado. La insurrección del 25 de octubre [7 de noviembre] había sido sólo un acto de legítima defensa por parte de las masas populares,

después del período de impotencia y traición representado por el coalicionismo. La única coalición que aún quedaba por experimentar era la que podría formarse en las filas de la llamada democracia revolucionaria, es decir, la de los partidos soviéticos. Esa era la coalición que habíamos propuesto virtualmente desde el principio, en el Segundo Congreso de [Todos] los Sóviets, el 25 de octubre [7 de noviembre]. El gobierno de Kerensky había sido derribado justamente en esa ocasión, y nosotros propusimos a la asamblea encargarnos del poder. Pero las derechas y las izquierdas se alejaron de nosotros y metiéndose en el edificio, atrancaron la puerta. No podían en verdad hacer otra cosa, pues constituían una fracción mínima de la representación reunida en el congreso. Carecían de apoyo en las masas populares, y aun aquellos elementos que por su apatía les habían servido de sostén, avanzaban gradualmente hacia nosotros. Una coalición con la derecha socialista revolucionaria y menchevique no habría dado mayor amplitud social a la base del gobierno soviético y, por el contrario, habría introducido en su personal elementos de desmoralización, dominados por el escepticismo político y por la adoración al liberalismo burgués. Toda la fuerza de la nueva autoridad radicaba en las afirmaciones extremas de su programa y en la determinación con que procedía a aplicarlas. Ligarse con los grupos de Chernov y Tseretelli hubiera significado tanto como atarse de pies y manos y perder para siempre la confianza pública.

Nuestros afines más inmediatos de la derecha eran los llamados socialistas revolucionarios de la izquierda. En general, estaban dispuestos a una cooperación, ayudándonos bajo la condición de que se formase un gobierno de coalición socialista. El Comité Central de la Unión de Ferrocarriles, el de Empleados de Correos y Telégrafos, y la Unión de Funcionarios Administrativos del Estado se declararon enemigos del bolchevismo. Algunos de los jefes de nuestro partido abogaban por la conciliación con esas asociaciones. ¿Pero sobre qué bases podía hacerse el pacto? Los organismos mencionados, hijos del antiguo régimen, se habían sobrevivido a sí mismos. Las relaciones que mantenían con las clases subalternas de las uniones, eran las mismas que habían establecido los comités del ejército con los soldados en las trincheras. La historia había trazado una profunda línea de separación entre las capas superiores y las inferiores. Una alianza con organismos caducos, hecha fuera del terreno de los principios, estaba condenada de antemano a un seguro fracaso.

Para sobreponernos a la resistencia pasiva y a las pretensiones aristocráticas de las capas superiores no había otro medio que buscar con toda franqueza el apoyo de las masas, y lo hicimos abandonando a los socialistas revolucionarios el vano empeño de proponer bases para una transacción. Nuestra política consistía en todo lo contrario: movilizar las fuerzas trabajadoras de la capa inferior contra los organismos que habían apoyado al régimen de Kerensky. Este programa de intransigencia causó ciertas discrepancias de opinión en el seno de nuestro partido, e incluso hubo disidentes. En el comité ejecutivo central, la izquierda socialista revolucionaria protestó contra la severidad de las medidas adoptadas por el nuevo gobierno e insistió en la necesidad de transigir. La protesta fue sostenida por una parte de los bolcheviques, y renunciaron tres comisarios del pueblo, separándose del gobierno. Algunos otros miembros activos del partido se manifestaron fundamentalmente solidarizados con los que habían renunciado. Esto causó la más profunda impresión en algunos círculos intelectuales y burgueses. Era evidente que los bolcheviques, a quienes no pudieron aplastar los alumnos militares y los cosacos de Krasnov, perecerían por obra de la propia descomposición interna de su partido. Sin embargo, las masas no se dieron cuenta de la sedición, y apoyaron unánimemente al Consejo de los Comisarios del Pueblo, no sólo contra la conjura reaccionaria y la huelga de brazos caídos, sino contra todos los escépticos y contra todos los consejeros que proponían transacciones.

29.- La suerte de la Asamblea Constituyente

Cuando terminada la aventura de Kornílov, algunos grupos soviéticos preponderantes hicieron una tentativa de rectificación de su conducta, benévola hacia la burguesía contrarrevolucionaria, propusieron la inmediata convocatoria de una asamblea constituyente. Kerensky, salvado por el sóviet del abrazo mortal de su cómplice Kornílov, tuvo que ceder y aceptar esa iniciativa. La asamblea fue convocada para los últimos días de noviembre [primera quincena diciembre]. Pero las circunstancias habían variado tanto que no se podía contar con la reunión de la asamblea como con una cosa cierta. En efecto, la desorganización era general en el frente y el número de las deserciones aumentaba diariamente. Los soldados amenazaban con el abandono total de las trincheras, separándose por regimientos y cuerpos de ejército, cuyo paso en el interior tenía que marcarse con una huella de devastación.

La ocupación de tierras y de ganados en los distritos rurales había tomado proporciones gigantescas, y para impedirlo se proclamó la ley marcial en muchos de esos distritos.

El ejército alemán avanzaba. Después de la toma de Riga, amagó a Petrogrado. La derecha burguesa se regocijaba viendo en peligro la capital revolucionaria. Las oficinas públicas se trasladaban a otras ciudades, y Kerensky tenía la intención de establecer el centro del gobierno en Moscú.

Todos estos hechos posponían la reunión de la asamblea constituyente, que era ya una posibilidad remotísima, casi improbable.

Consideradas así las cosas, el movimiento de fuerza de octubre [noviembre] puede juzgarse como la salvación. Cuando decíamos que el camino hacia la asamblea constituyente no pasaría por el Parlamento Provisional de Tseretelli, sino por el sóviet, hablábamos con toda sinceridad. Pero tantas dificultades y aplazamientos de la asamblea constituyente no podían dejar de haber producido efecto en la idea. Anunciada desde los primeros días de la revolución, se realizaba después de ocho o nueve meses de lucha encarnizada entre clases y partidos. Llegaba, pues, muy tarde, si se quería que su acción fuese constructiva. La inutilidad intrínseca del proyecto estaba predeterminada por un hecho que pudo parecer de pequeña importancia en los primeros tiempos, pero que más tarde afectó de un modo muy profundo el ser mismo de la asamblea.

Durante las primeras fases de la revolución, el partido socialista-revolucionario había sido numéricamente el más fuerte. Mencioné ya su estado amorfo y su composición social irregular. La revolución había marchado irresistiblemente en el sentido de una diferenciación interna de los grupos que llevaban una bandera populista. La izquierda de este partido, representante de una porción de obreros industriales y de masas campesinas paupérrimas, se distanciaba más y más del resto, y llegó a situarse en una oposición irreconciliable respecto de los jefes que en el socialismo revolucionario representaban la burguesía media e inferior. Pero la inercia de la estructura y las tradiciones del partido retardaron la inevitable sedición.

Como es bien sabido, el sistema proporcional de elecciones se basa en listas de partido. Ahora bien; las listas fueron hechas dos o tres meses antes de la Revolución de Octubre [noviembre], y los nombres de los socialistas-revolucionarios de la derecha y de la izquierda figuraban confundidos en ellas, bajo una sola bandera que los amparaba indistintamente. A eso se debió que cuando ya los socialistas-revolucionarios de la

derecha encarcelaban a los socialistas-revolucionarios de la izquierda, y cuando éstos se unían a los bolcheviques para derrocar el gobierno del socialista-revolucionario Kerensky, las antiguas listas mantenían toda su validez, y los campesinos votaban según ellas, o en otros términos, votaban a la vez por Kerensky y por los conspiradores que pretendían derrocar a Kerensky.

Los meses anteriores a la Revolución de Octubre [noviembre] se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda, y un ingreso constante de los obreros, soldados y campesinos en las filas del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era idéntico en el seno del partido socialista-revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha se debilitaba. Sin embargo, las tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del partido socialista-revolucionario pertenecían a los antiguos jefes de la derecha, cuya reputación revolucionaria había naufragado completamente por su unión con la burguesía liberal. A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la Revolución de Octubre [noviembre]. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos, pasando de las ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos, las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú. Votaban por *Tierra y Libertad* en las representaciones de comités agrarios, que seguían la bandera *populista*. En efecto, votaban a Kerensky y Avksentiev, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos comités agrarios y que decretaban la captura de sus miembros. El resultado era una paradoja política inverosímil: uno de los partidos que debía disolver la asamblea constituyente, es decir la izquierda socialista-revolucionaria, era elegido en las mismas listas del partido de mayoría de la asamblea. Los hechos referidos demuestran que esa asamblea constituyente era un producto tardío extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones. Examinemos ahora la cuestión desde el punto de vista de los principios.

30.- Los principios democráticos y la dictadura del proletariado

Como marxistas, jamás hemos sido partidarios del formalismo democrático. En una sociedad dividida en clases, las instituciones democráticas, lejos de anular la lucha de unas clases contra otras, no hacen sino dar a los intereses de esas clases una forma imperfecta de expresión. Las clases pudientes tienen siempre a su disposición millares de medios para alterar y adulterar la voluntad de las clases laboriosas. En tiempos de revolución, las instituciones democráticas son todavía menos adecuadas para servir de expresión a las luchas de clase. Marx llamó a la revolución la locomotora de la historia. Una lucha franca y directa por la conquista del poder capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental. La pesada máquina de las instituciones democráticas no puede seguir ese rápido movimiento y tienen un retraso tanto mayor cuanto más vasto es el país y más imperfecto el material técnico de que dispone la democracia.

Los socialistas revolucionarios de la derecha formaban la mayoría de la asamblea constituyente. Según las prácticas parlamentarias, a ellos les correspondía encargarse del gobierno. Pero los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido ocasión de ser gobierno desde que comenzó el período revolucionario hasta el movimiento de octubre [noviembre], y no lo habían intentado, sino que antes bien pusieron la parte del león en manos de la burguesía liberal, con lo que perdieron el último vestigio de influencia entre los elementos más revolucionarios del pueblo, justamente cuando se veían de pronto obligados a formar gobierno, dado que eran mayoría en la asamblea constituyente. Las clases trabajadoras y la Guardia Roja tenían una profunda aversión contra los socialistas revolucionarios de la derecha. La gran mayoría del ejército apoyaba a los bolcheviques. Los elementos revolucionarios de los campos y aldeas repartían sus simpatías entre los socialistas revolucionarios de la izquierda y los bolcheviques. Los marineros, tan destacados en todos los episodios de la revolución, eran casi unánimes en su aceptación de nuestros principios.

Los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido que dejar, en efecto, las juntas soviéticas, centro de la autoridad suprema, antes de que se reuniese la asamblea constituyente. ¿En qué se basaría un gabinete de ese grupo? Lo sostendrían sin duda los campesinos ricos, los intelectuales y la vieja burocracia. Acaso podría contar temporalmente con la clase media. Pero en el caso más favorable carecería de toda apariencia material del poder. En los centros de la vida política tales como Petrogrado, habría encontrado una resistencia ilimitada.

Si de acuerdo con la lógica de las instituciones democráticas, las organizaciones soviéticas hubieran entregado el poder al partido de Kerensky y Chernov, el nuevo gobierno, desacreditado e impotente, no habría producido otro resultado que aumentar la confusión en el país, sin evitar por eso una caída estrepitosa al cabo de tres o cuatro semanas. Los grupos soviéticos resolvieron evitar aquella complicación inútil, reduciendo al mínimo la experiencia histórica que se les presentaba, y disolvieron la asamblea constituyente el mismo día de su primera reunión.

Esto ha sido causa de graves acusaciones contra nuestro partido. No puede negarse que la disolución de la asamblea constituyente produjo una impresión muy desfavorable en los grupos dirigentes de los partidos socialistas occidentales, y que un acto necesario, políticamente inevitable, fue presentado como obra de la tiranía partidista y de la arbitrariedad sectaria. Kautsky, con su invariable pedantería, explicó en una serie de artículos las relaciones mutuas entre el socialismo revolucionario y la democracia²⁰. Pretendió demostrar que el cumplimiento del principio democrático ha sido siempre favorable a las clases trabajadoras. Esto es verdad en términos generales y tomando los hechos en conjunto; pero Kautsky redujo una verdad histórica a una vulgaridad profesional. Si es verdad que siempre resulta ventajoso para el proletariado llevar a las últimas consecuencias la lucha de clases, y aún ejercer su dictadura, dentro del cuadro de las instituciones democráticas, no es verdad que la historia presente invariablemente circunstancias propicias para combinaciones de ese tipo. La teoría de Marx no implica de ningún modo que los acontecimientos creen condiciones *ventajosas* para el proletariado. Hoy es difícil decir cuál habría sido el curso de la revolución, si la asamblea constituyente se hubiera formado en el segundo o tercer mes del nuevo régimen. Probablemente los socialistas revolucionarios y mencheviques, predominantes a la sazón, se habrían hundido en el descrédito, juntamente con la asamblea, no sólo a los ojos de los grupos soviéticos, sino ante las masas populares más atrasadas, cuya suerte hubiera estado ligada por fuerza, no al soviétismo, sino a la asamblea constituyente. En tales circunstancias, la disolución de este cuerpo habría sido seguida de nuevas elecciones, evidentemente favorables a la izquierda. Pero el curso de los acontecimientos tomó otro rumbo. Las elecciones para la asamblea constituyente se hicieron nueve meses después de iniciada la revolución, y en aquel momento la lucha de clases alcanzaba tal grado de intensidad que rompió el recipiente democrático por presión interna de su contenido.

El proletariado arrastró en pos suyo al ejército y a las masas inferiores de los campesinos. Tanto los agricultores como los soldados se hallaban en estado de violenta rebelión contra la derecha socialista revolucionaria. Sin embargo, gracias a la pesadez e ineficacia de las elecciones democráticas, el socialismo revolucionario obtuvo mayoría en la constituyente²¹, y ésta fue en realidad representativa de la opinión dominante durante el período anterior a las jornadas de octubre [noviembre]. La contradicción no podía resolverse dentro del marco de la democracia y sólo un pedante político incapaz de comprender la lógica revolucionaria de las relaciones de clases, podía predicarle al proletariado, contra la evidencia resultante de los acontecimientos de octubre [noviembre], que aplicase las perogrulladas de las ventajas inherentes a la democracia para el mejor éxito de la lucha de clases.

²⁰ El conjunto de estos artículos constituye la obra conocida como *La dictadura del proletariado*, a la que Lenin replicó con *La dictadura del proletariado y el renegado Kautsky*. Ambas obras han sido publicadas en castellano por Editorial Ayuso, 1976. N de Fontamara. [El lector puede acceder a ellas. En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) puede descargarse *La dictadura del proletariado* desde las [Obras escogidas de Karl Kautsky](#); en la [sección en español del MIA](#) puede encontrar *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de Lenin, [Obras completas](#), Tomo XXX, páginas 77-176. N de EIS].

²¹ Según E. H. Carr (*The Bolshevik Revolution*, t. I, Pelican Books, 1966) los 707 escaños de la asamblea constituyente se repartían de este modo: 410 socialistas-revolucionarios de derecha e izquierda, 175 bolcheviques, 84 miembros de distintos grupos nacionales (ucranianos, etc.), 17 cadetes, 16 mencheviques. Carr advierte, por lo demás, que no es posible determinar con toda seguridad estas cifras, y que distintas posibilidades son admisibles. Así, una nota a pie de página del original del presente texto daba estas cifras: 185 bolcheviques, 343 socialistas-revolucionarios de derecha, 40 socialistas-revolucionarios de izquierda, 25 mencheviques, etc. (N de Fontamara). [Ver en castellano, H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923)*, tomo I, Alianza Universidad, Madrid, 1973, páginas 126-127, N de EIS].

La historia quiso plantear el problema en forma mucho más concreta y aguda. La asamblea constituyente, por su composición, tenía que entregar las riendas del poder al grupo Chernov-Kerensky-Tseretelli. ¿Eran estos hombres capaces de guiar a la revolución? No. El contenido material de la revolución, que era una lucha de clases, entró en conflicto con sus formas democráticas. Esto marcaba de antemano la suerte de la asamblea constituyente, y su disolución aparecía como la única operación quirúrgica aplicable.

Nosotros no éramos autores de la contradicción interna en que se basaban los hechos, producto fatal de los acontecimientos anteriores.

31.- Las negociaciones de paz

En una sesión histórica, el Segundo Congreso de [Todos] los Sóviets adoptó el famoso decreto relativo a la paz.

El poder sovieta estaba entonces consolidándose en los centros más importantes del país, y fuera de ellos, el número de las personas que confiaban en ese poder era de lo más insignificante.

Nuestros decretos fueron aprobados por unanimidad, pero para muchas personas su significación tenía un aspecto de simple opinión.

Los partidarios de la transacción decían en todas partes que nuestro voto carecía de eficacia práctica, puesto que los imperialistas alemanes no negociarían con nosotros, ni aun se dignarían tomarnos en cuenta. Por otra parte, nuestros aliados nos declararían la guerra por haber abierto negociaciones de paz separada.

El decreto fue adoptado el 26 de octubre [8 de noviembre], cuando Kerensky y Krasnov estaban a las puertas de Petrogrado, y el 7 [20] de noviembre comunicábamos telegráficamente por radio nuestra propuesta de paz general, tanto a los aliados como a los enemigos²². La única respuesta de aquéllos fue dirigir amonestaciones al general Dujonin, por medio de sus agentes militares. Decían que, si dábamos otro paso más en el sentido de las negociaciones, sufriríamos serias consecuencias. Nosotros replicamos el 24, dando a conocer un manifiesto destinado a todos los obreros, campesinos y soldados, en el que declarábamos nuestra firme resolución de no permitir que la sangre rusa corriera por acatar las órdenes de una burguesía extranjera. Desdeñábamos las amenazas del imperialismo occidental, y asumíamos la total responsabilidad de nuestra política de paz ante la clase obrera internacional.

Lo primero que hicimos, para cumplir nuestros compromisos anteriores, fue publicar los tratados secretos y declarar que repudiábamos todo lo que en ellos se opusiese a los intereses de las masas trabajadoras de cualquier parte del mundo. Los gobiernos capitalistas intentaron desvirtuar ese acto, oponiendo falacias a cada una de nuestras revelaciones, pero el pueblo de todos los países nos comprendió y aprobó la conducta que seguíamos. Ni uno solo de los periódicos del socialismo patriótico se atrevió a protestar contra el cambio radical que el gobierno de obreros y campesinos efectuaba en los métodos tradicionales de la diplomacia, repudiando sus pérfidas y dañosas intrigas. Toda nuestra diplomacia se basó en el propósito de instruir a las masas, abriéndoles los ojos para que conociesen la verdadera política de sus respectivos gobiernos y para unificar el sentimiento de todas ellas en un odio general y en una lucha contra el régimen del capitalismo burgués.

La prensa burguesa de Alemania nos acusó de entorpecer las negociaciones, pero los pueblos escuchaban el diálogo de Brest-Litovsk, y durante los dos meses y medio que tardaron esas negociaciones, prestamos a la causa de la paz un servicio reconocido aun por honrados adversarios nuestros. En efecto, por primera vez se planteaba la cuestión de una paz sin que hubiese tergiversaciones engañosas entre bastidores.

²² Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: [Decreto sobre la paz](#), [la Nota a los embajadores aliados](#), [el Radiograma: A todos los comités de regimiento, de división, de cuerpos del ejército y otros. A todos los soldados del ejército revolucionario y a los marineros de la armada revolucionaria y la \[Propuesta de armisticio y paz inmediata del gobierno ruso\]](#).

El 22 de noviembre [5 de diciembre] firmamos el convenio para la suspensión de las hostilidades en todo el frente, desde el Báltico hasta el mar Negro. Una vez más, hicimos un llamamiento a los aliados, invitándolos a que se nos uniesen para que las negociaciones se sustanciaron en una sola conferencia. No se nos dio respuesta alguna, aunque en esta ocasión ya no recibimos amenazas.

Las negociaciones de paz comenzaron el 9 [22] de diciembre, mes y medio después de haberse aprobado el decreto expedido para que se propusieran al enemigo. Este hecho basta para destruir la calumnia sustentada por la prensa socialista de alquiler, traidora a nuestra causa. Esa prensa dijo, en efecto, que no dimos ningún paso para buscar un terreno de inteligencia con nuestros aliados. Durante mes y medio no cesamos de tenerlos al corriente de todo cuanto hacíamos, y renovábamos nuestras invitaciones para que se nos uniesen. Sobre este punto, nada podrán reprocharnos los pueblos de Francia, Italia y Gran Bretaña. Nuestra conciencia está tranquila. Hicimos cuanto nos fue dado para persuadir a las naciones beligerantes, y si éstas no se unieron a nosotros, si hubo negociaciones de paz separada, la responsabilidad no es nuestra, sino de los imperialistas occidentales y de aquellas agrupaciones políticas rusas que predecían el próximo fin del gobierno de obreros y campesinos, y que instaban a los aliados para que no diesen importancia a nuestra iniciativa de paz.

El día 9 [22], como dije, se abrieron las negociaciones. Nuestros delegados hicieron una declaración de principios, definiendo las bases de una paz general democrática, de acuerdo con los propios términos del decreto expedido el 28 de octubre [8 de noviembre]. El adversario pidió un aplazamiento de las juntas, y a petición de Kühlmann este aplazamiento se fue prolongando día tras días. Evidentemente, los delegados de la Cuádruple Alianza se veían muy cohibidos para formular la respuesta que pedía nuestra declaración. Por último, la recibimos el día 25 de diciembre²³. Los diplomáticos de la Cuádruple Alianza aceptaban las bases democráticas de una paz sin anexiones ni indemnizaciones, y reconocían el principio de la libre determinación de los pueblos. Esto era puramente verbal, pero ni aun la adhesión verbal esperábamos. La hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud. El hecho que los imperialistas alemanes considerasen necesaria esta pleitesía a nuestros principios democráticos, era para nosotros muy significativo por lo que se refiere al estado interno de Alemania. Pero aun cuando no pasaban de límites moderados nuestras ilusiones respecto de las tendencias democráticas de Kühlmann y Czernin, conocida como nos era la naturaleza de las clases dirigentes de Alemania y Austria, debemos reconocer francamente que no llegó nuestra previsión hasta suponer las proposiciones de los imperialistas alemanes se apartasen tanto de las fórmulas presentadas por Kühlmann el día 25 como una especie de plagio de la revolución rusa. Tanto impudor era, en efecto, el colmo de lo imprevisible.

Las clases obreras de Rusia se impresionaron mucho con la respuesta de Kühlmann, y vieron en ella el miedo de las clases dirigentes de los imperios centrales, frente al descontento y a la creciente inquietud del pueblo. El día 28 de diciembre, Petrogrado presenció una manifestación gigantesca de obreros y soldados a favor de la paz democrática. Pero a la mañana siguiente, nuestros delegados llegaron de Brest-Litovsk, trayéndonos las rapaces demandas que Kühlmann había presentado en nombre de los imperios centrales, y que se encubrían detrás de sus fórmulas democráticas.

A primera vista, puede parecer difícil comprender lo que esperaba la diplomacia alemana cuando presentó esas famosas fórmulas democráticas, sólo para revelar dos o tres días después el extremo a que llegaban sus brutales propósitos. Los debates teóricos

²³ Aquí, no sabemos si por el editor de Fontamara o por Tasin el traductor, se pasa a actualizar las fechas al calendario gregoriano.

acerca de las fórmulas democráticas, iniciados en gran parte por el propio Kühlmann, podían parecer un juego peligroso. No se requería un ingenio muy perspicaz para prever que la diplomacia alemana no saldría coronada de laureles. Todo el secreto de la táctica de Kühlmann radicaba en su convencimiento de que estábamos dispuestos a bailar al son que él nos tocara.

Su pensamiento íntimo era éste: Rusia necesita llegar a la paz, y los bolcheviques no quieren abandonar el poder. Para que los bolcheviques conserven el poder, les es forzoso firmar la paz con Alemania. Verdad era que los bolcheviques habían formulado un programa de paz democrática; ¿pero para qué son los diplomáticos sino para convertir lo negro en blanco? Los alemanes facilitarían la combinación bolchevique, ocultando el despojo bajo una apariencia democrática. La diplomacia bolchevique tenía un interés muy grande en no profundizar demasiado, hasta poner a prueba la esencia política de sus seductoras fórmulas, o más bien, en no revelar la verdadera naturaleza de esas fórmulas. En suma, Kühlmann abrigaba la esperanza de llegar a un acuerdo tácito con nosotros. Hablaría nuestro lenguaje y, mediante ese cumplimiento, entregaríamos provincias y naciones a los imperios centrales. Como no protestaríamos, la anexión violenta quedaría justificada a los ojos de las clases trabajadoras de Alemania, debido a la tácita sanción de la revolución rusa.

Cuando en el curso de las negociaciones hicimos ver claramente que no íbamos a discutir fórmulas huecas ni a colocar trabas que permitiesen engañar impunemente, sino a sentar los cimientos de una convivencia honrada de las naciones, Kühlmann se sintió tan ofendido como si hubiésemos violado maliciosamente un acuerdo tácito. No se apartó ni un ápice de la fórmula del 25 de diciembre. Confiando en su refinada lógica de burócrata legalista, hizo todo lo posible para convencer al Universo de que lo blanco y lo negro no difieren, y de que si nosotros afirmábamos otra cosa era con intención de hacer daño.

El conde Czernin, representante de Austria-Hungría, desempeñó en las negociaciones un papel que no podría calificarse de digno o noble. No era más que un bandido que secundaba a Kühlmann, y que en los momentos críticos llegó a las declaraciones más violentas y cínicas. El general Hoffmann llevaba a las negociaciones una nota reconfortante. No mostraba mucho acatamiento a las delicadezas diplomáticas de Kühlmann, y a veces ponía su bota sobre la mesa en que se discutían intrincadas cuestiones jurídicas. Por nuestra parte, considerábamos que esa bota era la única realidad digna de tomarse en cuenta.

La asistencia de los representantes de la Rada de Kiev en las negociaciones, servía de comodín a Kühlmann. Para la clase media baja de Ucrania, que ocupaba entonces el poder, no había nada más importante que ser *reconocida* por los gobiernos capitalistas de Europa. En un principio, la Rada ofreció su cooperación a los imperialistas aliados, y se le dio una propina. Después envió delegados a Brest-Litovsk para que los gobiernos austroalemanes reconociesen como legítimo su nacimiento, a espaldas de los pueblos de Rusia. Desde sus primeros pasos en las *relaciones* internacionales, los diplomáticos de Kiev se revelaron poseedores de las mismas ideas y de la moral que ha caracterizado siempre a los diminutos políticos de los Balcanes.

Los señores Kühlmann y Czernin no tenían una fe muy grande en el aporte que les llevaba aquel socio, pero no se engañaban pensar que la presencia de un tercero, a la vez que complicaba las negociaciones, daba a éstas un sesgo más favorable para la causa que ellos defendían. No bien se presentaron en Brest-Litovsk los delegados de Kiev, definieron su papel declarando que Ucrania era un estado de la naciente República Federal de Rusia. Eso creaba una situación embarazosa para los diplomáticos de las potencias centrales, cuyo propósito era la balcanización de la República rusa. En la segunda

conferencia a que asistieron, los representantes de la Rada declararon, por inspiraciones de la diplomacia austroalemana, que desde aquel momento Ucrania no deseaba seguir formando parte de la federación rusa, y que, en lo sucesivo, constituiría una república independiente.

Para que mis lectores tengan una idea clara de la situación que ocupaba el gobierno soviético en el último período de las negociaciones, considero conveniente reproducir los principales pasajes del discurso que pronuncié, en mi carácter de comisario del pueblo encargado del departamento de relaciones exteriores, en la sesión celebrada por el Comité Ejecutivo Central el 14 [27] de Febrero de 1918.

Discurso del comisario encargado de la sección de relaciones exteriores:

Camaradas:

La Rusia soviética no solo está obligada a construir lo nuevo, sino a liquidar lo viejo. Gran parte de sus esfuerzos deben dedicarse a cancelar cuentas atrasadas, y entre otras las de esta guerra, que ha durado ya tres años y medio. La guerra ha sido una prueba terrible para la resistencia económica de las naciones beligerantes. La suerte de Rusia, país pobre y atrasado, estaba predeterminada en una guerra de desgaste. El papel decisivo ha correspondido en último extremo a la aptitud de cada nación de adaptar en breve término su industria, poniéndola al servicio del mecanismo militar, esto es, para producir cada vez con mayor rapidez y en cantidad mayor los elementos de destrucción incesantemente empleados en esta horrorosa matanza de naciones.

Durante los primeros tiempos de la guerra, todos los países, o casi todos cuando menos, aun los más atrasados, poseían medios poderosos de destrucción, ya que bastaba pedirlos al extranjero. Todos tenían, pues, esos medios, hasta Rusia. Pero la guerra consumía todos los capitales muertos, y era necesario renovar las existencias. La potencia militar de cada una de las naciones arrastradas al torbellino de la guerra mundial se medía por la capacidad constructora de cañones, granadas y otros medios de exterminio con los propios recursos y mientras la guerra continuara. Si ésta hubiera resuelto la cuestión de equilibrio de fuerzas en un término breve, hablando teóricamente, habría podido salir victoriosa. Pero la guerra se prolongó, y no por mero accidente. Tenía que ser necesariamente larga, aunque no fuera sino por el mero hecho de que, durante medio siglo, toda la política internacional ha estado reducida al establecimiento del llamado equilibrio, esto es, de la igualdad máxima de fuerzas militares entre los adversarios. El primero y el más notable de los resultados de este antecedente tenía que ser el agotamiento de los países más pobres, de los menos desarrollados económicamente.

Militarmente, Alemania era la nación más poderosa, gracias al extraordinario desenvolvimiento de su industria y a la coexistencia de la estructura racional, modernísima, de esa industria, y de su arcaica estructura política. Francia, con su sistema económico ampliamente basado en la pequeña producción, estaba muy lejos de nivelarse con Alemania, y hasta el poderoso imperio colonial de Inglaterra se mostró más débil que Alemania por el carácter conservador y rutinario de sus industrias.

Cuando la voluntad de la historia impuso a Rusia la iniciación de negociaciones de paz, no teníamos la menor duda de que, al no intervenir la fuerza decisiva del proletariado revolucionario universal, habríamos tenido que pagar

íntegramente las consecuencias de tres años y medio de guerra. Sabíamos perfectamente bien que el imperialismo alemán era un enemigo consciente de su fuerza colosal, como lo ha manifestado con deslumbradora evidencia durante la actual guerra.

Todos los argumentos de los círculos burgueses que sostienen la superioridad de que hubiéramos dado muestras en el caso de realizar una acción conjunta con nuestros aliados en las negociaciones adolecen de un error fundamental. Para estar unidos a nuestros aliados en las negociaciones de paz, habría sido necesario, en primer lugar, seguir unidos con ellos en la guerra; pero dada la debilidad y el agotamiento de nuestro país, la continuación de la guerra debía producir mayor debilidad y mayor agotamiento. El saldo tenía que presentarse con apremios más imperativos en el caso de la continuación del estado de guerra. Aun suponiendo que hubiera salido victorioso el partido a que nos ligaron las intrigas internacionales del zarismo y de la burguesía (esto es, el partido que encabeza Gran Bretaña); aun suponiendo, digo, que ese partido hubiera salido completamente victorioso (eventualidad que concedo momentáneamente, y que es improbable), no se sigue de ello, camaradas, que nuestro país saliera victorioso también, supuesto que dentro de la victoria de sus aliados, Rusia habría quedado en condiciones de mayor ruina y agotamiento que las actuales. Los que llevan la voz en este campo, y los que recogerían el fruto de la victoria (esto es Inglaterra y los Estados Unidos), habrían empleado con nuestro país los mismos métodos que ha empleado Alemania en las negociaciones de paz. Sería absurdo y pueril estimar la política de los países imperialistas partiendo de otras premisas que las del interés descarnado y la fuerza material. De aquí se deduce que si nosotros, como nación, somos hoy débiles frente al mundo imperialista, no lo somos porque hayamos roto el férreo círculo de la guerra, después de haber sacudido las cadenas de las obligaciones militares; somos débiles, porque nos ha traído a esta condición la política del zarismo y de la burguesía, contra la cual hemos combatido como partido revolucionario, antes de la guerra y después de haber comenzado las hostilidades.

Recordaréis, camaradas, las condiciones en que partieron nuestros delegados para Brest-Litovsk, inmediatamente después de una sesión del Tercer Congreso de [Todos] los Soviets. Les habíamos dicho cuál era el estado de las negociaciones y hasta dónde llegaban las exigencias del enemigo. Recordaréis que se nos pedía la anexión disfrazada, o a medio disfrazar, de Lituania, Curlandia, parte de Livonia y las islas del estrecho de Moon-Sund y una indemnización semicamuflada que creíamos ascendería de seis a diez mil millones de rublos. En un intervalo que duró diez días, estallaron serios disturbios en Austria, y hubo huelgas que nos indicaban la comprensión de nuestros métodos diplomáticos por parte del proletariado de las potencias centrales, frente a las demandas anexionistas del imperialismo. Falsea los hechos la prensa de la burguesía cuando afirma que necesitamos dos meses de *conversaciones* con Kühlmann para descubrir que los imperialistas alemanes se conducirían como unos bandidos. No; eso lo sabíamos de antemano. Pero nosotros procurábamos utilizar las *conversaciones* con los representantes del imperialismo alemán, para robustecer las fuerzas que luchaban contra él. No ofrecimos hacer milagros, pero afirmamos que nuestro método era el único de que podía disponer la democracia revolucionaria para asegurar su futuro desarrollo.

Podemos quejarnos de que el proletariado de otros países, y especialmente el de los imperios centrales, camina muy lentamente hacia el estado de abierta

lucha revolucionaria. Sí; el ritmo de su paso es demasiado lento. Pero ya hemos visto en Austria-Hungría un movimiento que asumió las proporciones de un hecho nacional y que se produjo como resultado directo e inmediato de las negociaciones Brest-Litovsk.

Antes de que partiéramos de aquí, discutimos la situación y vimos que no había razones para creer que el oleaje sumergiría al militarismo austrohúngaro. Si hubiéramos estado convencidos de lo contrario, habríamos formulado la protesta que ciertas personas pedían de nosotros, esto es, la de no firmar una paz separada con Alemania. Yo dije entonces que era imposible formular esa protesta, equivalente a aceptar el compromiso de hacer frente al imperialismo alemán y derrotarlo. Carecíamos de elementos para alcanzar esa victoria, y estando en la imposibilidad de cambiar el equilibrio y correlación de las potencias mundiales en un breve término, declaramos abierta y honradamente que el gobierno revolucionario podría verse obligado por las circunstancias a aceptar una paz de anexiones. No la aceptación de una paz que se nos impusiera por los acontecimientos, sino la tentativa tan sólo de ocultar su carácter de rapiña a los ojos de nuestro pueblo, era lo que verdaderamente podría poner término al gobierno revolucionario.

Anunciamos entonces que partíamos a Brest con el fin de continuar las negociaciones en circunstancias que, al parecer, eran más favorables para nosotros y menos ventajosas para nuestros adversarios. Seguíamos con atención los acontecimientos de Austria-Hungría, y ciertas circunstancias nos daban motivos para creer que Alemania estaba también próxima a ser teatro de acontecimientos del mismo orden, según podía deducirse de las insinuaciones hechas por los oradores socialistas en el Reichstag. Tales eran nuestras esperanzas, y después, durante la segunda estancia en Brest la telegrafía inalámbrica nos llevó, por la vía de Vilna, las primeras noticias de la gran huelga que había estallado en Berlín, huelga que, como el movimiento de Austria-Hungría, era resultado de las negociaciones de Brest-Litovsk. Pero, sucede frecuentemente por virtud del carácter *dialéctico* de dos filos que tiene la lucha de clases, precisamente el poderoso sacudimiento del proletariado, tal como nunca se había visto otro igual en Alemania, despertó a las clases acaudaladas y las unió en una actitud más irreconciliable.

Esas clases tenían suficientemente vivo el instinto de conservación para comprender que las concesiones, aunque parciales, otorgadas en tales circunstancias, hubieran sido poco menos que una capitulación ante la amenaza revolucionaria. A eso se debió que después del primer período de las conferencias (en el que Kühlmann siguió invariablemente la táctica de los retrasos, ya sea con aplazamientos de las juntas o poniendo sobre el tapete cuestiones secundarias puramente formales), no bien se reprimió el movimiento huelguista y consideró el delegado alemán que por el momento sus amos estaban fuera de peligro, volvió a tener confianza en sí mismo y asumió nuevamente su actitud agresiva. Las negociaciones se complicaron por la intervención de la Rada de Kiev. Ya lo dijimos la vez anterior: los delegados de la Rada se presentaron cuando su fuerza de organización era grande y cuando no se había resuelto aún la victoria. Hicimos una propuesta oficial a la Rada para que pactase con nosotros un arreglo definitivo, cuyos puntos esenciales serían declarar a Kaledin y a Kornílov enemigos de la revolución, y abstenerse de intervenir en nuestra lucha contra ellos. Los delegados de Kiev llegaron cuando más esperanzas teníamos de concertar ese arreglo a nuestra satisfacción. Claramente habíamos manifestado a la Rada que, si ella era

reconocida por el pueblo ucraniano, la admitiríamos en las conferencias como miembro independiente. Pero, a medida que los acontecimientos se desarrollaban en Rusia y en Ucrania, y que los antagonismos entre las masas democráticas y la Rada se hacían más profundos, los delegados de esa asamblea aumentaban sus disposiciones a favor de una paz, de cualquier género que fuese, con las potencias centrales, y aún en caso necesario, para solicitar del imperialismo germánico que interviniese en los asuntos interiores de la República de Ucrania, a fin de que sostuviese la Rada contra la revolución rusa.

El día 9 de febrero [calendario nuevo] supimos que las negociaciones de paz entre la Rada y las potencias centrales se habían concertado a espaldas de nosotros. El día 9 de febrero era el cumpleaños del príncipe Leopoldo de Baviera, y, según la costumbre de los países monárquicos, la ceremonia histórica de la firma del tratado se fijó para ese día festivo. Ignorábamos si el acuerdo sobre la fecha se hizo contando con la voluntad de la Rada, o sin solicitar su consentimiento. El general Hoffmann ordenó que se hiciesen salvas de artillería en honor de Leopoldo de Baviera, y pidió el permiso previamente a los ucranianos, pues según el tratado, Brest-Litovsk se incorporaba a Ucrania.

Sin embargo, precisamente en el momento de solicitarse ese permiso de salvas de artillería en honor del príncipe Leopoldo, los acontecimientos habían avanzado tanto que, salvo Brest-Litovsk, muy poco territorio le quedaba a la Rada. Apoyándonos en telegramas que acabábamos de recibir de Petrogrado, notificamos oficialmente a los delegados de las potencias centrales que la Rada de Kiev había dejado de existir, hecho cuya significación no podía ser extraña al desarrollo de las negociaciones de paz. Propusimos al conde Czernin el envío de representantes, acompañados de oficiales nuestros para que visitasen el territorio de Ucrania y pudiesen saber si existía o no su asociada la Rada de Kiev. Czernin pareció en un principio aceptar la idea, pero cuando le dijimos que la firma del tratado con la delegación de Kiev no debía hacerse sino después del regreso de sus enviados, empezó a vacilar, contestó que consultaría el asunto con Kühlmann, acabó por darnos una respuesta negativa. Esto pasaba el 8 de febrero, y al siguiente día se firmó el tratado. La ceremonia no podía retardarse, en primer lugar por ser el cumpleaños del príncipe Leopoldo, y en segundo lugar por una circunstancia muy seria que, naturalmente, Kühlmann había explicado a Czernin en estos términos:

-Si enviamos nuestros representantes a Kiev, y éstos descubren que ya no hay Rada, será necesario que nos entendamos sólo con los delegados rusos, lo que nos pondrá en situación desfavorable para el buen éxito de las negociaciones.

Los delegados austrohúngaros nos dijeron:

-Abandonad el terreno de los principios; situaos en el de las realidades. Si lo hacéis, los delegados alemanes procurarán llegar a una inteligencia con vosotros. Es imposible que los alemanes quieran continuar la guerra sólo para obtener las islas del estrecho, si formulan sus condiciones en términos más concretos...

Nosotros contestamos:

-Muy bien. Estamos dispuestos a asumir una actitud que ponga a prueba los sentimientos benévolos de nuestros colegas los delegados alemanes. Hasta hoy hemos estado discutiendo el derecho de los lituanos, polacos, letones y estonios a disponer de sí mismos, y hemos acabado por persuadirnos de que no hay probabilidades de conseguir ese fin, acaso por tratarse de naciones muy pequeñas. Ahora veamos qué clase de libre disposición de sí mismo conceden al pueblo ruso,

y cuáles son los planes de estrategia que se ocultan en su apoderamiento de las islas de Moon-Sund. Estas islas, como parte de la República Estonia, como posesión de la República Federal Rusa, tienen un valor defensivo, mientras que en poder de Alemania constituyen un medio ofensivo, una amenaza a los centros más vitales de nuestro país, y especialmente a Petrogrado.

Naturalmente, Hoffmann no tenía la intención de hacer la concesión más insignificante. Y llegó el momento decisivo. Nosotros no podíamos declarar la guerra; éramos demasiado débiles para ello. El ejército se hallaba en un estado de completa disolución interna. Para salvar a nuestro país de la ruina, era necesario reforzar la organización interior de las clases trabajadoras. Esta unión moral podía realizarse únicamente por medio de una obra constructiva en los pueblos, en los talleres y en las fábricas. Las masas que habían atravesado la época colosal de miserias y catástrofes de la guerra eran llamadas por los centros de trabajo, en donde se rejuvenecerían moralmente y encontrarían la perdida disciplina. No había otro camino de salvación para el país, a quien se exige la expiación de los pecados cometidos por el zarismo y la burguesía. Teníamos la obligación de librarnos de la guerra y de sacar a nuestro ejército del matadero. Al hacerlo, nos dirigíamos al imperialismo germánico para decirle:

-La paz que me impones es una paz de violencia y despojo. No te autorizamos para que tus diplomáticos digan a las clases obreras alemanas que la revolución rusa aceptó tus demandas, condenadas por el proletariado alemán. Sí; somos débiles; no podemos luchar actualmente; pero nos sobra valor revolucionario para decirte que nuestra libre voluntad no acepta las condiciones escritas por tu espada sobre las carnes palpitantes de los pueblos.

No firmamos, y creo, camaradas, que cumplimos con nuestro deber.

Camaradas:

No digo que sea quimérico un nuevo avance de los alemanes contra nosotros. Antes creo demasiado peligroso negar esa posibilidad, si se considera el poder del partido imperialista alemán. Pero también creo que por la posición en que nos hemos colocado, todo avance pondrá en situación muy embarazosa a los militaristas alemanes. ¿Qué sucedería si avanzaran? Esta pregunta tiene una sola respuesta. Si aún es posible levantar el espíritu en los elementos más revolucionarios y sanos de nuestro agotado país, reducido como está a la desesperación; si es posible que Rusia se levante en defensa de nuestra revolución, lo será sólo como resultado de la situación presente, como resultado de nuestro abandono del campo de batalla y de nuestra negativa a firmar el tratado de paz.

32.- La segunda guerra y la firma del tratado de paz

Rotas ya las negociaciones, el gobierno alemán se sintió vacilante, sin atreverse a tomar un partido resuelto. Los políticos y diplomáticos creían al parecer que lo principal estaba hecho, y que no les hacía falta nuestra firma. Los militares, sin embargo, se mostraban dispuestos a romper el marco del tratado de Brest-Litovsk. El profesor Kriege, consultor de la delegación alemana, dijo a uno de nuestros delegados que, dadas las circunstancias, no podría haber una nueva ofensiva alemana contra Rusia. El conde Mirbach, que encabeza la misión alemana en Rusia, salió para Berlín, asegurándonos que se había llegado a un acuerdo satisfactorio respecto del canje de prisioneros de guerra. Pero nada de esto impidió que el general Hoffmann anunciase cinco días después de rotas las negociaciones, que el armisticio de siete días había terminado, pues se contaban dos anteriores, ya que su notificación condicional se hizo el día de la última junta en Brest. No vale la pena de perder el tiempo empleándolo en desahogos de justa indignación por ese acto deshonesto, enteramente; de acuerdo con la moral militar y diplomática de todas las clases gobernantes.

La nueva ofensiva alemana se desarrolló bajo condiciones mortales para Rusia. En vez de los siete días concedidos, tuvimos sólo dos. Esto sembró el pánico en las filas del ejército, ya en estado de disolución crónica. Apenas si se podía hablar de resistencia. Los soldados no querían creer en el avance alemán, después de haberseles anunciado por nosotros el término de la guerra. La desmoralización de la retirada paralizó hasta la voluntad de los regimientos que tenían el propósito de ocupar posiciones de combate.

En los barrios obreros de Petrogrado y Moscú no tuvo límites la indignación provocada por el ataque traidor y verdaderamente filibustero del ejército alemán. Los obreros se alistaban para luchar, y lo hacían por grupos de decenas de millares. Pero faltaba todo lo necesario para la organización. Las guerrillas independientes, llenas de entusiasmo, se veían incapacitadas para hacer algo eficaz, y comprendían su impotencia en los primeros encuentros con las fuerzas regulares del enemigo. Esto, naturalmente, aumentaba la depresión. El antiguo ejército, ya herido de muerte, caía en pedazos y obstruía todas las vías de comunicación. El nuevo ejército se formaba con extrema lentitud por las dificultades que creaba el agotamiento del país y por la espantosa desorganización de la industria y de los transportes. El único obstáculo serio que se oponía a los alemanes era el de las enormes distancias...

Austria-Hungría no apartaba los ojos de Ucrania. La Rada había usado a sus delegados para pedir el auxilio de los imperios centrales contra el régimen soviético, victorioso ya en todo el territorio ucraniano. La democracia de la clase media baja de ese país abría las puertas a la invasión extranjera para defenderse contra los obreros y las capas bajas del campo.

En aquellos mismos días el gobierno de Svinhufvud buscaba la protección de las bayonetas alemanas contra el proletariado finlandés. El militarismo alemán asumía abiertamente, a la faz del mundo entero, el papel de ejecutor de los obreros y campesinos revolucionarios de Rusia.

Nuestro partido fue teatro de una discusión ardiente sobre la conveniencia de someternos al ultimátum alemán y firmar un nuevo tratado que nos impondría condiciones más onerosas aún que el de Brest-Litovsk. Sobre esto último no había discrepancias de opinión. Los representantes de una corriente de opinión consideraban

que, supuesta la intervención efectiva de los alemanes en el territorio de la República Rusa, para la resolución de los conflictos civiles del país, era absurdo celebrar un tratado de paz que se aplicaría sólo a una porción del territorio, y ver pasivamente los esfuerzos de las tropas alemanas para establecer la dictadura burguesa en el norte y en el sur. Otra corriente de opinión, encabezada por Lenin, argüía que todo intervalo, todo respiro, por corto que fuera, tendría un valor inestimable para la consolidación interna de Rusia y para la restauración de su capacidad defensiva. Después de nuestra absoluta imposibilidad para defendernos de los ataques del enemigo, hecho que se hacía trágicamente visible a todo el pueblo y a todos los pueblos de la tierra, la aceptación de la paz sería comprendida como acto de imposición, obra de una dura ley de correlación de fuerzas. Hubiera sido infantil tener como base de nuestros actos la moral abstracta de la revolución. El problema no era sucumbir con honor, sino sobrevivir para una futura victoria. La revolución rusa quiere vivir, debe vivir, y para ello debe rehusar toda batalla superior a sus fuerzas.

Debe ganar tiempo hasta que el movimiento revolucionario del mundo occidental venga en su auxilio.

El imperialismo alemán estaba en lucha cuerpo a cuerpo con el militarismo británico y norteamericano.

Sólo por esta razón era posible pactar la paz entre Alemania y Rusia. Debíamos aprovechar la ocasión que se nos presentaba. Era imperioso posponerlo todo a la salvación de la revolución, ley suprema de nuestra conducta. Aceptando una paz que no nos era dado rehusar, ganaríamos tiempo empleándolo en una obra intensiva en la que estaría incluida la reconstrucción del ejército.

En el Congreso del Partido Comunista y en el Cuarto Congreso de [Todos] los Sóviets, predominó el voto favorable a la firma de la paz. Muchos de los que en enero se oponían a aceptar el tratado, eran ya de la opinión de que se concluyese la paz.

-Entonces (decían) nuestra firma habría significado a los ojos de los obreros ingleses y franceses una capitulación infame sin esfuerzos para evitarla.

Hasta las bajas insinuaciones del patrioterismo anglo-francés, sobre una secreta inteligencia entre el régimen soviético y los alemanes, tal vez habrían encontrado crédito en ciertos elementos del pueblo obrero occidental, si hubiéramos firmado la paz en aquel tiempo. Pero después de nuestra negativa y después de las nuevas operaciones emprendidas contra nosotros, después de la tentativa de resistencia y de la demostración de nuestra debilidad, hechos que el mundo entero veía con claridad meridiana, nadie podría echarnos en cara una capitulación sin lucha.

El tratado de Brest-Litovsk, segunda edición del primero, corregido y aumentado se firmó y ratificó debidamente.

Entretanto, los alemanes proseguían su triste tarea en Ucrania y en Finlandia, amenazando cada vez más los centros vitales de la Gran Rusia. Así, la existencia misma de Rusia como país independiente se ligó indisolublemente a la causa de una revolución europea.

Conclusión

Cuando nuestro partido tomaba las riendas del gobierno, lo hizo sabiendo las dificultades que se encontraría a su paso. Económicamente el país se agotó en la guerra hasta el último extremo. La revolución ha destruido la vieja máquina administrativa, y no ha podido crear otra que la reemplace. Millones de obreros fueron arrancados de su ambiente, moral y mentalmente triturados por tres años de guerra. Una lucha colosal sostenida sobre la base de un desarrollo económico insuficiente desgastó las fuerzas vitales de la nación, y la desmovilización presentó dificultades de proporciones increíbles. Aparecieron todas las manifestaciones inherentes a la anarquía económica y política, difundiéndose por el inmenso territorio.

Los campesinos rusos han estado sujetos durante siglos y siglos a la tiranía bárbara de la tierra que los une en masas y han sentido sobre sus nuca la mano férrea del zarismo. Estas dos fuerzas coactivas de la tierra y del gobierno personal han desaparecido: la una, por la acción del desenvolvimiento económico, la otra, por los esfuerzos de la revolución. Psicológicamente, esto significa el despertar de las masas campesinas a las ideas de individualidad. La forma anárquica del despertar era un resultado inevitable de la opresión anterior. Sólo se podrá llegar a un nuevo orden de cosas basándolo en una producción dirigida por los propios trabajadores, libres de las formas anárquicas de la revolución.

Por otra parte, las clases acomodadas, aun privadas del poder, no abandonan sus posiciones sin una lucha. La revolución ha planteado en forma aguda la cuestión de la propiedad privada de las tierras y los medios de producción, o lo que es igual, una cuestión de vida o muerte para las clases explotadoras. Políticamente, esto significa una guerra civil más violenta, ya se haga abiertamente o de un modo oculto. A su vez, la guerra civil engendra tendencias anárquicas entre las clases trabajadoras.

Desorganizadas la hacienda, la industria, los transportes y el abastecimiento de las subsistencias, la prolongación de la guerra civil traerá consigo dificultades gigantescas para la obra de reorganización. Sin embargo, el régimen soviético dirige confiadamente sus miradas hacia lo futuro. Sólo un inventario exacto de los recursos nacionales, sólo un plan de reconstrucción sobre la base general de la producción organizada, sólo una distribución prudente y económica de todos los productos, pueden salvar al país. Esto justamente es lo que se llama socialismo. O bajamos al nivel de una mera colonia, o nos transformamos en sentido socialista. Tal es la alternativa.

Esta guerra ha socavado los cimientos del mundo capitalista, y a eso se debe nuestra invencible fuerza. El cerco imperialista que nos está ahogando será roto por la acción de una revolución proletaria. No abrigamos respecto de esto duda alguna, como no la hubimos abrigado respecto de la caída del zarismo durante los largos decenios de nuestra obra subterránea.

Luchar, estrechar nuestras filas, establecer la disciplina del trabajo, y del orden socialista, aumentar el producto del trabajo, sin retroceder ante ningún obstáculo: tal es nuestra consigna. La historia está de nuestra parte. Una revolución proletaria en Europa y en América estallará tarde o temprano, y esa revolución no sólo liberará a Ucrania, Polonia, Curlandia y Finlandia, sino a toda la humanidad que sufre.

Edicions internacionals Sedov

**Trotsky: Obras Escogidas**

Consulta también nuestras otras series

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
 - *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *Eleanor Marx*
 - *Internacional de Mujeres Socialistas*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
 - *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *Lenin: dos textos inéditos*
 - *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
 - *Marx y Engels, algunos materiales*
 - *Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *Obres escollides de Lenin en català*
 - *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Alejandra Kollontai, escritos
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Broué, Pierre. Bibliografía en red
- Clara Zetkin, escritos
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frecia, Cintia y Daniel Gaido
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
- Louise Kautsky
- Mary-Alice Waters
- Mehring, Franz
- Murphy, Kevin
- Obras completas de G. Munis
- Obras escogidas de G. V. Plejánov
- Obras escogidas de Karl Kautsky
- Obras y escritos de Stéphane Just
- Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Riazanov, David. Textos y materiales diversos
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75